EGINARDO

Vida del emperador Carlomagno

NITARDO

Historia de los hijos de Luis el Piadoso

Biblioteca de Historia

EGINARDO / NITARDO

VIDA DEL EMPERADOR CARLOMAGNO

HISTORIA DE LOS HIJOS DE LUIS EL PIADOSO

EDICIONES ORBIS, S.A.

Títulos originales: *Vita Karoli Magni Imperatoris* (829-836)
Historiarum libri III (841-843)
Introducción: F. J. Fortuny
Traducción: Jorge Binaghi
Dirección de la colección: Virgilio Ortega

© Por la presente edición, Ediciones Orbis, S.A., 1986
Apartado de Correos 35432, 08080 Barcelona

ISBN: 84-7634-753-7
D.L.: B. 30.130-1986

Compuesto, impreso y encuadernado por
Printer industria gráfica, sa
C.N. II, cuatro caminos, s/n
08620 Sant Vicenç dels Horts Barcelona 1986

Printed in Spain

Dos historiadores carolingios 7
Bibliografía 23

VIDA DEL EMPERADOR CARLOMAGNO 27
Apéndice (Prólogo a la vida de Carlomagno de Walafrido Estrabón) 65

HISTORIA DE LOS HIJOS DE LUIS EL PIADOSO 69
Prólogo 71
Libro primero (El origen de las disensiones) (814-840) 75
Libro segundo (El comienzo de las hostilidades y la batalla de Fontenoy) (840-841) 91
Libro tercero (La segunda campaña de Lotario y los juramentos de Estrasburgo (841-842) 111
Libro cuarto (La tercera campaña de Lotario y las conversaciones de paz) (842) 127

DOS HISTORIADORES CAROLINGIOS

Un texto fundamental

El primer documento, cronológicamente, que se recoge en este volumen, es una de las fuentes historiográficas más importantes para el conocimiento del Imperio Carolingio y de su fundador. Y, a la vez, quizá sea uno de los autores menos fiables, dentro del género biográfico, este EINHARD, latinizado como EINHARDUS o EGINHARDUS por la tradición medieval y castellanizado habitualmente como EGINARDO.

En efecto, como ha mostrado L. Halphen, el clásico historiador del período carolingio, Einhard simplifica, calla, disimula cuanto disminuye a su admirado Carlomagno; exagera, subraya, abrillanta cuanto le favorece; fuerza en muchas ocasiones sus fuentes. Einhardus conoció personalmente al emperador, le sirvió directamente como "hombre de su casa". Pero era ya el Carlomagno venerable y reposado, no el joven y heroico. Y escribe en un momento en el que empieza a cristalizar la leyenda gloriosa del gran monarca, al mismo tiempo que su obra se resquebraja y da señales de ruina inminente. Al comienzo de las graves disensiones entre Luis el Piadoso y sus hijos, que continuarían con las guerras fratricidas entre los

nietos de Carlomagno y la desgarradura definitiva del antinatural Imperio del abuelo, Einhard acude con el flaco remedio de la memoria del fundador, muerto unos quince o veinte años antes. Naturalmente, Einhard escribe un panegírico.

La finalidad de la VIDA DEL EMPERADOR CARLOMAGNO es encomiable; y honrosa la fidelidad y el cariño del maduro autor, que no fue precisamente mimado por Carlomagno, aunque su protección le resultara decisiva.

Pero, como historia, su obra sale perjudicada. Así acrecienta la influencia de Carlomagno: alarga los límites, bien dudosos, de las conquistas; le atribuye la anexión de territorios que ya eran francos; prolonga hasta Harun al Rachid de Siria lo que no fue sino acto de cortesía del patriarca de Jerusalén; cubre púdicamente las atrocidades y derrotas en ocasión de la conquista de los sajones: la ejecución a sangre fría de 4.500 sajones en Verden (782) y las deportaciones masivas anteriores al 804; convierte en una escaramuza traidora, después de una gloriosa campaña, la grave derrota de Roncesvalles; pinta con gran fantasía el primitivismo y la incapacidad de los últimos reyes merovingios. La lista de omisiones y exageraciones, de imprecisiones y optimismos, podría alargarse. Dejemos a L. Halphen esta tarea, y a otros historiadores, como F.-L. Ganshof, no menos prestigioso, matizar su severidad excesiva.

El romanismo de Einhard

Pero un panegírico tan claro tiene precisamente el interés de ser tal y, sobre todo, de serlo tal como lo es: como un calco de Suetonio. Es ya bien conocida la fidelidad de Einhard al modelo de *Vidas de los doce Césares*, del sobrio y austero historiador latino de los siglos I-II. Se puede afirmar que la obra del carolingio no sólo es fiel a

la estructura temática de las *Vidas* del romano, sino que su texto muchas veces es un centón de frases de Suetonio y frases de los *Annales regni Francorum*, en primera y segunda versión, que usa constantemente como fuente. Incluso ciertos episodios —disculpa por su desconocimiento acerca de los primeros años de Carlomagno, la querencia de su amistad por sirios y emperadores bizantinos, inspirada en la vida de Augusto según Suetonio— parecen exigidos por una excesiva autoridad del modelo latino.

Pero lo sorprendente no es la influencia en sí. La corte carolingia tiene el mérito de poseer una clara voluntad de conocer y enlazar con la vieja cultura latina y aun griega. Einhard, notable representante de la primera generación del "renacimiento carolingio", podía, y era normal que quisiera, imitar a los historiadores romanos. Sin que se salven de la exageración, en varios lugares de la VIDA DEL EMPERADOR CARLOMAGNO se refleja el interés de éste por los idiomas y la cultura. Y, ciertamente, agrupó en su entorno a una buena selección de eruditos: Pedro de Pisa, Pablo el Diácono, Paulino de Aquileya, Teodulfo de Orleans, Claudio de Turín, Agobardo de Laón, los irlandeses José y Clemente Scottus, Fredugiso, Angilberto y el mismo Einhard, todos presididos por Alcuino de York.

Lo sorprendente de la VIDA DEL EMPERADOR CARLOMAGNO es que una obra que tiene una inmediata finalidad política, que quiere salvaguardar la unidad del Imperio franco con el recuerdo del momento más glorioso, lo haga romanizando. Einhard, en efecto, dibuja sobre la pauta de Suetonio un Carlomagno emperador de la Roma del siglo I de nuestra era. Bien está que la cultura carolingia careciera de un mínimo de conciencia histórica; bien está que, tal como se explica habitualmente, el hombre del siglo IX se inscribiera gustosamente en la tradición y se sintiera instalado en un fluir de los tiempos que le vinculaba homogéneamente con el pasado glorioso de Roma. A

fin de cuentas, cincuenta años más tarde un Juan Escoto Eriúgena llegará a formular una cosmovisión en la que las eternas ideas inteligibles griegas alcanzarán el máximo realismo y la vida del hombre será imitación del eterno modelo del Hombre Primordial, de cuya esencia participa.

Pero no es menos cierto que el mismo Escoto y otros intelectuales palatinos perciben agudamente la diferencia que hay entre el mundo romano de San Agustín y el mundo feudal en el que viven, el mundo de la historia y la libertad del espíritu agustiniano y el mundo de la naturalidad y necesidad que rige una vida totalmente agraria, como es la feudal. Todo el complejo y novedoso sistema de Eriúgena apunta a la armonización de ambos sentidos de la vida: el que recoge la cultura y el que impone la agricultura.

Y, pese a ello, que matiza el candor ahistórico que se atribuye al "renacimiento carolingio" sin suprimirlo, Einhard romaniza a su personaje. Ignora voluntariamente que un reino bárbaro no es una *res publica* romana, que un rey franco no está sometido a la colectividad, anterior y superior a su función, sino que él, por vínculos de fidelidad y dependencia, es el principio y motor de toda unidad y orden, que el rey y emperador carolingio es señor todopoderoso por derecho de conquista, y el reino, un bien propio y, a la vez, precario.

Quizá por esto, Einhard olvida voluntariamente el presente, que señalaba la debilidad de la aparente omnipotencia del sistema feudal. Einhard "romaniza" voluntaria y políticamente. Y abre, con ello, una curiosa perspectiva sobre su tiempo: la tradición carolingia no sólo es extraordinariamente plástica para adecuarse a las nuevas circunstancias, sino que, además, es lo suficientemente "renacentista" como para tener claros atisbos de las diferencias históricas y manipularlas conscientemente. No sólo recuerda el mito histórico y cristiano de la paz de

Augusto, sino que lo proclama en el momento oportuno y, con toda evidencia, generando un nuevo mito útil: el de la paz carolingia, frente a las perturbaciones y desmanes de los carolingios.

El autor de la Vita Karoli

Pero ¿quién era, en definitiva, este mitopoieta genial, autor de un libro de éxito en su época? Einhard pertenecía a una familia noble de la «Francia oriental, en el condado de Maingau», en el valle del Main, según Walafrido Estrabón, su prologuista de dos generaciones más tarde (murió en el 849). Había nacido en el 775 y muy niño debió de iniciar su educación en el monasterio de Fulda. La brillantez de Einhard en la escuela monacal decide al abad Bangolf a usar de toda su influencia para abrirle las puertas de la escuela palatina. En el 791 ó 792, Einhard ingresa en aquella sementera de futuras altas dignidades del Imperio, que Carlomagno "nutre" y educa "en su casa y a sus expensas". No defrauda a sus protectores: en el 799, Alcuino de York, ya anciano y retirado, escribe al emperador para recomendar que use de los servicios de Einhard como latinista y matemático. Después actuará también como arquitecto en la Capilla Imperial de Aquisgrán y como embajador a Roma en el 806.

Con todo, la carrera cortesana de Einhard es lenta. A la muerte del emperador (814), no disfruta de ningún beneficio verdaderamente serio. Con el pleno acceso al trono de su antiguo condiscípulo Luis el Piadoso, se trunca su sino. Alcanza rápidamente ricos beneficios y notables honores, es secretario personal de Luis y, por fin, en el 817, mentor del joven primogénito imperial, Lotario, asociado este mismo año al trono de su padre. Durante una década es pieza clave en los más importantes asuntos del Imperio.

Pero en el 828 las graves fisuras de una institución imperial tan ficticia se hacen patentes con los conflictos entre Luis y sus hijos. Einhard opta por la paz y el retiro en Seligenstadt. En medio de la tempestad política, el viejo cortesano conserva incólumes prestigio y riquezas. Morirá en su retiro el 14 de marzo del 840.

Deja tras sí una obra literaria considerable, de la que han llegado hasta hoy unas sesenta y tantas *Epistulae*, una crónica del traslado de las reliquias de los santos Marcelino y Pedro al monasterio de Mülheim de Main, que él fundó en su honor, y, sobre todo, su *Vita Karoli Magni Imperatoris*. No son suyos, en cambio, unos *Annales sive chronicon breve a mundi exhordio ad annum Christi 829* que se le atribuyeron durante cierto tiempo.

Sin duda, la *Vita Karoli* es su obra principal. De ella se conservan unos ochenta manuscritos, cifra realmente importante, y hay múltiples ediciones desde la *princeps*, en 1521. Debió de redactarse, a juzgar por el testimonio de Loup de Ferrieres, entre el 829 y el 836, y no inmediatamente después de la muerte de su protagonista, como se creyó antaño.

Nithard, un verdadero historiador

A diferencia de lo que acontece con la VIDA DEL EMPERADOR CARLOMAGNO, la *Historia de los hijos de Luis el Piadoso* es un documento fidedigno de los hechos históricos que reseña. Su autor no es imparcial o neutral, pero es un historiador escrupuloso. No escribe a vuelapluma, sino con un plan preconcebido, conoce el valor de la documentación, que cita incluso explícita y textualmente, y es protagonista de excepción en muchos de los acontecimientos narrados.

En efecto, Nithard es un gran señor, y gran señor laico. Es nieto de Carlomagno a través de su madre, Bertha.

Y es hijo de uno de los más destacados representantes de la cultura carolingia de la primera generación: el "Homero de la corte", el poeta Angilberto.

Ciertamente es hombre de gran cultura. Domina un correcto latín, que debió aprender en la escuela palatina. Tiene un estilo fuertemente marcado por su personalidad. Es sobrio, preciso, pero a la vez capaz de trazar impresionantes cuadros y finas observaciones, propias de un espíritu de gran sensibilidad. Se han querido ver en sus páginas huellas bíblicas, pero también de Justino, Floro, Salustio, Tácito, Tito Livio, Cicerón, T. P. Ático, Cornelio Nepote, César, Virgilio e, incluso, de Ammianus Marcellinus. Con todo derecho, figura entre la pléyade de los más brillantes miembros de la segunda generación carolingia, junto a Rabano Mauro, Hilduino de Saint-Denis, Jonás de Orleans, Smaragdo de Saint-Mihiel, Cándido de Fulda, Ermold el Negro, Amalario, Pascasio Radberto, Dungal, etc.

Nithard encadena lógicamente los hechos, los sabe relacionar y deducir a partir de acciones militares o de negociaciones diplomáticas. Su obra tiene unidad y una subrayada preocupación literaria por agradar y convencer al lector.

Una cosmovisión feudal

Nithard es primo hermano de los protagonistas de su historia. Y es hombre de notable fidelidad, virtud altamente meritoria en aquellas circunstancias, en las que toda negociación, acuerdo o acción militar comportaba sorprendentes reajustes en los honores y beneficios atribuidos a los servidores y amigos de cada uno de los príncipes enfrentados (IV, 3). Nithard escribe a favor de la causa de Carlos, el futuro Carlos el Calvo. No disimula sus simpatías, ni pierde ocasión de subrayar la ambición, do-

blez, mala fe del primogénito de Luis el Piadoso, Lotario. La política de Lotario fue, en efecto, especialmente sinuosa, aun para su época. A diferencia de las obras de historiadores profesionales posteriores, la de Nithard trasluce el, para nosotros, extraño ambiente de una política que hoy no calificaríamos de tal, sino de asuntos familiares, personales y hasta de chalanerías de feria local, con sus regateos, exageraciones, emotividades. El mundo feudal se piensa y valora en un paradigma de parentesco y rectitud religiosa objetivada. Las fórmulas retóricas que Nithard toma en préstamo de los autores latinos clásicos no alcanzan a cubrir la diametral oposición de cosmovisiones, la exagerada homonimia engañosa de unas realidades "imperiales" con pocas notas comunes.

En efecto, Nithard escribe desde una cosmovisión que, salvadas las distancias que impone el género literario, se corresponde con la que en términos técnicos filosóficos nos ofrece Juan Escoto Eriúgena, el gran filósofo de la generación tercera de eruditos carolingios. El Eriúgena vivió en la corte, ya estabilizada y brillantemente imperial, del mismo rey Carlos el Calvo. Su obra maestra, el *Periphyseon* [Ediciones Orbis, 1984; *Historia del pensamiento,* n.° 64], describe la realidad toda en términos de una *physis* o *natura,* férreamente estructurada por vínculos de necesidad, que se despliega como un todo armónico, desde la sublime subjetividad divina hasta alcanzar a constituir la más ínfima de las realidades terrenas. Toda la creación —y se trata de una estricta creación, que se opone nítidamente a todo emanatismo— no es otra cosa que el acto necesario de decirse Dios su propia esencia, en un eterno discurso cuidadosamente lógico. La *physis* del docto carolingio es toda ella una secuencia ordenada y armónica de epifanías, manifestaciones divinas, apariciones en órdenes diferenciados de la inmensa riqueza interior de un Dios personal, cuyo ser profundo es "no poder ser", "no-ser". Todo este orden cósmico se con-

mueve, tiembla, se oscurece y agosta cuando algo importante escapa, por una u otra razón, del orden común.

Y esto exactamente es lo que acontece, primero durante el reinado de Luis el Piadoso, más tarde, durante el reinado de sus hijos. Y éste es, exactamente, el ambiente que vive y describe Nithard, con su atención constante a los fenómenos astronómicos, con minuciosa notación de la longitud, humedad y frigidez del invierno que repercute en las cosechas y la vida del pueblo, con el final de la obra, una amarga reflexión: *et pugnabit orbis terrarum contra insensatos* (*Sap.* V, 21). Los hijos del emperador Luis, con su egoísmo, han perturbado el orden cósmico: miseria para el pueblo, sediciones por doquier, heladas y aguaceros inoportunos, inseguridad para todos, incluso en la transmisión hereditaria de la corona, es el resultado de la reacción de la naturaleza frente al rey injusto, frente a unos hijos desnaturalizados, hermanos en discordia.

El lenguaje de Nithard, con todo, es más próximo al de los textos pastorales del episcopado, que al fuertemente especulativo de Juan Escoto Eriúgena (hacia 950-970). En el carolingio resuenan las "maldiciones y bendiciones" bíblicas del capítulo IX de los *De duodecim abussionibus saeculi*, un tratado escrito probablemente en el siglo VII, pero que goza de gran popularidad en el siglo IX al atribuirse su autoría a San Agustín de Hipona (siglos IV-V), a San Cebrián (siglo III) o a San Jerónimo (siglo IV). Hacia el 831, es Jonás de Orleans quien cita el opúsculo del siglo VII al formular su primeriza y peculiar versión de "Espejo de príncipes" bajo el título de *De institutione regia*. Su tratado, que dedicó al rey Pipino de Aquitania, hermanastro de Carlos el Calvo, no tiene desperdicio como trasfondo de las consideraciones morales de Nithard. Más tarde —en la tercera generación carolingia—, es un hombre de la talla e imponente influencia de Hincmaro de Reims quien cita el anónimo de dos siglos antes en su obra política: *De ordine Palatii*.

Las ambigüedades prácticas de una cosmovisión

Pero, si el colorido y el tono de la cosmovisión de Nithard es próximo a Jonás de Orleans y al *De abussionibus*, las ideas maestras se formulan de acuerdo con las enseñanzas del sínodo de París del 829, cuyas actas fueron verosímilmente redactadas por el mismo Jonás de Orleans. La doctrina del sínodo —flanqueado por los sínodos simultáneos de Lyon, Maguncia y Tolosa, cuyas actas se han perdido para nosotros— dio mucho juego en los acontecimientos graves posteriores. Elementos doctrinales como la primacía eclesiástica sobre la civil, la polarización del quehacer político en la custodia de la paz del Imperio por la justicia, la necesidad de una reforma eclesiástica y civil, fueron esgrimidos por ambos bandos enfrentados. Por dos veces (830 y 833) el emperador Luis el Piadoso fue depuesto y otras tantas restaurado en sus funciones; una y otra vez se suceden los intentos de división del Imperio entre los hijos del emperador, en vida de éste o después de su muerte. Una y otra vez, el clero —el obispado e incluso el papa Gregorio IV— actúan como instancia sacral y a la vez sapiencial, que revisa «para que todo sea según justicia», y sanciona con su *auctoritas* las decisiones y acuerdos de las *potestates* civiles. Y una y otra vez, en uno y otro bando, es la *auctoritas* eclesiástica la que sella, con su interpretación, la manifiesta presencia de un "juicio de Dios" en la suerte de las armas.

Estos elementos, tan opuestos a nuestra mentalidad y tan acordes con la cosmovisión especulativa de un Eriúgena, acuden a la pluma del erudito, diplomático y militar autor de la *Historia de los hijos de Luis el Piadoso*. Por ejemplo, «la paz en este mundo y la salvación eterna en el otro» —fórmula feliz en la que F. Lot resume el ideal de vida humana durante el período carolingio— campea por

doquier en la *Historia*. El puesto privilegiado que en la consecución del ideal tiene el estamento eclesiástico es reconocido explícitamente —si bien, no desinteresadamente— en II, 9; III, 1; IV, 1; IV, 3; IV, 5, por no citar sino una selección representativa de momentos solemnes o nimios en los que intervenía la *auctoritas*. Las batallas son el último recurso para hacer patente la razón y la voluntad divina al insensato que endurece su corazón (II, 10), la sentencia definitiva de la divinidad (III, 8; III, 5; IV, 1): es un "juicio de Dios" que el episcopado refrenda (IV, 1). Todo ello siempre sobre el telón de fondo de una naturaleza que cumple la función de coro griego, apostillando los hechos humanos con portentos (III, 3; III, 5) y sanciones (IV, 7 final) según una pauta ética elemental de parentesco (III, 3; III, 5; etc.) para valorar las acciones de los poderosos.

El "Juramento de Estrasburgo"

Se ha especulado, incluso, sobre el carácter activo del pueblo en la escena del "Juramento de Estrasburgo". Se trata, sin duda, de uno de los fragmentos en los que Nithard es irreemplazable. No sólo intuyó la importancia circunstancial del hecho, que narra por extenso. Además, con certero instinto de historiador, reprodujo al pie de la letra el texto de los juramentos que Carlos el Calvo y Luis el Germánico intercambiaron ante sus hombres reunidos, y los juramentos que, inmediatamente, pronunciaron los dos ejércitos en masa, complementando el de sus señores. Y, al proceder así, transmitió a la posteridad una de las primeras manifestaciones conservadas de lo que serían el francés y el alemán posteriores.

Se ha querido ver en el juramento masivo de los ejércitos una *grande nouveauté*, tanto en la decisión de tomar al pueblo como testigo del juramento de los reyes —de

aquí el francés y el alemán arcaico—, como en el papel activo que se le asigna de cogarante del pacto. Todo como si se asistiera al alba de la democracia occidental en pleno feudalismo. Pero no es posible olvidar el contexto. Como en la "democracia" griega, en la feudal se aplica el principio «lo que a todos afecta, por todos ha de ser acordado», que no es un principio "democrático" sino "orgánico". No nace de la valoración y respeto por la opinión de cada uno, dando a cada hombre un voto, sino del peso de la necesidad: o cada uno aporta su esfuerzo sin reservas a la acción de la totalidad, o es imposible el bien de todos tanto como el de cada uno. Es el acuerdo de los miembros ante la decisión de la cabeza; claro que son activos, pero sin posibilidad de alternativa; mayor solemnidad, pero ni más ni menos obligatoriedad que sin el voto colectivo. La misma *Historia* muestra cómo fluctuaba la fuerza de la fidelidad a los juramentos y a la naturaleza cuando era necesario para salvar el *status* o los *beneficia*. Y el mismo Nithard apostilla el final de la *Stillinga* sajona *«ac sic auctoritate interiit, quod sine auctoritate surgere praesumpsit»* (IV, 6) en clara condena de todo horizontalismo político. Por curiosa y esclarecedora ironía de la historia, el texto sobre el fin desgraciado de una *Stillinga* nacida *contra natura* (IV, 6) continúa con el matrimonio real. Carlos el Calvo desposa a Ermentrude porque su abuelo Alard, con un proceder muy poco natural y ético, se había tallado una popularidad que resultaría de inestimable ayuda para el monarca. La cosmovisión no siempre ofusca la visión y, en ésta, no siempre se hace presente la *natura* o *physis*. El hombre carolingio no tenía nada de simple a pesar de la simplicidad y rotundez de su paradigma cosmovisional.

Un historiador desconocido

De Nithard consta que murió el 14 de junio del 844 en el ejercicio de sus funciones condales. Cuando intentaba con sus tropas reunirse con el rey Carlos para auxiliarle en el asedio de Toulouse, le sorprendió el ejército de Pipino II de Aquitania, su sobrino. Y junto al río Agut, cerca de Angulema, una grave herida en la cabeza puso fin a su vida. Con él cayeron su primo Ricbodón, abad regular de Saint-Riquier, Hugo el Abad (hijo de Carlomagno, también) y muchos nobles señores de sus dominios.

Poco más sabemos de un autor que, en el siglo XI, ya sólo era conocido por los detalles autobiográficos que quedaron en la *Historia de los hijos de Luis el Piadoso.*

Nieto de Carlomagno, en el 843 fue, como su padre, el poeta Angilbert, abad laico de la abadía de Saint-Riquiert, que dirigía espiritualmente Ricbodón. Durante años, fue el principal consejero de su primo Carlos, bastante más joven. Tenía fama de astuto militar y brillante diplomático. Se recuerda su destacada intervención en la batalla de Fontenoy (841) y su éxito en las más delicadas circunstancias políticas. El epitafio que para su tumba escribió el poeta Micón de Saint-Riquier (murió en 853) le proclama sagaz, docto en ciencias sagradas, inflexible con los arrogantes y amable con los pacíficos.

F. J. FORTUNY
Universidad de Barcelona

BIBLIOGRAFÍA

Edición crítica y comentarios o traducciones

O. Holder-Egger: *Einhardi Vita Karoli Magni.* Hannover, 1911. (La mejor edición crítica, en la colección *Monumenta Germaniae Historica,* precedida por las tres de G.-H. Pertz —recogidas en *Patrología Latina Migne,* 97, cols. 25-62— y las dos de G. Waitz.)

A. Teulet: *Œuvres complètes d'Éginhard* (texto y traducción francesa en vol. I, pp. 2-115), 2 vols. París, 1840-1843 (*Prefacio,* vol. II, I-LXI).

J. L. Ideler: *Leben und Wandeb Karls des Grossen Beschrieben von Einhard.* Hamburgo-Gotha, 1839 (largo comentario y apéndice documental).

G. H. Pertz: *Nithardi historiarum libri IIII.* Hannover, 1830 (en *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores,* tomo II, pp. 649-72: recogida en *Patrología Latina Migne,* 116, cols. 45-76).

E. Muller: *Nithardi Historiarum libri IIII, editio III post G. H. Pertz.* Ídem 1907.

Fuentes y obras de la época relacionadas con Einhard y Nithard

AGOBARD: *De comparatione regiminis ecclesiastici et politici. Patrología Latina Migne,* 104, cols. 291-98.

«EL ASTRÓNOMO»: *Vita Hludowici* (Ed. G.-H. Pertz). Hannover, 1830 (en *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores,* tomo II, pp. 607-648).

HINCMARUS DE REIMS: *De Ordine Palatii* (Ed. Prou). París, 1884. *(Patrología Latina Migne,* CXXV, *Monumenta Germaniae Historica, Logos,* II, vol. II).

Annales regni Francorum inde ab anno 741 usque ad anno 829 (Ed. F. Kurze). Hannover, 1895 (en el mismo volumen edita los *Annales de Fulda).*

Annales de Hindesheim (Ed. G.-H. Pertz), en *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores,* tomo III, pp. 22 y SS.

Annales de Saint-Bertin (Ed. G. Waitz). Hannover, 1883.

JONÁS DE ORLEÁNS: *De institutione Regia* (Ed. J. Reviron). París, 1930.

PSEUDO-AGUSTÍN: *De duodecim abussionibus saeculi* o *Abussiva. Patrología Latina Migne,* 47.

JOHANNIS SCOTTI ERIUGENA: *Periphyseon* (Ed. I. P. Sheldon-Williams). Dublín, 1968-1970. (Traducción castellana del *Libro I:* Ediciones Orbis, Barcelona, 1984).

Obras monográficas y auxiliares

M. MANITIUS: *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters.* Volumen I (1911), pp. 639-646 (Einhard) y 657-660 (Nithar).

FR. KURZE: *Einhard.* Berlín, 1899.

A. KLEINCLAUSZ: *Eginhard.* París, 1942.

F.-L. GANSHOF: *Eginard, biographe de Charlemagne.* París, 1951.

G. MEYER VON KNONAU: *Ueber Nithards vier Bücher Ges-*

chichten, der Bruderkrieg der Söhne Ludwigs des Frommen und sein Geschichtschreiber. Leipzig, 1866.

L. HALPHEN: *Charlemagne et l'empire carolingien.* París, 1947 (1968²).

F. LOT – L. HALPHEN: *Le règne de Charles le Chauve.* París, 1909.

L. HALPHEN: *Études critiques sur l'histoire de Charlemagne.* París, 1921.

H. FICHTENAU: *Das Karolingische Imperium, soziale und Geistige Problema-tik eines grosses Reiches.* Zurich, 1949 (Trad. parcial: *L'empire carolingien.* París, 1958. Es una obra esencial y novedosa).

P. RICHÉ: *Education et culture dans l'Occident barbare.* París, 1962 (1968²).

F.-L. GANSHOF: *Qu'est-ce que la féodalité?* París, 1955.

H. PIRENNE: *Mahome et Charlemagne.* Bruselas-París, 1937 (Punto de partida, discutidísimo, de los estudios económicos acerca del período carolingio).

A. GUERREAU: *Le féodalisme: un horizon théorique.* París, 1980.

R. FOLZ: *Le souvenir et la légende de Charlemagne dans l'empire germanique,* París, 1950.

Karl der Grosse. 4 vols. Dusseldorf, 1966-1967 (contribuciones de los mejores especialistas).

J. DELPERRIÉ DE BAYAC: *Carlomagno.* Barcelona, 1985 (en esta misma colección, n.º 52).

EGINARDO

VIDA DEL EMPERADOR CARLOMAGNO

Después de decidir escribir la vida y el trato, y en parte no pequeña las hazañas de mi señor, el excelentísimo y merecidamente famosísimo rey Carlos, que costeó mi mantenimiento, lo llevé a cabo con la mayor brevedad de que fui capaz, preocupándome por no omitir nada de todo lo que pudo llegar a mi conocimiento y por no molestar con una narración prolija los espíritus de quienes rechazan todo lo nuevo, si es que de algún modo se puede evitar no molestar con un nuevo relato a quienes rechazan incluso los testimonios antiguos y escritos por varones doctísimos y elocuentísimos.

Y aunque no me cabe duda de que hay muchos que, dedicados al ocio y a las letras, consideran que el estado de la época presente no debe ser descuidado a tal punto que absolutamente todos los hechos que ahora suceden se entreguen al silencio y al olvido como si no fueran dignos de recuerdo alguno, e incluso prefieren, llevados por el deseo de durar, presentar las preclaras acciones de otros en escritos de cualquier especie antes que sustraer la fama de su propio nombre a la memoria de la posteridad no escribiendo nada, con todo no creí que debía abstenerme de un relato como el presente, ya que tenía consciencia de que nadie podía escribirlo con más

veracidad que yo, por haber tomado parte en persona en dichos hechos y haberlos conocido, como dicen, en calidad de testigo ocular y por no haber podido saber a ciencia cierta si otro los iba a escribir o no. Y juzgué preferible dejar a la memoria de la posteridad lo mismo ya confiado a las letras por otros antes que permitir que cayeran en las tinieblas del olvido la ilustrísima vida del mejor y más grande rey de todos los de su época y sus egregios actos, casi inimitables por los hombres de los tiempos que corren.

Existía también otra causa no irracional, según pienso, que por sí misma podría haber bastado para obligarme a escribir esto: el gasto que supuso mi manutención y la perpetua amistad, después que comencé a frecuentar su corte, con mi protector en persona y sus hijos. Con ella me ató a sí de tal modo y me hizo su deudor, tanto durante su vida como después de su muerte, que con razón parecería y podría ser considerado un ingrato si, olvidando los beneficios de que me hizo objeto, dejara pasar en silencio las celebérrimas e ilustrísimas hazañas del hombre que más merece mi aprecio y permitiera que su vida quedara sin poner por escrito y privada de la debida alabanza, como si nunca hubiese vivido.

Para escribir y explicarla hubiera sido preciso no mi pobre ingenio, que de débil y pobre es casi inexistente, sino la elocuencia ciceroniana. Mas he aquí el libro que contiene la memoria del más ilustre y grande de los hombres, en el que, salvo sus gestas, no hay nada que asombre, salvo, tal vez, el hecho de que un bárbaro muy poco ejercitado en el empleo de la lengua de Roma haya creído poder escribir de manera decente o conveniente en latín y haya llevado su desvergüenza hasta el punto de considerar despreciable lo que Cicerón, al hablar de los escritores latinos en el primer libro de sus *Tusculanas*, ha expresado: «Que alguien ponga por escrito sus pensamientos, sin poder ordenarlos, embellecerlos ni procurar

con ellos algún deleite al lector, es cosa propia de un hombre que abusa desmesuradamente de su ocio y de las letras.»[1] Sin duda, esta opinión del egregio orador podría haberme apartado de la idea de escribir, si no hubiera ya determinado en mi espíritu someterme al juicio de los hombres y poner en peligro la reputación de mi pobre ingenio por escribir este libro antes que pasar por alto el recuerdo de tan gran hombre sólo para evitarme ese tipo de disgustos.

[1] La familia de los merovingios, de la cual los francos acostumbraban elegir sus reyes, duró, según se considera, hasta el rey Childerico, quien, por orden del pontífice romano Esteban, fue depuesto, tonsurado[2] y relegado a un monasterio. Pero aunque pueda parecer que acabó con él, sin embargo hacía ya tiempo que carecía de todo vigor y no se distinguía por nada más que por esa vacía palabra "rey". Pues las riquezas y el poderío del reino se hallaban en manos de los prefectos de palacio, que eran llamados mayordomos o intendentes de la casa y a quienes correspondía el poder supremo. Al rey no le quedaba ya nada más que, contento con el solo nombre de rey, la larga cabellera y la barba crecida, sentarse en el trono y representar la figura del gobernante, oír a los embajadores que venían de todas partes y, cuando marchaban, entregarles las respuestas que se le habían indicado o incluso ordenado como si fueran suyas. Salvo ese nombre de rey, casi inútil, y una precaria paga para sustentarse, que le acordaba a su placer el prefecto de la corte, no poseía nada propio, sino una sola finca, y de renta muy

1. M. Tulio Cicerón, *Tusculanas*, I, 3, 6.

2. La cabellera larga era un privilegio y un símbolo de realeza entre los merovingios. El papa mencionado por Eginardo no es Esteban II, sino Zacarías.

pequeña, en la que tenía una casa y una pequeña cantidad de servidores que le proporcionaban lo necesario, además de demostrarle respeto. A cualquier parte que tuviera que ir lo hacía en un carro tirado por bueyes uncidos a los que conducía un boyero a la manera rústica. Así solía ir al palacio, así a la asamblea pública de su pueblo, que tenía lugar anualmente en interés del reino, y así volvía a su casa. El prefecto de la corte proveía a la administración del reino y a todo lo que, dentro y fuera, debía atenderse y disponerse.

[2]. Desempeñaba este oficio, en el momento de ser depuesto Childerico, Pipino, el padre del rey Carlos, casi ya con carácter hereditario. Pues Carlos, su padre, que aplastó a los tiranos que reclamaban para sí el poder absoluto sobre toda Francia y derrotó a los sarracenos que intentaban ocupar la Galia en dos grandes combates —uno en Aquitania, cerca de Poitiers; el otro en las inmediaciones de Narbona, junto al río Berre— de modo de obligarlos a regresar a España, ocupó de modo ilustre esa misma magistratura que le fuera entregada por su padre, Pipino. El pueblo no acostumbraba conceder este cargo honorífico sino a quienes se destacaban de los demás por su ilustre linaje y la amplitud de sus riquezas.

Habiendo Pipino, el padre de nuestro rey Carlos, ocupado dicha magistratura que recibieran él y su hermano Carlomán de su padre y su abuelo y que compartieran en total concordia, su hermano, no se sabe por qué razones —aunque parece que llevado de su amor por la vida contemplativa—, tras abandonar la dura tarea de administrar el reino temporal, se dirigió a descansar a Roma, y allí, cambiando su hábito por el de monje y después de construir un monasterio en el monte Soracte, junto a la iglesia de San Silvestre, se dedicó a gozar de la deseada quietud durante algunos años, en compañía de los hermanos que

habían venido junto con él a tal fin. Pero como muchos de los nobles que iban de Francia a Roma para cumplir anualmente sus promesas no querían dejar de presentarle sus respetos como antiguo señor, interrumpiendo con frecuentes visitas el ocio en que máximamente se deleitaba, se vio obligado a cambiar de lugar. Así pues, al ver que la repetición de la ceremonia obstaculizaba su propósito, abandonó el monte y se retiró a la provincia de Samnio, al monasterio de San Benito, situado en la ciudadela de Cassino, y allí terminó, viviendo religiosamente, lo que le quedaba de vida temporal.[1]

[3]. Así pues, Pipino, de administrador de palacio fue elevado a rey por la autoridad del pontífice de Roma, y después de reinar solo sobre los francos durante quince años o más, terminada la guerra contra Waifre, duque de Aquitania, que se prolongó durante nueve años continuos, murió en París de hidropesía, sobreviviéndole sus dos hijos, Carlos y Carlomán, a quienes, por voluntad divina, tocó la sucesión del reino. En efecto, los francos, reunidos solemnemente en asamblea general, los hicieron reyes a ambos con la condición de que se repartieran por igual todo el cuerpo del reino, y que tomaran, Carlos la parte que el padre de los dos, Pipino, había ocupado, y Carlomán la que el tío de ambos, de su mismo nombre, había gobernado.

Ambas partes aceptaron las condiciones y recibieron la parte del reino dividido según el modo propuesto; y se mantuvo la concordia, aunque con suma dificultad, ya que muchos partidarios de Carlomán intentaron quebrar el acuerdo, al punto que algunos incluso procuraron hacerlos entrar en guerra. Pero los hechos posteriores demostraron que en todo esto había más sospecha que peligro, cuando, a la muerte de Carlomán, su esposa e hijos junto

1. En realidad, Carlomán terminó sus días en Viena.

con algunos que eran los primeros de entre sus grandes, huyeron a Italia y, sin que existiera causa alguna, despreciando al hermano de su marido, se fue a poner bajo la protección de Desiderio, el rey de los longobardos.

Efectivamente, Carlomán, tras administrar el reino en común con su hermano durante un bienio, murió de enfermedad; Carlos, por su parte, a la muerte de Carlomán, fue nombrado rey por consentimiento de todos los francos.

[4] De su nacimiento y primeros años, e incluso de su infancia, como no hay nada declarado por escrito ni se encuentra ya a nadie que diga tener conocimiento de ello, juzgo absurdo escribir, de modo que me dispuse a pasar directamente, omitiendo lo desconocido, a sus actos y costumbres y a las demás partes de su vida que pueden explicarse y demostrarse; así pues, narrando en primer lugar sus hazañas en el orden interno y en el externo, luego sus costumbres y aficiones, finalmente la administración del reino y su muerte, no dejaré de lado nada de lo que es digno o necesario de conocerse.

[5] De todas las guerras que llevó a cabo, la primera que emprendió fue la de Aquitania, comenzada, pero no terminada, por su padre, porque le parecía que podía concluirse rápidamente, aún en vida de su hermano, a quien incluso solicitó ayuda. Y aunque su hermano no le proporcionara el socorro prometido, prosiguió denodadamente con la ejecución de la expedición comenzada, y no quiso desistir de la tarea una vez comenzada antes de concluir lo que procuraba llevar a término con incansable perseverancia. Obligó a dejar Aquitania y dirigirse a Gascuña a Hunoldo, quien después de la muerte de Waifre había intentado ocupar Aquitania y reemprender la guerra ya

casi acabada. No soportando, sin embargo, que aquél permaneciera allí, después de atravesar el río Garona ordenó al jefe de los gascones, Lobo, enviándole embajadores, que le entregara al refugiado, amenazándole con declararle la guerra si no cumplía su orden de inmediato. Pero Lobo, pensándolo mejor, no sólo entregó a Hunoldo sino también se sometió a la autoridad de Carlos junto con la provincia que gobernaba.

[6] Solucionadas así las cosas en Aquitania, terminada esa guerra, y habiendo partido de este mundo también su asociado, llamado por el obispo de la ciudad de Roma, Adriano, y ante sus ruegos y plegarias, emprendió la guerra contra los longobardos.

Anteriormente, por cierto, y ante las súplicas del papa Esteban, también su padre había emprendido esta guerra con gran dificultad, pues algunos de los hombres principales de los francos a quienes solía consultar se habían mostrado a tal punto rebeldes a su voluntad que llegaron a proclamar de viva voz que abandonarían al rey y volverían a sus hogares. Sin embargo, se llevó a cabo la guerra, entonces contra el rey Astulfo, y fue concluida con gran celeridad. Pero si, al parecer, Carlos y su padre tuvieran una causa semejante, o más bien la misma, para emprender dicha guerra, no consta que se la llevase a término con esfuerzo y resultado semejantes. Pipino, después de pocos días de asedio en Pavía, obligó al rey Astulfo a entregar rehenes, devolver las plazas fuertes y castillos arrebatados a los romanos y a jurar que no volvería a apoderarse de lo devuelto; Carlos, en cambio, después de dar comienzo a la guerra, no cejó de obtener la rendición del rey Desiderio, a quien había quebrantado antes con largo asedio, de obligar a marcharse no sólo del reino sino también de Italia a su hijo Adalgiso, hacia quien parecían inclinarse las esperanzas de todos, de res-

tituir a los romanos todo lo que se les había arrebatado, de someter a Rodgaud, prefecto del ducado del Friul, que intrigaba para rebelarse, de reducir a toda Italia a su poder, y de imponerle como rey a su hijo Pipino.

Podría escribir aquí cuán difícil le resultó, al entrar a Italia, la travesía de los Alpes, y con qué gran esfuerzo superaron los francos las cimas inaccesibles de los montes, las peñas que sobresalían elevándose al cielo y los ásperos escollos, si no tuviera en mi ánimo el dejar constancia en esta obra de su modo de vida más que de las guerras que llevó a cabo. Con todo, el fin de esta guerra fue la sumisión de Italia, el exilio perpetuo del rey Desiderio, que fue deportado, la expulsión de su hijo Adalgiso, y la restitución del patrimonio arrebatado por los reyes de los longobardos a Adriano, cabeza de la Iglesia romana.

[7] Después del final de esta guerra, se continuó la sajona, que casi parecía interrumpida. El pueblo de los francos nunca emprendió una guerra más larga ni más atroz ni más penosa que ésta, porque los sajones, como casi todos los pueblos que habitan Germania, feroces por naturaleza, entregados al culto de los demonios y adversarios de nuestra religión, no consideraban deshonesto violar o transgredir. También existían causas que podían turbar cada día la paz, en especial el hecho de que nuestras fronteras y las de ellos estaban contiguas y casi en todas partes en lugar llano, salvo unos pocos lugares en los que o grandes bosques o las cimas de las montañas, interpuestas, delimitan con claridad los campos de unos y otros; en aquéllas no cesaban de producirse matanzas, robos e incendios recíprocos. Con todo esto, los francos terminaron por irritarse tanto que ya no juzgaron suficiente devolver las ofensas, sino emprender contra ellos una guerra abierta.

Así pues, se les declaró la guerra, que se llevó a cabo con gran animosidad por ambos bandos, aunque con mayores pérdidas para los sajones que para los francos, durante treinta y tres años ininterrumpidos. Hubiera podido terminar antes, si la perfidia de los sajones lo hubiera permitido. Es difícil decir cuántas veces vencidos y suplicantes los reyes se rindieron al rey, prometieron hacer lo que se les ordenaba, entregaron sin dilación los rehenes que se les mandaba, recibieron a los embajadores que se les enviaban, a veces tan dominados y debilitados que hasta prometieron abandonar el culto de los demonios y someterse a la religión cristiana; pero, así como a veces se mostraban inclinados a hacerlo, igualmente estuvieron siempre dispuestos a quebrantar sus juramentos, de modo que no sería fácil juzgar para cuál de ambas cosas podrían decirse con más verdad mejor preparados, puesto que después del comienzo de la guerra con ellos casi no pasó año sin que practicasen tal cambio.

Pero la magnanimidad del rey y su perpetua constancia, tanto en circunstancias adversas como favorables, no podía ser vencida por la mutabilidad de sus enemigos, ni apartada de lo que había comenzado. Pues nunca permitió que quedaran impunes cuando perpetraban una acción de tal tipo, castigando su perfidia ya poniéndose él mismo al frente del ejército, ya enviándolo con sus condes, e imponiéndoles una pena digna, hasta que, abatidos por completo y a su merced todos los que solían resistirle, trasladó a diez mil hombres de los que habitaban ambas orillas del Elba con sus mujeres e hijos y distribuyó a los deportados aquí y allí en Galia y Germania, en pequeños grupos; y se sabe que la guerra, así arrastrada durante tantos años, se terminó con la condición, propuesta por el rey y aceptada por los enemigos, de que tras abjurar del culto de los demonios y abandonar las ceremonias patrias, adoptaran la fe cristiana y sus sacramentos, y unidos con los francos formaran con ellos un solo pueblo.

[8] Durante esta guerra, aunque se prolongara por largo tiempo, no dio batalla, en persona, al enemigo más de dos veces: una vez cerca del monte que se denomina Osning, en un lugar llamado Thetmold, y otra junto al río Haase, y ambas en el mismo mes, con pocos días de diferencia. En estas dos batallas los enemigos fueron derrotados y desbaratados de tal modo que, con posterioridad a ellas, no osaron ya provocar al rey, ni oponerle resistencia en su avance, a no ser cuando se sentían protegidos por alguna fortificación del lugar. Sin embargo, en dicha guerra perecieron tantos hombres de los nobles francos como de los sajones y algunos de los que desempeñaban altos cargos. Finalmente, tocó a su fin después de treinta y tres años, durante cuyo transcurso tantas y tan tremendas guerras estallaron en diversas partes del mundo contra los francos, y conducidas por el rey con tanta habilidad que con razón se podría dudar si conviene admirar en él más su capacidad para resistir los esfuerzos o su buena suerte. Pues esta guerra dio comienzo dos años antes de la itálica, y aunque fuera llevada a cabo sin interrupción, sin embargo no se abandonó ninguna de las que tenían lugar en otras partes y en ningún sitio se interrumpió el combate, tan duro como contra los sajones.

Pues el rey, que sobrepasaba a todos los de su época en sabiduría y magnanimidad, no retrocedió ante nada de lo que hubiera que comenzar o continuar, ni a causa de los esfuerzos que exigiese, ni por temor, sino que, habiendo aprendido a soportar y aceptar cada cosa según su naturaleza, no acostumbraba ceder en la adversidad ni dejarse halagar en la prosperidad, cuando la fortuna le sonreía.

[9] Mientras combatía contra los sajones asiduamente y casi sin interrupción, tras disponer guarniciones en luga-

res convenientes de sus confines, atacó a España con el mayor aparato bélico que le era posible. Atravesado el obstáculo de los Pirineos, recibida la sumisión de todos los castillos y plazas fuertes que encontraba en su camino, regresó con su ejército incólume, salvo que le tocó en suerte, en el retorno, experimentar algo de la perfidia vasca. Pues como el ejército marchara desplegado en largas filas, según lo exigía la estrechez del lugar, los vascos, tendiendo una emboscada en la parte más elevada de la montaña —pues se trata de un sitio ideal para tender emboscadas a causa del espesor de los bosques, que abundan allí—, se precipitaron a la hondonada y, atacando a la retaguardia que portaba la impedimenta y a quienes cubrían la marcha del grueso del ejército y acudían en socorro de la retaguardia, trabaron combate con ellos hasta matar al último hombre; luego, apoderándose de los bagajes, protegidos por la noche que caía, se dispersaron con la mayor rapidez en diversas direcciones. Ayudaban en esto a los vascos lo ligero de las armas y la naturaleza del terreno en que se desarrollaba el hecho; por el contrario, los francos luchaban en inferioridad de condiciones debido a lo pesado de sus armas y la desventaja de su situación en el terreno. En esta batalla resultaron muertos Egiardo, senescal real, el conde de palacio Anselmo y Rolando, duque de la marca de Bretaña, junto con otros muchos. Y esta derrota no pudo ser vengada de inmediato, dado que el enemigo, una vez perpetrado el golpe, se dispersó de tal modo que no se pudo saber en modo alguno en qué parte del mundo se le podía encontrar.

[10] Sometió también a los bretones, quienes, como habitaban en el occidente, en una de las zonas extremas de la Galia, junto a las riberas del océano, no obedecían; así pues, envió una expedición contra ellos que les obligó a

entregar rehenes y a prometer que en lo sucesivo harían lo que se les ordenara.

Entrando luego el rey en persona con su ejército en Italia y atravesando Roma para dirigirse a Capua, ciudad de Campania, una vez llegado allí, y tras haber acampado, amenazó a los habitantes de Benevento con la guerra, si no se le rendían. El jefe de éstos, Aragiso, conjuró el peligro enviando a sus hijos, Romualdo y Grimaldo, al encuentro del rey con una gran suma de dinero, y rogándole que recibiera a los nombrados como rehenes, prometió que él y su pueblo cumplirían con lo que se les mandara, con la sola condición de que se le dispensara de comparecer en persona.

El rey, por consideración al interés del pueblo antes que a la obstinación de espíritu de su jefe, aceptó los rehenes que se le habían ofrecido y concedió como favor especial al padre que no compareciera ante su presencia; reteniendo en calidad de rehén al hijo menor, le envió al mayor. Tras despedir a los embajadores para que exigieran y aceptaran de los beneventinos y su jefe los juramentos de fidelidad, regresó a Roma y después de transcurrir allí unos días para venerar los lugares santos, regresó a la Galia.

[11] Después estalló repentinamente la guerra en Baviera, que se terminó en corto tiempo. Fue producto conjuntamente de la soberbia y necedad del duque Tasilón, quien, animado por su esposa, hija del rey Desiderio y que creía poder vengar, a través de su marido, el exilio de su padre, pactando con los hunos —que se encuentran al oriente de los bávaros—, no sólo intentaba desobedecer al rey, sino que le provocaba a la guerra. La cólera del rey no pudo soportar tal arrogancia, por parecerle excesiva; y por consiguiente, convocando a sus tropas de todas partes, se dirigió en persona al río Lech con un

gran ejército para atacar Baviera. Dicho río separa a los bávaros de los alamanes. Establecido su campamento a orillas del mismo, antes de entrar en la provincia, decidió sondear el ánimo del duque a través de sus enviados. Tasilón, considerando que no sería de utilidad ni para sí mismo ni para su pueblo empecinarse en seguir con las acciones, se presentó al rey como suplicante, entregó los rehenes que se le ordenaban, entre los que se hallaba también su hijo Teodón, y prestó además juramento de fidelidad, en el sentido de que no daría más oídos a nadie que quisiese persuadirle a desobedecer la autoridad del rey. Y así se puso rapidísimo fin a una guerra que parecía estar a punto de convertirse en la más importante.

Sin embargo, más tarde, Tasilón, llamado a presencia del rey, se encontró con que se le negaba el permiso de regresar a su provincia, cuyo mando se le denegó por más tiempo; en cambio, se encargó su gobierno no a un duque, sino a condes.

[12] Solucionadas de tal modo dichas sublevaciones, se emprendió la guerra contra los eslavos, que entre nosotros, por costumbre, reciben el nombre de vilzes, pero que en realidad, en su propia lengua, se llaman velátabos. En ella tomaron parte también los sajones, en calidad de auxiliares, entre los restantes pueblos que seguían los estandartes del rey porque así se les había ordenado, aunque su obediencia era fingida y menos devota. La causa de la guerra fue que los velátabos hacían frecuentes incursiones contra los abodritos, antiguamente aliados de los francos, y era imposible obligarles a que se abstuvieran de hacerlo sólo con órdenes.

Un golfo se extiende desde el océano occidental hacia el oriental, y es de una longitud desconocida, pero de una amplitud que en ninguna parte excede de los cien mil pasos, aunque en muchos sitios se revela más angosta.

Alrededor de él están establecidos muchos pueblos. Los daneses y los suecos, a los que llamamos normandos, ocupan la costa septentrional y todas las islas, mientras que habitan en la costa austral los eslavos, los estes y muchos otros pueblos, entre quienes se distinguen particularmente los velátabos contra quienes entonces guerreaba el rey.

Con sólo una expedición, que había conducido personalmente, los aniquiló y venció de tal forma que con posterioridad nunca pensaron en negarse a cumplir sus órdenes.[1]

[13] A esta guerra sucedió la mayor de todas sus campañas, salvo la que emprendiera contra los sajones: me refiero, evidentemente, a la que libró contra los ávaros o hunos, y que dispuso con más ánimos y con grandísimos recursos. No obstante, sólo realizó una campaña personal contra Panonia —pues entonces aquel pueblo habitaba dicha provincia—, dejando que se encargaran de las restantes su hijo Pipino, los prefectos de las provincias y también condes y legados. Habiendo éstos llevado a cabo su cometido con gran celo, la guerra llegó por fin a término después de ocho años.[2] Cuántas batallas se llevaron a cabo en su transcurso, cuánta sangre fue derramada durante el mismo, lo atestiguan Panonia, vacía de todo habitante, y el lugar en que se encontraba el palacio real del khagan,[3] a tal punto desierto que no se advierte hoy en él ni siquiera un vestigio de vida humana. Toda la nobleza de los hunos pereció en esta guerra, toda su gloria se

1. Eginardo olvida el alzamiento en 808 y las expediciones sucesivas desde entonces hasta 812.

2. Erróneo: los *Annales royales* señalan que duró de 791 a 803.

3. Título que llevaba el rey de los ávaros, a ejemplo de un gran número de soberanos asiáticos.

desmoronó; toda su riqueza y los tesoros reunidos a lo largo de los tiempos se convirtieron en botín, y no puede recordarse guerra alguna de las emprendidas contra los francos de la que éstos hayan salido más enriquecidos y aumentados en sus recursos. Y como hasta entonces casi parecían pobres, y encontraron en el palacio real tanto oro y plata, tantos despojos preciosos obtenidos en combates, con razón podría creerse que los francos arrebataron con justicia a los hunos lo que éstos habían sacado injustamente a otros pueblos.

De los francos, sólo dos de los próceres perecieron en esa guerra: Eric, duque de Friul, en Liburnia, junto a la ciudad marítima de Tersatto, interceptado en una emboscada que le prepararan los habitantes, y Gerold, gobernador de Baviera, asesinado por un desconocido, junto con dos que le acompañaban solos mientras, a caballo, exhortaba a sus soldados uno a uno en el momento en que disponía la formación de combate para ofrecer batalla a los hunos. Por lo demás, esta guerra resultó casi incruenta para los francos y tuvo un final sumamente próspero, aunque se dilató por más tiempo del que su magnitud exigía.

Después de ésta, también la guerra contra los sajones recibió una conclusión apropiada a su larga duración. Tampoco consiguieron durar mucho las emprendidas por bohemos y linones, que estallaron después; ambas alcanzaron un rápido final bajo la conducción de Carlos el Joven.

[14] La última guerra se llevó a cabo contra los normandos, llamados daneses, quienes, después de practicar la piratería, devastaban con una poderosa flota las costas de Galia y Germania. Su rey Godofrido de tal manera se había llenado de vanas esperanzas, que se prometía el poder sobre toda Germania; también consideraba Frisia y

Sajonia no de otra manera que como provincias de su propiedad. Ya había sometido a los abodritos, ya los había hecho tributarios suyos; incluso se jactaba de que en breve se presentaría con una enorme tropa en Aquisgrán, donde estaba la corte del rey. Y no se denegaba del todo la fe a sus palabras, aunque insensatas, sino que más bien se pensaba que daría comienzo a algo por el estilo, de no habérselo impedido una muerte repentina. Pues su muerte a manos de uno de sus guardianes aceleró el fin de su vida y de la guerra que había empezado.

[15] Éstas son las guerras que el poderosísimo rey llevó a cabo durante cuarenta y siete años —otros tantos fueron los años de su reinado— en diversas partes del mundo con tanta prudencia como felicidad. Con ellas amplió tan generosamente el reino de los francos, ya recibido de su padre Pipino grande y poderoso, que casi lo aumentó al doble. En efecto, mientras anteriormente los francos denominados orientales no ocupaban más que la parte de la Galia que se extiende entre el Rin, el Loira, el océano y el mar Balear y la parte de Germania situada entre Sajonia, el Danubio, el Rin y el Saale, que separa a los turingios de los sorabos, además de los alamanes y bávaros, que entraban dentro de la esfera de poder del rey de los francos, el rey Carlos, a través de las guerras ahora recordadas, logró la anexión de Aquitania, Gascuña, toda la cadena de los montes Pirineos y la zona que llega hasta el río Ebro, que, nacido entre los navarros, desemboca en el mar Balear bajo las murallas de la ciudad de Tortosa, después de atravesar los campos más fértiles de Hispania; luego añadió toda Italia, que, de Aosta hasta la Calabria inferior, en donde, como se sabe, están los confines entre griegos y beneventinos, se extiende en una longitud de más de un millón de pasos; luego añadió Sajonia, que es por cierto una parte nada desdeñable de Germania,

donde ocupa un espacio de una longitud similar al que ocupan los francos y de una extensión que se considera el doble; después de ésta añadió ambas Panonias, la Dacia (en la otra orilla del Danubio), Istria y también Liburnia y Dalmacia, excepción hecha de las ciudades marítimas que concedió al emperador de Constantinopla en razón de su amistad y del acuerdo alcanzado con él; por último, sometió a todos los pueblos bárbaros y feroces que, establecidos entre los ríos Rin y Vístula, el océano y el Danubio, muy semejantes por su lengua pero absolutamente distintos por costumbres y forma de vida, habitan en Germania, al punto de convertirlos en tributarios: son los principales de ellos los velátabos, los sorabos, los abodritas, los bohemos; y contra éstos libró combates. En cuanto a los restantes, en número mucho mayor, aceptó su espontánea rendición.

[16] También acrecentó la gloria de su reino conciliándose la amistad de reyes y pueblos.

Por ejemplo, se vinculó tan estrechamente con Alfonso, rey de Galicia y Asturias, que éste, cada vez que enviaba a Carlos cartas o embajadores, ordenaba que no se le llamara ante el rey franco sino "su servidor".

También consiguió, gracias a su munificencia, que los reyes escoceses se inclinaran a su voluntad, al punto de no llamarle sino señor y decirse sus súbditos y siervos. Quedan cartas enviadas por ellos en las que se manifiestan de este modo sus sentimientos para con el rey.

Con el rey de los persas, Harun, quien, salvo la India, poseía casi todo el Oriente, mantuvo tal concordia en la amistad, que éste anteponía su favor a la amistad de todos los reyes y príncipes que existían en el mundo entero y consideraba que debía tratarle con todos los honores y gran munificencia. Y cuando los embajadores del franco, a los que había enviado con ofrendas al muy sagrado

sepulcro y lugar de resurrección del Señor y Salvador nuestro, presentándose a él, le descubrieron la voluntad de su señor, no sólo permitió Harun que vieran satisfechos sus deseos, sino que también consintió que aquel sitio sagrado y redentor fuese colocado bajo la autoridad de Carlos; y al regresar los embajadores los hizo acompañar por los suyos, cargados de enormes regalos para él —tejidos, perfumes y las demás riquezas de las tierras de Oriente—, siendo que ya pocos años antes le habían enviado, a su petición, el único elefante que por entonces poseía.

También los emperadores de Constantinopla, Nicéforo, Miguel y León, que por propia voluntad solicitaban su amistad y alianza, le enviaron varias embajadas. Sin embargo, como éstos sintieran fuertes sospechas de él por haber tomado el título de emperador, como si quisiera arrancarles el imperio, concluyó con ellos un solidísimo tratado, para que no quedara entre las partes ninguna ocasión de agravio. En efecto, el poderío de los francos resultaba siempre sospechoso a romanos y griegos, y de ello proviene el dicho griego: «Si tienes al franco como amigo, no lo tienes como vecino.»

[17] Pero aun cuando se mostrara tan grande en la ampliación del reino y en el sometimiento de pueblos extranjeros, y se dedicara con asiduidad a ocupaciones de tal clase, sin embargo dio comienzo en diversos lugares a muchísimas obras destinadas a ornamento y utilidad del reino, e incluso logró terminar algunas. Entre éstas pueden pasar, no sin razón, como principales la basílica de la santa Madre de Dios, de una construcción admirable, en Aquisgrán, y el puente sobre el Rin en Maguncia, de quinientos pasos de longitud (pues tal es la anchura del río en ese lugar). Con todo, este último se incendió un año antes de su muerte y no pudo ser reconstruido a causa de

su fallecimiento, aunque ya meditaba hacerlo de piedra en lugar de madera.

Dio comienzo también a dos palacios de admirable arquitectura, uno no lejos de la ciudad de Maguncia, cerca de la villa que recibe el nombre de Ingelheim, y el otro en Nimega, sobre el río Waal, que baña la isla de los bátavos por la parte meridional. Pero sobre todo tomó nota de las casas de Dios que en todas partes de su reino se encontraban en ruinas, y ordenó a los pontífices y prelados a cuyo cargo estaban que las restauraran, preocupándose, a través de sus enviados, de que sus órdenes fuesen cumplidas.

Armó una flota para emplear en la guerra contra los normandos; para ese fin hizo construir naves junto a los ríos que, desde Galia y desde Germania, desembocan en el océano septentrional. Y como los normandos devastaban con asiduas correrías el litoral galo y germánico, colocó centinelas y puestos de guardia en todos los puertos y desembocaduras de los ríos, por donde parecía que podían entrar naves, impidiendo así que el enemigo pudiese huir. Lo mismo hizo desde la parte meridional en la provincia de Narbona y Septimania, y también en todo el litoral de Italia hasta Roma contra los moros, dedicados últimamente a ejercer la piratería. Y gracias a esto, durante su vida, ningún grave daño sufrieron Italia por parte de los moros, ni Galia y Germania de los normandos, salvo que Civitavecchia, ciudad de Etruria, fue capturada y devastada por los moros debido a una traición, y en Frisia algunas islas contiguas al litoral germánico fueron saqueadas por los normandos.

[18] Es bien sabido que tal fue Carlos tanto en la protección como en la ampliación del reino, al mismo tiempo que en su embellecimiento. A partir de ahora comenzaré a hablar de las dotes de su espíritu, de su extraordinaria

constancia en todas las circunstancias, prósperas o adversas, y de todo lo que concierne a su vida privada e íntima.

Habiendo repartido, después de la muerte de su padre, el reino con su hermano, soportó con tan gran paciencia la enemistad y odio de éste, que a todos pareció sorprendente que ni siquiera se dejara llevar por la ira contra él.

Después, por consejo de su madre, desposó a la hija del rey de los lombardos, Desiderio, a la que, sin que se sepa a ciencia cierta por qué, repudió al cabo de un año, y tomó en matrimonio a Hildegarda, mujer de elevada alcurnia del pueblo de los suabos. De ella tuvo tres hijos, a saber: Carlos, Pipino y Luis, y otras tantas hijas: Rotruda, Berta y Gila. Tuvo también otras tres hijas, Teodrada, Hiltruda y Rodaida, las dos primeras de su esposa Fastrada, que pertenecía al pueblo de los francos orientales, o sea germánicos, y la tercera de una concubina, cuyo nombre no tengo presente en este momento. Tras la defunción de Fastrada, tomó como esposa a la alamana Liutgarda, de la que no tuvo hijos. Después de su muerte tuvo cuatro concubinas, a saber: Madelgarda, que le dio una hija de nombre Rotilda; Gersvinda, de estirpe sajona, de quien nació una hija de nombre Adaltruda; Regina, que le dio a Drogón y Hugo, y Adalinda, en quien engendró a Teodorico.

Su madre, Bertrada, envejeció junto a él rodeada de los máximos honores. En efecto, la trataba con suma reverencia, de modo que nunca surgió entre ellos discordia, salvo en el divorcio de la hija del rey Desiderio, a la que había desposado por persuasión materna. Finalmente murió tras la muerte de Hildegarda, habiendo ya visto tres nietos y otras tantas nietas en la casa de su hijo. Su hijo la hizo enterrar con grandes honores en la misma basílica en que reposa su padre, la de Saint-Denis.

Tenía una única hermana, llamada Gila, consagrada desde los primeros años de su juventud a la vida religio-

sa, a la que, de modo similar que a su madre, trató con gran amor. También ella murió pocos años antes del fallecimiento del rey en el monasterio en que había pasado su vida.

[19] Decidió que sus hijos debían ser instruidos de modo que tanto los hijos como las hijas se iniciaran primero en las artes liberales, a las que él también se dedicaba; luego hizo que los varones se ejercitaran en el manejo de las armas, en cabalgar y cazar, según la costumbre de los francos, en cuanto la edad lo permitió, mientras que ordenaba que las hijas se acostumbraran a trabajar la lana, se dedicaran al huso y a la rueca, para que no se dejaran llevar por el ocio, y que se les enseñara todo lo correspondiente a una mujer honesta.

De todos éstos, sólo perdió dos hijos y una hija antes de morir él mismo: Carlos, el mayor de edad, Pipino, al que había hecho rey de Italia, y Rotruda, que era la mayor de sus hijas y había sido prometida en matrimonio a Constantino, emperador de los griegos. De ellos, Pipino dejó a su muerte un hijo, Bernardo, y cinco hijas, Adelaida, Atula, Gondrada, Bertaide y Teodrada: en ellos dejó el rey señalada prueba de su afecto, cuando, al morir su hijo, hizo que su nieto sucediera al padre y que sus nietas fueran educadas junto con sus propias hijas. Soportó con menos resignación que lo que hacía prever la fuerza de ánimo que le distinguía las muertes de sus hijos e hija, viéndose llevado a las lágrimas por el amor paterno, en el que era no menos insigne.

Asimismo, cuando se le anunció el fallecimiento del romano pontífice Adriano, a quien consideraba el principal entre sus amigos, lloró como si hubiese perdido a un hermano o un hijo amadísimo. Pues era sumamente equilibrado en sus amistades: las hacía fácilmente, las mantenía con suma constancia, y cultivaba con gran devoción a to-

dos aquellos con los que se había unido por este vínculo.

Demostró tanta atención por la forma en que se educaban sus hijos e hijas, que nunca, en su casa, cenaba sin ellos, jamás se ponía en marcha sin ellos. Sus hijos cabalgaban a su lado, mientras las hijas los seguían detrás, cerrando el cortejo, con algunos guardianes encargados de protegerlas.

Siendo ellas muy hermosas, y amándolas como las amaba, es extraño que nunca quisiera darlas en matrimonio, a ninguna, a alguien de los suyos o a un extranjero; por el contrario, las retuvo a todas consigo en su casa hasta el momento de su fallecimiento, diciendo que no podía privarse de su compañía. Y a causa de ello, aunque en otras cosas afortunado, experimentó la malignidad de la adversa fortuna. Sin embargo, disimuló, como si jamás hubieran corrido rumores sobre ellas o hubiese surgido sospecha alguna sobre su deshonor.

[20] De una concubina había tenido un hijo, de nombre Pipino, a quien no he mencionado entre los demás, de bella apariencia, aunque giboso. Aprovechando el hecho de que su padre, en guerra con los hunos, pasaba el invierno en Baviera, simuló una enfermedad para conspirar contra él con algunos de los principales francos que le habían seducido con vanas promesas de hacerle ceñir la corona. Después de descubrir el fraude y de condenar a los conjurados, Carlos le concedió recibir la tonsura en el convento de Prüm, ya que su hijo había expresado el deseo de consagrarse a la vida religiosa.

Con anterioridad, también se había producido otra peligrosa conspiración contra el rey, en Germania. Sus responsables, algunos privados de la vista, otros indemnes, fueron todos condenados al exilio y deportados; ninguno de ellos recibió como castigo la muerte, sino tan sólo tres,

que, como se defendieran desenvainando las espadas para no ser apresados y hubieran incluso matado a algunos, fueron muertos, dado que no se les podía reducir de otro modo.

Se cree, sin embargo, que de estas conspiraciones la causa y origen fue la crueldad de la reina Fastrada; y en ambas se conspiró contra el rey, porque, consintiendo la crueldad de su esposa, parecía haberse salido de forma exorbitante de la acostumbrada mansedumbre y benignidad de su índole. Por lo demás, durante todo el tiempo en que vivió, lo hizo, en su casa o fuera de ella, con gran amor y favor por parte de todos, al punto de que nunca nadie le hizo el más mínimo reproche de crueldad injusta.

[21] Amaba a los peregrinos y demostraba suma atención al recibirlos, de tal modo que no sin razón su gran número parecía una carga onerosa no sólo para el palacio sino también para el reino. Sin embargo, él, con su grandeza de ánimo, no se sentía molesto en absoluto por un peso de tal tipo, ya que sentía recompensados sus enormes gastos y esfuerzos con el elogio de su liberalidad y la recompensa de la buena fama.

[22] Fue de cuerpo amplio y robusto, de estatura elevada, que con todo no pasaba de la justa medida —pues consta que su talla era de siete pies de alto—, de cabeza terminada en forma redonda, de ojos muy grandes y vivaces, de nariz algo mayor que la media, de bellos cabellos blancos, de cara alegre y jovial, de todo lo cual adquiría, en su aspecto, tanto sentado como de pie, autoridad y dignidad. Aunque su cuello parecía grueso y corto y su vientre algo prominente, la equilibrada armonía de los demás miembros lo disimulaba. Su paso era resuelto, y viril toda la apariencia de su cuerpo; tenía la voz clara,

pero esto no convenía en absoluto a su aspecto físico; de muy buena salud, salvo por el hecho de que, antes de su muerte, en los últimos cuatro años le acometían frecuentes accesos febriles, y al final incluso cojeaba. Pero entonces también hacía casi todo siguiendo más su criterio que el de los médicos, a los que casi odiaba, porque le aconsejaban que dejara los alimentos asados, a los que estaba habituado, y se acostumbrara a los hervidos.

Practicaba con asiduidad la equitación y la caza, cosa que le venía de nacimiento, pues apenas podrá encontrarse un pueblo en el mundo que pueda igualar a los francos en este tipo de ejercicios. También se deleitaba con los vapores de aguas termales, ejercitando su cuerpo reiteradamente en la natación, en la que fue maestro tan consumado que nadie, con justicia, podría haber sido considerado superior a él. Incluso por esta razón construyó un palacio en Aquisgrán, donde residió permanentemente en los últimos años de su vida hasta su muerte. Y no sólo invitaba a los baños a sus hijos, sino a amigos y nobles, e incluso algunas veces a una multitud de guardianes y guardias de corps, de modo que a veces se encontraban en el agua junto con él cien hombres o más.

[23] Llevaba el vestido nacional de los francos: sobre el cuerpo, una camisa y calzones de lino; encima, una túnica bordada de seda y unos calzoncillos largos; después, envolvía sus piernas en cintas y bandas y sus pies en calzados, y protegía del frío sus hombros y pecho con un jubón de pieles de nutria o de ratón, envuelto en un sayo azulado; ceñía siempre una espada, cuya empuñadura y vaina eran siempre de oro o de plata. A veces usaba también una espada larga adornada de piedras preciosas, pero sólo en las fiestas más importantes o cuando llegaban embajadores de pueblos extranjeros. Rechazaba, eso sí, la indumentaria de otras naciones, por más que fuera muy

hermosa, y no sufría que se le vistiera con ella, salvo en Roma, una vez porque se lo suplicó el pontífice Adriano y otra a petición del sucesor de éste, León, cuando vistió una túnica larga y la clámide y se calzó también según la costumbre romana. Durante las festividades se presentaba adornado con una vestimenta tejida en oro, calzado decorado con gemas, un broche de oro que sujetaba su sayo, y una diadema también de oro y piedras preciosas. Pero en los otros días su forma de vestirse se diferenciaba poco de la común y plebeya.

[24] Moderado en la comida y la bebida, pero aún más en esta última porque abominaba la ebriedad en cualquier hombre, y mucho más en él mismo y en los suyos. No podía abstenerse igualmente de la comida, y a menudo se quejaba de que los ayunos resultaban dañosos para su cuerpo.

Poquísimas veces ofrecía banquetes, y sólo en las festividades más importantes, pero entonces con gran cantidad de convidados. Su cena cotidiana constaba tan sólo de cuatro platos, además del asado, que los cazadores acostumbraban ensartar en los asadores, y que comía con más agrado que cualquier otro alimento. Durante la cena oía un poco de música o a un lector. Se le leían las historias y hazañas de los antiguos. También le agradaban los libros de San Agustín, y en especial el titulado *La ciudad de Dios*.

Era tan moderado con el vino y con cualquier otra bebida, que raramente bebía en la cena más de tres veces. En el verano, después de la comida del mediodía, tomaba algunas frutas, bebía una vez, y se desvestía y descalzaba como acostumbraba hacer durante la noche, para descansar dos o tres horas. Por las noches, se despertaba durante el sueño cuatro o cinco veces, teniendo incluso que levantarse todas ellas.

Mientras se vestía y calzaba, no sólo recibía a los amigos, sino también, en el caso de que el conde de palacio le dijera que había un litigio que no podía decidirse sin su intervención y orden, hacía entrar de inmediato a los litigantes y, como si estuviera sentado en el tribunal, después de escuchar la exposición de la querella, dictaba sentencia; y no sólo decidía esto entonces, sino también todo lo que en ese día debía hacerse en cada servicio o las órdenes que había que dar a sus subordinados.

[25] Tenía la palabra fácil y exuberante y podía expresar con muchísima claridad lo que deseaba. Y no satisfecho con el uso de su lengua materna, también se dedicó al estudio de las lenguas extranjeras; y aprendió el latín de modo tal que solía hablar con él igual que en su lengua materna; pero el griego podía entenderlo mejor que hablarlo. Era tan fácil de palabra y elocuente que podía llegar a parecer un tanto burlón y cáustico.

Cultivó con gran afán las artes liberales y, lleno de veneración por los sabios que las enseñaban, los trataba con los máximos honores. Durante su estudio de la gramática escuchó las lecciones de Pedro de Pisa, el diácono, ya anciano; en las demás disciplinas tuvo por preceptor a Alcuino, llamado Albino, también diácono, hombre de estirpe sajona procedente de Gran Bretaña y el varón más sabio de su época. Junto a él dedicó mucho tiempo y esfuerzo al aprendizaje de la retórica y la dialéctica, pero sobre todo de la astronomía. Aprendía el arte del cálculo y examinaba con gran curiosidad y sagaz atención el curso de los astros. También intentaba escribir, y para ello solía tener en el lecho, bajo las almohadas, tablillas y pliegos de pergamino, a fin de acostumbrar la mano a trazar las letras, cada vez que tuviera tiempo libre; pero este esfuerzo, comenzado demasiado tarde, tuvo poco éxito.

[26] Practicó devotísimamente y con gran piedad la religión cristiana, en la que se educó desde la primera infancia, y por ello construyó en Aquisgrán una basílica de excelsa belleza y la adornó de oro, plata y candelabros, y también de balaustradas y puertas de bronce macizo. Como para levantar el edificio no pudiera encontrar en otra parte columnas y mármoles, se ocupó de hacerlos venir de Roma y Ravena.

Frecuentaba infatigablemente la iglesia por la mañana y la tarde, e igualmente en los oficios de la noche y en el momento del sacrificio de la misa,[1] mientras la salud se lo permitió, y se cuidaba mucho de que todo lo que ocurría en ella lo hiciera con la mayor honestidad, amonestando frecuentísimamente a los sacristanes que no permitieran que se trajera o quedara en ella nada indecente o sórdido. Se ocupó de que hubiera en ella tal cantidad de vasos sagrados de oro y plata y de ornamentos sacerdotales que durante la celebración de las misas ni siquiera los porteros, que son los últimos de los órdenes eclesiásticos,[2] tenían necesidad de ejercer su ministerio en vestido particular.

Demostró especial diligencia en corregir la forma de leer y salmodiar, pues era sumamente erudito en ambas cosas, a pesar de no leer en público y no cantar sino con el resto de los fieles y en voz baja.

[27] Se mostró devotísimo en la práctica del sustento de los pobres y la liberalidad gratuita, que los griegos llaman limosna, al punto de no conformarse con ocuparse de ello

1. Como sólo había una misa por la mañana, en esa época, Eginardo quiere decir que el rey asistía también a las "horas" matutinas, vespertinas y nocturnas. (N. del E.)

2. Cuatro son los órdenes "menores": portero, lector, exorcista, acólito. (N. del E.)

sólo en su patria y en su reino, sino también allende los mares, en Siria, Egipto, África, Jerusalén, Alejandría y Cartago, de donde le habían llegado noticias de la existencia de cristianos que vivían en la pobreza: compadeciéndose de sus penurias, solía enviarles dinero, y buscaba la amistad de los reyes de ultramar sobre todo para que los cristianos necesitados bajo el dominio de aquéllos encontraran algún alivio y consuelo.

Más que a los demás lugares sagrados y venerables distinguía con su devoción a la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro, en Roma. Reunió grandes sumas de oro, plata y también piedras preciosas, que le donó; envió muchos e innumerables presentes a los pontífices, y en todo el tiempo que duró su reinado no consideró nada más importante que restaurar por medio de sus esfuerzos y acciones la antigua autoridad de la ciudad de Roma, y no sólo defender y proteger con su brazo la iglesia de San Pedro, sino también enriquecerla y adornarla con sus recursos para que brillara por encima de todas las otras. Pero aunque la tuviera en tanta consideración y estima, en el período de cuarenta y ocho años de su reinado, sólo la visitó en cuatro oportunidades con el fin de cumplir sus promesas y rezar.

[28] No sólo fueron éstas las causas de su última visita, sino también el que los romanos obligaron al pontífice León, objeto de sus muchas violencias —le habían arrancado los ojos y cortado la lengua—, a implorar el socorro del rey. Así pues, se dirigió a Roma con el objeto de restablecer la situación de la Iglesia, en extremo perturbada, y allí permaneció todo el invierno. En esa época recibió el nombre de emperador y augusto. Y en un primer momento se mostró tan contrario a ello que llegó a afirmar que en ese día, aunque fuera una festividad mayor, no hubiera entrado en la iglesia de haber podido

conocer por anticipado el proyecto del pontífice. Con todo, soportó con gran paciencia la indignación de los emperadores romanos,[1] que sentían odio y envidia por el título que había tomado; y venció la obstinación de aquéllos con su magnanimidad, en la que les llevaba gran ventaja fuera de toda duda, enviándoles frecuentes embajadas y llamándolos hermanos en sus cartas.

[29] Después de recibir el título imperial, advirtiendo que mucho faltaba a las leyes de su pueblo —pues los francos tienen dos leyes, muy diferentes en muchísimos puntos—, pensó en añadir lo que faltaba, hacer coherente lo discrepante, y corregir los errores y las faltas de redacción. Pero de todo esto no hizo más que agregar unos pocos artículos, e inacabados, a las leyes. Sin embargo, hizo poner por escrito las leyes que aún no lo estaban de todos los pueblos sometidos a su dominio.

Igualmente ordenó transcribir los antiquísimos poemas bárbaros, en los que se cantaban los actos y las guerras de los antiguos reyes, para que su recuerdo no se perdiese. También dio principio a una gramática de su lengua materna.

También dio a los meses los nombres en su propia lengua, ya que antes de entonces los francos los llamaban en parte con nombres latinos y en parte con nombres bárbaros. Actuó del mismo modo con los nombres de los doce vientos, para los cuales antes no había sino cuatro como máximo que pudieran designarlos en su lengua. Y a los meses los llamó como sigue: a enero, *wintarmanoth*; a febrero, *hornung*; a marzo, *lentzinmanoth*; a abril, *ostarmanoth*; a mayo, *winnemanoth*; a junio, *brachmanoth*; a

1. Los emperadores orientales se consideraron siempre como herederos de los primeros emperadores romanos, cuyo título habían llevado siempre. (N. del E.)

julio, *heuuimanoth*; a agosto, *aranmanoth*; a septiembre, *witumanoth*; a octubre, *windumemanoth*; a noviembre, *herbistmanoth*; a diciembre, *heilagmanoth*. En cuanto a los vientos, les impuso los nombres del siguiente modo: el viento del este se llamaría *ostroniwint*; el euro o del sud-este, *ostsundroni*; el del sud-sudeste, *sundostroni*; el del sur, o austro, *sundroni*; el del sud-sudoeste, *sundwestroni*; el del sudoeste, *westsundroni*; el céfiro, o del oeste, *westroni*; el del noroeste, *westnordroni*; el del nor-noroeste, *nordwestroni*; el del norte, o septentrión, *nordroni*; el de nor-noreste, o aquilón, *nordostroni*; el del noreste, *ostnordroni*.

[30] Al final de su vida, como le doblegara el peso de la enfermedad y la vejez, hizo llamar a su presencia a Luis, su hijo y rey de Aquitania, y el único de los hijos de Hildegarda que le quedaba, y congregados en asamblea general los principales de todo el reino de los francos, por consejo de todos le nombró su asociado en todo el reino y heredero del título imperial. Luego, imponiéndole la diadema en la cabeza, ordenó que se le llamara augusto y emperador. Esta decisión fue acogida por todos los presentes de manera muy favorable, pues parecía inspirada por Dios en bien del reino. Este hecho aumentó aún más la majestad de Carlos e inspiró un terror no pequeño a los pueblos extranjeros. Después, tras despedir a su hijo, que marchó a Aquitania, de la manera acostumbrada, aunque cargado de años, se dirigió a cazar no lejos de su palacio de Aquisgrán, y regresó allí alrededor de las calendas de noviembre, tras pasar el resto del otoño ocupado en aquella actividad.

Mientras pasaba en su palacio el invierno, atacado en el mes de enero por una fuerte fiebre, tuvo que guardar cama. De inmediato, como solía hacer en los casos de fiebre, se prescribió una dieta, pensando que con esta

abstinencia de alimento podría liberarse de la enfermedad o al menos mitigarla. Pero al añadirse a la fiebre un dolor del costado, al que los griegos llaman pleuresía, y persistiendo él en seguir la dieta, sin sustentar su cuerpo más que con poquísimas bebidas, al séptimo día de guardar cama murió después de recibir la sagrada comunión. Contaba entonces setenta y dos años de edad y llevaba cuarenta y siete de reinado. El fallecimiento ocurrió el quinto día de las calendas de febrero, a la tercera hora del día.[1]

[31] Su cuerpo, según el rito, lavado y vestido, fue llevado a la iglesia e inhumado entre la absoluta desolación de todo el pueblo. Se dudó primero acerca del lugar del entierro, ya que él mismo, en vida, no había ordenado nada al respecto. Finalmente quedó claro en el espíritu de todos que en ninguna parte podía tener mejor sepultura que en la basílica que por amor de Dios y Nuestro Señor Jesucristo y en honor de su santa madre, eternamente virgen, había construido en aquel sitio a sus expensas. Fue sepultado en ella el mismo día en que murió, y sobre el túmulo se colocó una arcada dorada con su retrato y una inscripción. Dicha inscripción lleva el siguiente texto:

BAJO ESTA LOSA ESTÁ COLOCADO EL CUERPO
DE CARLOS, GRANDE Y ORTODOXO EMPERADOR,
QUE AMPLIÓ NOBLEMENTE EL REINO DE LOS FRANCOS
Y GOBERNÓ FELIZMENTE DURANTE XLVII AÑOS.
FALLECIÓ SEPTUAGENARIO EN EL AÑO DEL SEÑOR
DCCCXIIII,
INDICCIÓN VII, EL V DE LAS CALENDAS DE FEBRERO.

1. O sea, el 28 de enero, a las nueve de la mañana. (N. del E.)

[32] Numerosos presagios de su próximo fin habían tenido lugar, de modo que no sólo los otros, sino incluso él mismo, comprendían el contenido de su mensaje.

Durante tres años sucesivos, próximos al final de su vida, se vieron frecuentes eclipses de sol y de luna, y se percibió una mancha de color negro en el sol por un período de siete días. Un pórtico, que Carlos había hecho construir entre la basílica y el palacio, de pesada arquitectura, quedó reducido a escombros súbitamente el día de la Ascensión del Señor. Del mismo modo el puente sobre el Rin, a su paso por Maguncia, que él mismo había hecho levantar durante diez años con enorme esfuerzo, de tan admirable construcción de leño que parecía poder durar eternamente, ardió en tres horas por un incendio casual a tal punto que de él no quedó ni una astilla, salvo lo que cubriera el agua.

El rey en persona, mientras dirigía la última expedición contra Godofrido, rey de los daneses, en Sajonia, un día, saliendo del campamento antes de la salida del sol para ponerse en marcha, vio de repente que una antorcha de luz resplandeciente caía del cielo a través del aire sereno, de derecha a izquierda; y en tanto todos se preguntaban qué significaría aquel portento, súbitamente el caballo que montaba cayó hacia adelante y dio con él en tierra tan pesadamente que resultó roto el broche del sayo y arrancada la vaina de la espada. Los servidores que asistían al hecho y se apresuraron a levantarle le encontraron desarmado y sin manto; también la jabalina, que casualmente llevaba en la mano, se le escapó con tal fuerza que se la encontró a una distancia de veinte o más pies.

Se añadió a esto un frecuente temblor del palacio de Aquisgrán y un sostenido crujir de los techos en las habitaciones donde residía. También resultó fulminada la basílica en donde luego fue sepultado, y la manzana de oro

que remataba el techo fue arrancada por el rayo y arrojada sobre la residencia del obispo, contigua a la basílica. En esta misma había, en el borde de la parte de pared comprendida entre las arcadas inferiores y superiores, una inscripción en letras rojas que explicaba quién era el fundador de la iglesia, en cuyo último verso se leía: KAROLUS PRINCEPS («el príncipe Carlos»): varios advirtieron que, en el mismo año de su muerte, pocos meses antes, las letras que componían la palabra PRINCEPS se encontraban tan borradas que casi no se las podía descifrar. Pero el rey no tomó en cuenta o despreció todo lo dicho, como si ninguna de estas cosas tuvieran relación con él de modo alguno.

[33] Decidió hacer un testamento, según el cual sus hijas y los hijos de sus concubinas participaran de su herencia; pero, comenzado muy tarde, no pudo concluirlo. Con todo, realizó, en presencia de sus amigos y servidores, la división de sus tesoros, dinero, vestidos y el resto de su mobiliario tres años antes de morir, conjurándolos para que, tras su fallecimiento, la distribución que había hecho fuera sancionada por medio del voto de todos ellos; e hizo consignar en un inventario lo que quería que se hiciese con lo que había repartido.

El texto y las disposiciones del mismo son como sigue:

«En el nombre del Señor Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo: sigue la división y el reparto que el gloriosísimo y piadosísimo señor Carlos, emperador augusto, en el año 811 de la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, en el año 43 de su reinado en Francia y en el 36 de su reinado en Italia, como asimismo en el 11 de su imperio, en la 4.ª indicción, con piadosa y sabia resolución ordenó hacer y que, con la gracia de Dios, llevó a cabo, de sus tesoros y el dinero que en aquel día se encontró en su habitación.

»Con él quiso especialmente velar por que no sólo se hiciera también en su nombre una distribución metódica y razonable de su dinero en forma de limosnas, como hacen tradicionalmente los cristianos con sus posesiones, sino que sus herederos, sin ningún tipo de ambigüedad, pudiesen saber con certeza qué les debía tocar y sin disputa ni protesta se repartieran de modo equitativo lo suyo.

»Así pues, con esta intención y propósito, repartió primero en tres partes todo su dinero y los bienes muebles que en ese día, como queda dicho, en forma de oro y plata y piedras preciosas y ornamento real, se pudo encontrar en aquella habitación suya; en segundo lugar, subdividiendo esas partes, se reservó una tercera íntegra y de las otras dos hizo veintiuna. Dicha división de dos partes en veintiuna tuvo por razón que, como en su reino se sabe que existen veintiuna ciudades metropolitanas, quiso que cada una de aquellas partes llegue a cada ciudad por manos de sus herederos y amigos en calidad de limosna, y que el arzobispo que en ese momento sea rector de cada iglesia metropolitana, tomando la parte que haya sido dada a su iglesia, la reparta a su vez con sus sufragáneos del siguiente modo: la tercera parte será de su iglesia, mientras las otras dos se dividirán entre sus obispos sufragáneos.

»Cada una de estas divisiones que se hicieron de las dos primeras partes según las ciudades metropolitanas fue separada de las restantes y sellada y depositada en su cofre con la indicación sobre cada una del nombre de la ciudad a la que se deberá entregar. Los nombres de las metrópolis a las que se deberán hacer estas limosnas o dádivas son los siguientes: Roma, Ravena, Milán, Cividale (Friul), Grad, Colonia, Maguncia, Juvavum (también conocida como Salzburgo), Tréveris, Sens, Besanzón, Lyon, Ruán, Reims, Arles, Vienne, Tarantaise, Embrun, Burdeos, Tours y Bourges.

»La razón de la tercera parte que quiso reservarse íntegra es que, mientras aquellas distribuidas en la forma de reparto arriba mencionadas quedan guardadas bajo sello, esta tercera se deberá utilizar en sus necesidades cotidianas, y comprenderá todo aquello de que no haya constancia que esté alienado del dominio del poseedor por ninguna obligación de voto; y esto será así en tanto que esté con vida o juzgue que tiene necesidad de ello. Pero después de su muerte o su renuncia voluntaria a las cosas de este mundo dicha parte se deberá subdividir en cuatro: una de ellas se añadirá a las veintiuna partes arriba mencionadas; otra se dividirá, de modo justo y razonable, entre sus hijos e hijas y entre los hijos e hijas de sus hijos; la tercera, según la costumbre cristiana, se gastará en socorrer a los pobres; la cuarta, de manera similar, será distribuida para la manutención y remedio de las necesidades de los siervos y siervas que se encargan del servicio de palacio.

»En cuanto a la capilla, o sea al ministerio eclesiástico, ordenó que tanto lo que él mismo ha obtenido y acumulado como lo que heredara de su padre, permaneciera intacto y no se repartiera de ningún modo. Pero si se encontraran vasos o libros u otros adornos que claramente constaran no haber sido donados por él a dicha capilla, quien desee tenerlos podrá comprarlos por un justo precio, mientras las recaudaciones serán distribuidas a los pobres.

»Queda constancia de que se encuentran, entre los otros tesoros y riquezas, tres mesas de plata y una de oro de considerable magnitud y peso. Sobre ellas resolvió y decidió que una, de forma cuadrangular, que contiene el plano de la ciudad de Constantinopla, sea entregada, junto con las otras ofrendas que han sido previstas para ello, a la basílica del bienaventurado apóstol Pedro, en Roma; la segunda, de forma redonda, sobre la que está representada la ciudad de Roma, se obsequiará al obispado de

Ravena; la tercera, que sobrepasa en mucho a las otras por trabajo, belleza y peso, que abarca, en tres orbes concéntricos, un mapa del mundo entero dibujado en rasgos sutiles y menudos, y la de oro, señalada como cuarta, quedarán, por su decisión, en la tercera de las partes que se dividirá entre sus herederos y las limosnas.

»Tomó estas disposiciones y resoluciones en presencia de obispos, abades y condes que entonces pudieron asistir y cuyos nombres se detallan a continuación.

»Obispos: Hildebaldo, Ricolfo, Arn, Wolfario, Bernoino, Laidrado, Juan, Teodolfo, Jesse, Heito, Waltgaudo.

»Abades: Fridugiso, Adalungo, Engelberto, Irmino.

»Condes: Walah, Meginher, Odulfo, Esteban, Unroc, Burchardo, Meginardo, Hatón, Ricuino, Edón, Ercangario, Geroldo, Bero, Hildigerno, Roculfo.»

Su hijo Luis, que le sucedió por orden divina, después de inspeccionar ese mismo escrito, se preocupó de cumplir, tras la muerte del rey y con suma devoción, todo lo expuesto a la mayor brevedad posible.

APÉNDICE

(Prólogo a la vida de Carlomagno de Walafrido Estrabón)

Lo que sigue, referente a la vida y obras de gloriosísimo emperador Carlomagno, tiene por autor a Eginardo, varón palatino digno de elogio entre todos los de esta época no sólo por su ciencia sino también por la absoluta honestidad de sus costumbres, quien, como aquel que ha tomado parte en casi todo lo que narra, lo describe, corroborándolo con su testimonio, de la manera más pura y verdadera.

Nacido, en efecto, en la Francia oriental, en el condado que lleva por nombre Moingeuvi,[1] recibió, muy niño, los primeros rudimentos de nutrición espiritual en el monasterio de Fulda, bajo la guía pedagógica de San Bonifacio mártir;[2] luego, por su singular capacidad e inteligen-

1. Corresponde, aproximadamente, al valle inferior del Main. (N. del E.)

2. Con más propiedad, la escuela fundada por San Bonifacio. (N. del E.)

cia, que ya entonces prometía en él ese enorme ejemplo de sabiduría que posteriormente demostró brillantemente, antes que por su nobleza, notable con todo, Baugolfo, abad del monasterio antes mencionado,[1] fue enviado al palacio de Carlos: pues éste, entre todos los reyes, era el más ávido en la búsqueda diligente de sabios y en ofrecerles los medios para que pudiesen filosofar en paz y comodidad, y en razón de esto consiguió volver la extensión nebulosa y, por así decirlo, casi ciega, del reino que Dios le confiara, en un país luminoso por la nueva irradiación de toda la ciencia, en parte desconocida antes para este mundo bárbaro, y de visión penetrada por la claridad de Dios. Pero ahora, con la rápida declinación de los estudios, la luz de la sabiduría, tan poco estimada, se debilita y pierde brillo.

Así pues, el mencionado hombrecillo —pues parecía despreciable por su estatura— consiguió en la corte de aquel Carlos amante de la ciencia, en razón de su prudencia y probidad, tal renombre que entre todos los servidores de la majestad real no había casi ninguno a quien el rey más poderoso y sabio de los de entonces confiara más los secretos de su intimidad. Y en verdad no se trataba de un honor inmerecido, ya que no sólo en los tiempos del mismo Carlos, sino también —lo que es más asombroso— bajo el emperador Luis, cuando el Estado de los francos fluctuaba en medio de diversas y muchas perturbaciones y en muchos casos se mostraba decadente, con una admirable facultad de equilibrio inspirada por Dios, logró protegerse, gracias a la ayuda divina, de suerte que pudo conservar intacta, sin faltar a ella, su propia reputación, que a muchos les había acarreado envidia y desgracia, y salir indemne de peligros que parecían irremediables.

Decimos todo esto para que nadie se atreva a poner

1. Baugolfo fue abad de Fulda de 779 a 802. (N. del E.)

en duda sus palabras por no saber la excepcional alabanza que debía a su amado protector y su preocupación por exponer a la curiosidad del lector la verdad más límpida.

Por mi parte, yo, Estrabón, he puesto a este opúsculo títulos y divisiones, según me pareció coherente, para que quien desee consultar aspectos particulares pueda hacerlo con mayor facilidad.[1]

1. Después de este prólogo, que creemos útil para ilustrar al lector sobre el concepto que merecía Eginardo a su inmediata posteridad y sobre su propia personalidad, Estrabón reproducía el texto separándolo, por primera vez, en capítulos titulados. Hemos juzgado preferible volver a la presentación continua del autor. (N. del T.)

NITARDO

HISTORIA DE LOS HIJOS DE LUIS EL PIADOSO

PRÓLOGO

Como sabéis muy bien, mi señor,[1] después de haber sufrido, vos y los vuestros, ya hace casi dos años, la injustificada persecución de vuestro hermano, me ordenasteis, antes de que entrásemos en la ciudad de Châlons, que pusiera por escrito, sirviéndome de mi pluma, para la posteridad los acontecimientos de vuestro tiempo. Reconozco que sin duda el cumplimiento de tal orden me hubiera resultado fácil y grato, si hubiera podido tener el ocio necesario para llevarla a cabo de manera adecuada a su importancia; ahora, en cambio, si llegáis a encontrar alguna omisión o algún descuido mayor que el permitido a una empresa de este tipo en el presente trabajo, tanto más fácilmente me concederéis, vos y los vuestros, el perdón, por cuanto sabéis que, mientras procuraba llevarlo a buen fin, me encontré a merced de la misma tempestad que vos mismo.

Había pensado pasar por alto lo ocurrido en época de vuestro piadoso padre, pero más fácilmente aparecerá la verdad de vuestras disputas a los ojos de cualquier lector si examino sumariamente algo de aquello que sabemos

1. Nitardo se dirige a Carlos el Calvo. (N. del E.)

que ocurrió en su tiempo. Tampoco me parece prudente omitir por completo la venerable memoria de vuestro abuelo, y por esta razón mi relato comenzará a partir de su reinado.

LIBRO PRIMERO

(El origen de las disensiones)
(814-840)

[1] Carlos, de feliz memoria y merecidamente llamado por todas las naciones gran emperador, al morir después de una buena vejez aproximadamente a la tercera hora del día, dejó a toda Europa colmada de todo tipo de bienes: pues sobresaliendo por su gran sabiduría y su gran virtud sobre los hombres de su tiempo, al punto que parecía igualmente a todos los pobladores del mundo terrible, amable y admirable, de este modo logró hacer su imperio glorioso y útil de todas las formas, como resultó claro a todos. Pero lo que encuentro más admirable que el resto es que él solo, empleando un moderado terror, consiguió reprimir los feroces y férreos corazones de los francos, a los que ni el poderío romano había conseguido domar, de modo que no osaron emprender nada abiertamente en el imperio sino lo conveniente a la utilidad pública. Reinó felizmente durante treinta y dos años y llevó las riendas de su imperio con no menor felicidad durante catorce años.

[2] Heredero de tanta grandeza, Luis, el último y único sobreviviente de sus hijos concebidos en legítimo matrimonio, le sucedió en el trono. Cuando éste supo a ciencia

cierta que su padre había fallecido, se dirigió inmediatamente de Aquitania a Aquisgrán: allí, sin ningún tipo de impedimento, recibió la sumisión del pueblo que acudía de todas partes, para deliberar sobre los restantes casos que le parecían menos de fiar.

Así pues, al principio de su reinado ordenó dividir en tres partes el dinero dejado en enormes cantidades por su padre. Gastó una en los honores fúnebres; repartió las otras dos con sus hermanas, nacidas en legítimo matrimonio, a las que dio la orden de que abandonaran inmediatamente palacio y regresaran a sus monasterios. Admitió también como comensales a sus hermanos Drugo, Hugo y Teodorico, aún de tierna edad, mandó que se les criara en su palacio, y concedió a Bernardo, su sobrino, hijo de Pipino, el reino de Italia. Éste, tras su defección muy poco tiempo después, fue apresado y privado al mismo tiempo de la vista y de la vida por Bertmundo, prefecto de la provincia de Lyon. Temiendo por esta razón que tras lo ocurrido sus hermanos intentaran hacer lo mismo, sublevando al pueblo, ordenó que se presentaran a la asamblea pública, los hizo tonsurar y los encomendó, en régimen de libre custodia, a distintos monasterios.

Una vez hecho esto, casó a sus hijos en legítimo matrimonio y dividió entre ellos todo el imperio, de modo que correspondiera a Pipino el gobierno de Aquitania, a Luis el de Baviera, y después de su muerte, a Lotario el de todo el imperio (a este último también le concedió llevar el título de emperador al mismo tiempo que él).

Entretanto, Ermengarda, reina y madre de ellos, murió, y poco después el emperador Luis tomó en matrimonio a Judit, de la que tuvo a Carlos.[1]

1. Ermengarda falleció el 30 de octubre de 818; Luis el Piadoso se unió en febrero de 819 a Judit de Baviera, hija del conde Welf. (N. del E.)

[3] Como su padre ya había dividido todo el imperio entre los otros hijos después de la muerte de Carlos, ignoraba qué hacer con él; y como el atormentado padre rogara a sus hijos por éste, por fin Lotario consintió y prometió, prestando juramento, que le daría la porción del reino que su padre quisiera, y se comprometió por su honor a ser en el futuro su tutor y defensor contra todos sus enemigos. Pero por instigación de Hugo, a cuya hija había desposado, de Matfrido y otros, Lotario se arrepintió más tarde de haber realizado ese acto y buscaba por todos los medios la forma de hacerlo anular.

No escapó esto al padre y a la madre de Carlos; y, por ello, Lotario se dedicó a partir de ese momento a destruir, por medio de maniobras ocultas y disimulando, lo que su padre había decidido. Para remediar esto, Luis, tomando en calidad de ayudante a un cierto Bernardo, duque de Septimania, le nombró camarero, le confió a Carlos y le otorgó el segundo rango en el imperio. Pero Bernardo, abusando inconsideradamente de su cargo, perturbó hasta sus profundas raíces el Estado que debía consolidar.

Por ese mismo tiempo se entregó, mediante un edicto, el país de los alamanes a Carlos. Entonces, por fin, Lotario, como si hubiese encontrado un motivo justo de queja, empezó a incitar tanto a sus hermanos como a toda la plebe con el pretexto de restaurar el Estado. Por tal razón, sorprendieron, acompañados por todo el pueblo, a su padre en Compiègne, obligaron a la reina a tomar el velo, hicieron tonsurar a sus hermanos Conrado y Rodolfo y los entregaron en custodia a Pipino, en Aquitania. Bernardo, dándose a la fuga, se refugió en Septimania; su hermano Heriberto, capturado y privado de la vista, fue enviado en custodia a Italia. Y Lotario, habiéndose apoderado de esa forma del gobierno del Estado, mantenía a su padre y a Carlos en régimen de libertad vigilada. Había ordenado

que unos monjes vivieran con Carlos, para iniciarlo en la vida monástica y convencerlo para que la siguiera.

El estado del imperio iba deteriorándose cada día que pasaba, puesto que todos, llevados por su deseo, buscaban su conveniencia. Por esto, tanto los monjes que antes hemos mencionado como los que se lamentaban de lo ocurrido empezaron a preguntar al emperador, en el caso de que le fuera restituido el poder, si estaba dispuesto a enderezar y reanimar con todas sus fuerzas el imperio y sobre todo el culto divino, por quien todo orden es protegido y guiado. Como consintió de buen grado, se pusieron todos rápidamente de acuerdo en su restauración. Para ello, habiendo escogido a un tal Guntbaldo, monje, le envió secretamente, bajo la apariencia de un asunto religioso, a sus hijos Pipino y Luis, prometiéndoles ampliar sus reinos si mostraban voluntad de asociarse con los que deseaban su reposición en el trono. Y con esta condición obedecieron muy fácilmente e incluso con entusiasmo. Convocada una asamblea, se le restituyeron la reina y sus hermanos y todo el pueblo se sometió a su poder. Los que habían conspirado con Lotario fueron llevados a juicio y por el mismo Lotario condenados a muerte o enviados al exilio, haciéndoseles gracia de la vida. Luis permitió también marchar a Lotario, que debió contentarse con sólo Italia, a condición de que en adelante no intentara nada en el reino contra la voluntad de su padre.

Así las cosas, y cuando el Estado parecía tener un momento de respiro, el monje Guntbaldo, del que hicimos antes mención, quiso ser nombrado segundo en el imperio, ya que se había esforzado mucho por la restitución de Luis; pero también Bernardo, como se ha dicho antes, procuraba con todos los medios a su alcance volver a ser lo que había sido anteriormente. Por su lado, Pipino y Luis, aunque, tal como su padre les había prometido, gobernaban reinos más grandes, luchaban ambos por ser cada uno el primero en el imperio después de la muerte

de aquél; pero los que tenían a su cargo los asuntos de Estado se oponían a la voluntad de los dos.

[4] Por ese mismo tiempo Aquitania, quitada a Pipino, fue dada a Carlos, y los principales del pueblo, que eran de la misma opinión que su padre, le juraron obediencia. Pero los que antes hemos referido, tomándolo a mal, proclaman que el Estado es administrado de mala forma, y hacen sublevar al pueblo como si se tratara de obtener un régimen justo; liberan a Wala, Elisachar, Matfrido y otros que habían sido enviados al exilio, impulsan a Lotario a que se apodere del imperio, y sobre todo ganan para su causa a Gregorio, el pontífice de la suma sede romana, con el mismo pretexto y muchos ruegos, para poder llevar a cabo con más libertad lo que deseaban bajo el manto de su autoridad.

Por ello el emperador, junto con todos los que tenía de su lado en el imperio, y los tres reyes, sus hijos, con un enorme ejército alzado contra él, y por fin el papa Gregorio con todo su séquito de romanos, se encontraron en Alsacia y acamparon cerca del monte Sigolswald. Los hijos ejercen diversas presiones sobre el pueblo para que abandone a su padre. Por último habiéndose dado a la fuga algunos, el emperador es apresado con muy pocos fieles; le es quitada su esposa, a quien envían al exilio en Lombardía, y Carlos es mantenido bajo fuerte custodia junto con su padre.

El papa Gregorio, arrepintiéndose de su viaje, regresó a Roma más tarde que lo deseable. Y Lotario, que había alcanzado por segunda vez el imperio del mismo modo, perdió por segunda vez con justicia, y más fácilmente, lo que tan fácil e injustamente por segunda vez obtuviera. Pues Pipino y Luis, al ver que Lotario reivindicaba para sí todo el imperio y pretendía relegarlos a una situación de inferioridad, lo tomaban a mal. Y además, Hugo, Lamberto

y Matfrido, que discutían sobre quién de ellos tendría el segundo lugar en el imperio después de Lotario, empezaron a disputar entre sí y, como cada uno buscaba su ventaja, descuidaban totalmente los asuntos de Estado. El pueblo, que veía todo esto, se mostraba molesto. Para colmo, los hijos también sentían vergüenza y arrepentimiento por haber privado por segunda vez a su padre de su rango honorífico, y todo el pueblo por haber destituido dos veces a su emperador; y por esto se pusieron de acuerdo, de una y otra parte, en restituirle el poder, y se apresuraron a dirigirse, desde todas direcciones, a Saint-Denis, donde entonces Lotario tenía encerrados a su padre y a Carlos.

Viendo Lotario dicha animosidad, que excedía sus fuerzas, antes de que llegaran tomó las armas, dejó en libertad a su padre y a Carlos, y se dirigió en veloz retirada a Vienne. Pero la no poca cantidad de gente de pueblo que se encontraba presente y estaba ya por atacar a Lotario en venganza de su padre, al encontrar a éste, se dirigió junto con los obispos y todo el clero a la basílica de Saint-Denis, dieron con devoción gracias a Dios, impusieron al rey sus armas y corona, y se dedicaron a deliberar sobre lo que quedaba por hacer.

Luis los disuadió de perseguir a Lotario, pero envió en pos de él a sus representantes para que le ordenaran cruzar los Alpes sin tardanza; recibió con benignidad a Pipino, que vino a su encuentro, le dio las gracias por todo lo que se había esforzado para lograr su restauración y le permitió regresar a Aquitania, como había solicitado. Luego acudieron los súbditos fieles que tenían la función de dirigir el Estado y habían huido. Emprendiendo el camino con éstos, se dirigió a Aquisgrán para pasar el invierno, y finalmente recibió con alegría a Luis, que venía a su encuentro y a quien ordenó quedarse para defenderlo.

Entretanto, los que guardaban a Judit en Italia, entera-

dos de que Lotario se había dado a la fuga y su padre gobernaba el imperio, emprenden la fuga con ella, llegando felizmente a Aquisgrán, donde entregan al emperador tan agradable presente. Pero Judit no fue aceptada en el tálamo real hasta después de haber jurado junto con los suyos, en presencia del pueblo, ya que faltaba un acusador, que era inocente de los crímenes que se le habían atribuido.

[5] Por aquel mismo tiempo Matfrido y Lamberto y todos los demás partidarios de Lotario habitaban en la marca británica. Para expulsarlos de allí fue enviado Guido con todos los pobladores de la zona comprendida entre el Sena y el Loira: reunida numerosa tropa, afluyeron de todas partes. Pero a los rebeldes los unió su misma inferioridad numérica y, en razón de ella, la extrema necesidad, mientras a Guido y los suyos el gran número los volvió despreocupados, divididos e indisciplinados. Por esta razón, al entablarse el combate huyeron. Cayeron Guido, Odón, Viviano, Fulberto e innumerable cantidad de plebeyos. Los vencedores informan con toda velocidad de lo ocurrido a Lotario, solicitándole que acuda lo más pronto posible con un ejército. Aquél obedeció de buen grado y se dirigió, tras reunir numerosa tropa, a Chalon, a la que puso sitio, y después de tres días de lucha y asedio incendió por fin la ciudad capturada junto con sus iglesias. Hizo que arrojaran al Saona a Gerberga, según la costumbre que se sigue con los malhechores, y decapitaran a Gozhelm y Senila, pero perdonó la vida a Guérin y le obligó a que jurara ayudarle en adelante con todas sus fuerzas.

Así, Lotario y los suyos, enorgullecidos por el éxito de estas dos campañas, esperando apoderarse muy fácilmente de todo el imperio, se dirigieron a la ciudad de Orleans para deliberar sobre los pasos futuros. Enterado

su padre de ello, reuniendo un poderoso ejército de francos, contando además con el auxilio de su hijo Luis junto con todos los que vivían del otro lado del Rin, se dirigió a castigar el enorme crimen que su hijo había cometido contra el imperio. Lotario, por su parte, animado por la misma esperanza con que acostumbraba seducir a los francos, consideró que podía salir a su encuentro y probar fortuna. Así se encontraron frente a frente y acamparon a la orilla de un río cerca de la ciudad denominada Chouzy. Pero los francos, arrepentidos de haber abandonado por dos veces a su emperador, y juzgando vergonzoso volver a cometer una acción semejante, desdeñaron las ofertas que se les hacían para que desertaran. En razón de esto, como viera que no tenía lugar ni para huir ni para dar batalla, Lotario abandonó por fin la lucha acordando volver a cruzar los Alpes dentro de un término establecido, no volver a introducirse en territorio de Francia sin orden de su padre, y no intentar ya nada en el imperio contra su voluntad. Tanto él como los suyos se comprometieron mediante juramento a guardar según lo establecido el pacto.

[6] Arregladas así las cosas, el padre gobernó el imperio como acostumbraba y con los mismos colaboradores. Viendo también que el pueblo ya no quería en modo alguno abandonarlo, como había acostumbrado, mientras viviera, convocada en Aquisgrán una asamblea durante el invierno, dio a Carlos una porción del reino delimitada de esta forma: a saber, desde el mar por las fronteras de Sajonia hasta las de los ripuarios,[1] toda la Frisia; en tierras de los ripuarios, los condados de Moilla, Haettra, Hammolant, Maasgau; luego, todo el territorio existente entre el

1. El país de los antiguos francos-ripuarios, en el Rin inferior. (N. del E.)

Mosa y el Sena hasta Borgoña y toda la zona de Verdún; en Borgoña, el país de Toulois, el de Ornois, el de Blois, el de Blaisois, el de Perthois, los dos Barrois, el de Brenois, el de Troiesin, el de Auxerrois, el Senonés, el Gâtinés, el Meldunense, el de Étampois, el de Chartres, el Parisiense; y finalmente, por el Sena hasta el océano y por el mar hasta Frisia, todos los obispados, las abadías, los condados, fiscos y todo lo comprendido dentro de dichos límites con todo lo pertinente, en cualquier región que se encontraran y parecieran pertenecerle por derecho. Tal fue lo que Luis dio a su hijo Carlos en virtud de la autoridad divina y de su propia autoridad paterna, y rogó a la clemencia de Dios omnipotente para que tal cosa fuera estable.

Hilduino, abad de la iglesia de Saint-Denis, Gerardo, conde de París, y todos los demás que vivían en las mencionadas tierras se reunieron y prestaron juramento de fidelidad a Carlos. Enterados de esto, Lotario y Luis lo encontraron duro de soportar y convinieron una entrevista. Llegados a la misma y viendo que no tenían motivo alguno para mostrarse ofendidos, se separaron disimulando astutamente lo que querían emprender contra la voluntad de su padre; con todo, a causa de esa entrevista se produjo una conmoción nada pequeña, que se calmó rápidamente. A mediados de septiembre Luis se presentó en Quierzy y sofocó con gran facilidad una sedición, entregó al citado Carlos las armas y la corona, así como también una porción del reino entre el Sena y el Loira, le reconcilió, en apariencia, con Pipino, luego permitió a éste partir a Aquitania y envió a Carlos a la parte del reino que le había dado. Al llegar allí, todos los habitantes de dichos territorios se presentaron ante él para encomendarse a su favor y prestarle juramento de fidelidad.

En esa misma época se supo que Luis se había apartado de su padre y quería reivindicar para sí todo lo situado más allá del Rin. Enterado su padre, convocada una asam-

blea en Maguncia, se presentó allí con un ejército que atravesó el río e hizo huir a su hijo a Baviera; después regresó triunfante a Aquisgrán, ya que, en todas las partes a las que se había dirigido, había resultado vencedor por el favor divino. Pero como ya se insinuaba en él la vejez, e incluso la decrepitud a causa de sus varias aflicciones, la madre de Carlos y los notables del pueblo, que habían trabajado a favor del hijo según la voluntad del padre, temiendo que, si llegaba a morir dejándolo todo inacabado, estallaran los odios de los hermanos contra ellos hasta el exterminio total, creyeron conveniente que el padre tomara como aliado a uno cualquiera de los hijos para que, si después de su muerte los otros no quisiesen la concordia, al menos estos dos obraran de común acuerdo para resistir al partido de los envidiosos.

Y como a instancias de la necesidad meditaran asiduamente sobre dicha elección, fue parecer unánime de todos que, si Lotario quería prestarse lealmente para este asunto, se debía hacer un pacto con él. Pues, según se ha dicho antes, era él quien anteriormente había jurado al padre, a la madre y a Carlos que consentiría que Luis le diera la parte del reino que quisiese y que se comprometía a protegerlo durante toda su vida contra todos sus enemigos.

Se eligieron así mensajeros y se los envió a Lotario, en Italia, con la promesa de que, si en adelante se comprometía a respetar la voluntad de su padre en lo concerniente a Carlos, se le perdonaría todo lo que aún le quedaba por pagar y que todo el reino, a excepción de Baviera, se dividiría entre él y Carlos. Como a Lotario y los suyos tales proposiciones parecieron razonables, ambas partes juraron que así lo querían y así se haría.

[7] Por tanto, se convocó una asamblea en Worms. Lotario, una vez llegado, se prosternó con toda humildad a los

pies de su padre en presencia de todos, diciendo: «Reconozco, padre y señor, haber pecado contra Dios y contra ti; no te pido el reino sino merecer tu indulgencia y tu perdón.» Y Luis, como padre piadoso y clemente que era, perdonó los delitos del suplicante y concedió el perdón a quien se lo solicitaba, a condición de que en adelante no emprendiera nada en ninguna parte ni contra su voluntad, ni contra Carlos, ni contra el reino. A continuación, lo acogió benignamente y, besándole, dio gracias a Dios por haberle permitido reconciliarse con aquel hijo hostil. Luego se dirigieron a comer juntos, dejando para el día siguiente la deliberación sobre las restantes condiciones que los suyos habían jurado. A la mañana siguiente se reunió el consejo. El padre, deseando cumplir lo que los suyos habían jurado, dijo: «Hijo, como te había prometido, he aquí todo el reino ante ti: repártelo como más te plazca. Pero si tú lo repartes, Carlos tendrá derecho a elegir las partes; si, por el contrario, somos nosotros quienes hacemos el reparto, de modo equivalente tuya será la elección de las partes.»

Habiendo intentado hacer el reparto durante tres días sin llegar a ninguna conclusión, Lotario envió a José y Ricardo a su padre, solicitándole que él y los suyos repartieran el reino y se le concediera a él la elección de las partes; además, por la fidelidad que había jurado, dieron testimonio de que Lotario había renunciado a la partición sólo por su ignorancia de las regiones y no por otra cosa. Por tanto, el padre dividió, como le pareció más equitativo, todo el reino, menos Baviera, junto con los suyos; y Lotario eligió, e incluso recibió, con los suyos la parte oriental del Mosa; en cuanto a la occidental, consintió que fuera concedida a Carlos y anunció, junto con su padre y en presencia de todo el pueblo, que así lo quería. Así el padre consiguió, como le fue posible, poner de acuerdo a los hermanos, rogándoles y suplicándoles que se amaran el uno al otro, y exhortándoles a que el uno protegiese

al otro, les solicitó e instó que hicieran lo que deseaba.

Terminado todo esto, envió con sentimientos benignos y pacíficos a Italia a Lotario, honrado con la gracia del perdón y enriquecido con los dones del reino, no sin hacerle recordar los frecuentes juramentos que le había prestado, cuántas veces había faltado a ellos, cuántas veces se lo había perdonado, y amonestándole piadosamente para que esta vez no permitiera que se frustrara en modo alguno lo que acababan de concluir y que había confirmado aceptar voluntariamente en presencia de todos.

[8] En ese mismo tiempo el padre recibió la noticia de que Pipino había muerto. Una parte del pueblo esperaba lo que el abuelo decidiría sobre el reino y sus nietos, pero la otra, apoderándose del hijo de Pipino, que era mayor de edad, ejercía en su nombre el poder. Así, como se ha dicho, una vez concluidos los asuntos que tenía pendientes con Lotario, reunida una fuerte tropa, Luis se dirige, junto con Carlos y su madre, a Clermont pasando por Chalon, y fue allí muy bien recibido por parte del pueblo que le esperaba. Y como hacía tiempo había otorgado a Carlos el reino de Aquitania, persuadió a los habitantes y les ordenó que le rindieran homenaje. Todos, encomendándose a él, le juraron fidelidad. Después de esto, se dirigió a castigar a los tiranos.

Por aquel tiempo, Luis, saliendo de Baviera según su costumbre, invadió el país de los alamanes con la ayuda de algunos turingios y sajones. Por esta razón, su padre, llamado de Aquitania, dejando a Carlos y a su madre en Poitiers, celebró la Santa Pascua en Aquisgrán, y luego hizo de una sola tirada el camino hasta Turingia. Expulsado de ella su hijo Luis, continuando la marcha a través del país de los eslavos, le obligó a huir a Baviera. Concluido esto, convocó una asamblea en la ciudad de Worms para

las calendas de julio, a la que ordenó venir desde Italia a su hijo Lotario para deliberar con él y los demás que le eran fieles sobre el comportamiento de Luis.

Estando así las cosas y encontrándose Lotario en Italia, Luis del otro lado del Rin y Carlos en Aquitania, el emperador Luis, padre de ellos, murió en una isla cerca de Maguncia, doce días antes de las calendas de julio. Su hermano Drogón, obispo y archicapellán, junto con obispos, abades y condes, hizo que le sepultaran con los debidos honores en la ciudad de Metz, en la iglesia de San Arnulfo. Había vivido sesenta y cuatro años,[1] gobernado Aquitania treinta y siete, y detentado el título imperial durante veintisiete años y seis meses.[2]

1. Inexacto: Luis contaba sesenta y dos años, habiendo nacido en 778. (N. del E.)

2. Los seis meses deben deducirse en vez de sumarse. (N. del E.)

LIBRO SEGUNDO

(El comienzo de las hostilidades y la batalla de Fontenoy) (840-841)

Después de explicar, en la medida de mis posibilidades, los comienzos de vuestras disensiones, para que el lector que desee saber por qué tras la muerte de vuestro padre Lotario decidió perseguiros, a vos y a vuestro hermano, discierna, comprenda y decida si obró con justicia, pasaré a explicar, como mejor me lo permitan mi memoria y mis fuerzas, con qué energía y habilidad lo hizo. A vos, en cambio, os solicito que tengáis presentes las dificultades que mi pequeñez ha tenido que superar a causa de las mismas preocupaciones, y suplico que tengáis a bien excusarme si en esta obra he descuidado algo.

[1] Enterado Lotario de la muerte de su padre, envió de inmediato mensajeros por todas partes, y especialmente por toda Francia, para que anunciaran que vendría a tomar posesión del imperio que anteriormente se le había otorgado, prometiendo conservar a todos los honores concedidos por su padre y afirmando que incluso deseaba aumentarlos. Ordenó también que se hiciera prestar juramento a aquellos de fidelidad dudosa; por último mandó que salieran a su encuentro cuanto antes, amenazando con la pena capital a quienes se negaran a ello. Él, por su

parte, avanzó lentamente, deseoso de saber cómo se presentaban las circunstancias antes de atravesar los Alpes.

Así pues, llevados por la avidez y el terror, acudieron de todas partes a su encuentro; y al ver esto, enorgulleciéndose de sus fuerzas, Lotario empezó a deliberar cómo podía mejor apoderarse de todo el imperio. Al advertir que Luis se hallaba próximo a su ruta, consideró conveniente, primero, enviar una tropa contra él y procuró por todos los medios aplastarlo con fuerzas superiores. Entretanto, dirigiendo astutamente mensajes a Carlos en Aquitania, le aseguraba de su benevolencia para con él, tal como su padre había decidido y como convenía entre un padrino de bautismo y su ahijado, pero también le solicitaba que respetara la vida de su sobrino, el hijo de Pipino, hasta su próxima entrevista. Y establecido esto, se dirigió a la ciudad de Worms.

Por ese mismo tiempo, Luis había dejado allí una parte del ejército en calidad de custodia y había marchado a combatir a los sajones, que se habían rebelado. Por esta razón Lotario sólo necesitó de un corto combate para obligar a dicha guarnición a huir, y atravesando el Rin con todo su ejército se dirigió a Frankfurt. Allí, inesperadamente, Lotario y Luis se encontraron, y habiendo alcanzado una tregua al caer la noche, uno en Frankfurt, el otro en la confluencia del Main con el Rin, acampan con sentimientos nada fraternos. Como Luis resistiera virilmente y Lotario desesperara de someterlo sin combate, esperando poder vencer más fácilmente a Carlos, abandonó la lucha a condición de que tres días antes de los idus de noviembre volvieran a encontrarse en el mismo sitio y, si no fuese posible llegar a un acuerdo, decidieran por las armas lo que correspondía a cada uno; y dejando esto así se dirigió a someter a Carlos.

[2] Por aquel mismo tiempo, Carlos había ido a Bourges a la reunión donde los fieles de Pipino habían jurado que

éste vendría a rendirse. Pero informado pronto de lo que sucedía por un mensaje recibido, designó como representantes a Nitardo y Adelgario y los envió, lo más rápido que pudo, a Lotario, suplicándole que recordara los juramentos que habían intercambiado y mantuviera lo que su padre había decidido entre ellos, y que se acordara también de su condición fraterna y de que Carlos era su ahijado. Si cada uno tenía lo suyo, y si Lotario le permitía disfrutar sin conflicto de lo que su padre le había concedido por su propio consentimiento, prometía, de ser esto así, que le sería fiel y sumiso, como convenía a un hermano mayor. Además le prometía perdonar de corazón todo lo que hasta entonces había llevado a cabo en su contra, rogándole que no incitara más a sus súbditos a la rebelión y no perturbara el reino que Dios le había confiado. Le solicitaba por último que sacrificara todo a la paz y concordia, asegurándole que conservarla y verla establecida era tanto su voluntad como la de los suyos, y que si alguien dudara de que así fuera, se comprometía a demostrar la veracidad de su afirmación del modo que se le propusiera.

Lotario, aunque simulando recibir benignamente a los enviados, los despidió sólo con saludos, diciendo que sobre los otros puntos respondería a través de sus embajadores. Y además, como no quisieron, violando la fidelidad jurada, pasarse a su partido, los privó de los honores que su padre les había concedido. De este modo sin querer, daba indicios de lo que pensaba hacer con su hermano.

Entretanto, todos los que vivían entre el Mosa y el Sena mandaron solicitar a Carlos que fuera antes de que Lotario ocupara su país, prometiendo que esperarían su llegada. Así pues, Carlos, acelerando su partida de Aquitania en compañía de muy pocos hombres, se encaminó a Quierzy y recibió benignamente a los que acudieron a su encuentro desde la foresta Charbonnière y desde más

abajo. Pero, salvo eso, Herenfrido, Gilberto, Beuve y otros, engañados por Odulfo, desertaron, faltando a la fidelidad jurada.

[3] Por el mismo tiempo llegó de Aquitania un mensajero anunciando que Pipino, junto con quienes favorecían sus pretensiones, tenía la intención de atacar a la madre de Carlos. Debido a esto, Carlos, abandonando allí a los francos, les ruega que, si antes de su regreso su hermano se presenta para someterlos, vayan a su encuentro. Además, envía a Lotario a Hugo, Adelardo, Gerardo y Egilón, para que le repitan todo lo que anteriormente le había solicitado y le supliquen, en nombre de Dios, que deje de incitar a la deserción a sus súbditos y que no perturbe más el reino que Dios y su padre le habían dado con su propio consentimiento. Y hecho así esto, se dirigió precipitadamente hacia Aquitania y cayendo sobre Pipino y los suyos los obligó a darse a la fuga.

Por esa misma época, Lotario, alejándose de Luis y viniendo a él todas las gentes de más allá de la foresta Charbonnière, atravesando el Mosa, juzgó prudente avanzar hasta el Sena. Mientras se dirigía allí, Hilduino, el abad de Saint-Denis, y Gerardo, conde de la ciudad de París, desertando del partido de Carlos, y faltando al juramento, se pasaron a él. Al ver esto, Pipino, el hijo de Bernardo, rey de los longobardos, y otros, prefirieron quebrantar el juramento de fidelidad, a la manera de los siervos, y renegar de sus deberes antes que dejar sus propiedades durante un tiempo; así, faltando a su palabra, y siguiendo a los que hemos mencionado hace un momento, se unieron a Lotario. Éste, enorgulleciéndose también por ello, sobrepasó el Sena, enviando por delante, según su costumbre, emisarios que consiguieran, en parte con amenazas, en parte con lisonjas, la defección de los que vivían entre el Sena y el Loira. Él en persona, como

solía, avanzando a marcha lenta, se dirigía a la ciudad de Chartres. Cuando se hubo enterado de que Teodorico, Eric y los que habían decidido seguirlo vendrían hacia él, confiando en el número de sus fuerzas, resolvió seguir hasta el Loira; a Carlos, por su parte, regresando de la persecución a que había sometido a Pipino y los suyos, y no teniendo dónde dejar segura a su madre, se dirigía igualmente con ella a la región de Francia.

[4] Enterado entretanto Carlos de que todos los que hemos mencionado antes habían desertado de su lado y que Lotario había decidido perseguirlo con un enorme ejército hasta exterminarlo, mientras tanto Pipino como los bretones le eran hostiles, de acuerdo con los suyos convocó una asamblea para resolver qué hacer y deliberar sobre todas estas circunstancias. Muy fácilmente se dio con un plan sencillo: puesto que no les quedaba nada más que la vida y los cuerpos, decidieron morir con nobleza antes que abandonar a su soberano traicionado.

Así pues, se dirigieron al encuentro de Lotario, y ambas partes marcharon sobre Orleans. Acamparon a una distancia de seis leguas más o menos y se intercambiaron mensajeros. Carlos sólo pedía la paz en nombre de la justicia, mientras Lotario se preocupaba de encontrar una estratagema para engañarle y vencerle sin dar batalla. Como desconfiaba de la ardua resistencia que sabía se le opondría, esperando que sus fuerzas crecieran con el tiempo, como habían empezado a hacerlo, pensaba que podía someter más fácilmente a Carlos cuando las de éste mermaran de modo paralelo al aumento de las suyas.

Pero desengañado de poder lograrlo, evitó el combate con la condición de ceder Aquitania a Carlos, lo mismo que Septimania y Provenza y diez condados entre el Loira y el Sena, de modo que, satisfecho con ellas, se quedara allí hasta que se volvieran a reunir en Attigny ocho días

antes de los idus de mayo; prometió proveer y velar por el interés de ambos, como si se tratara de un común acuerdo. Los principales del partido de Carlos veían que esto excedía sus fuerzas y temían en gran manera que, siendo tan pocos, de entablar combate resultara muy difícil salvar a su rey, pues todos tenían grandes esperanzas puestas en su habilidad. Por ello consintieron en el acuerdo a condición de que en adelante Lotario se mostrara tan fiel amigo para Carlos como un hermano debe serlo en justicia para su hermano, que le asegurara la tranquilidad en la posesión de lo que le asignaba, y que entretanto se abstuviera de marchar al encuentro de Luis con intenciones hostiles; y si ocurría de otro modo, se les consideraría desvinculados con razón de lo que habían jurado.

Por medio de este artificio no sólo consiguen sustraer a su rey del peligro, sino que al mismo tiempo se desvinculan pronto de su juramento. Pues antes de que los mismos que habían prestado tal juramento se pusieran en marcha, Lotario intentó apartar de Carlos a algunos de los presentes y a la mañana siguiente recibió a los que se habían pasado a su bando. Además, envió emisarios a los reinos que había asignado a Carlos y trató de provocar todas las agitaciones posibles para que no se le sometieran; luego se dirigió a Provenza para recibir a los que acudían a él de esa región y se dedicó a meditar la forma en que, por la astucia o por la fuerza, podía vencer a Luis.

[5] Mientras tanto, Carlos, llegando a Orleans, recibió con agrado y benignidad a Teobaldo y Warino, que venían a ponerse a su disposición con algunos de Borgoña. De allí, como había anunciado, se dirigió a la ciudad de Nevers al encuentro de Bernardo. Pero éste, según tenía por costumbre, evitó salir a recibirlo, diciendo que se había comprometido por juramento recíproco con Pipino y los suyos a no firmar ningún pacto con nadie sin mutuo asentimien-

to; por esa razón declaró que quería ir a verlos y que si lograba que volvieran con él, todo estaría en orden; en caso contrario, después de desligarse del juramento, volvería a Carlos en quince días, prometiendo que entonces se le sometería.

En consecuencia, Carlos volvió a ir a su encuentro por segunda vez, en Bourges. Como Bernardo, al llegar allí, no hubiese hecho ninguna de las dos cosas prometidas, Carlos, tomando a mal las traiciones de que había hecho objeto a su padre y que ahora seguía cometiendo en su propio perjuicio, y temiendo que no le fuera posible apoderarse de él por otros medios, decidió atraparlo por sorpresa. Pero, aunque tarde, Bernardo tuvo un presentimiento, se dio a la fuga y logró evadirse a duras penas. Carlos, por su parte, derrotó a algunos de los suyos; a unos los dejó heridos de gravedad, a otros los apresó sin que sufrieran daño y ordenó que se los custodiara como se hace con los cautivos, y permitió que todos sus bagajes se repartieran como botín.

Después de esto, también Bernardo, más humilde, no dejó pasar mucho tiempo antes de presentarse suplicante a Carlos, diciendo que le había sido fiel, que, si le era lícito, quería volver a serlo, y que en adelante también lo sería, pese a haber sufrido esta afrenta; solicitó que no se desconfiara de él, y aseguró que si alguien tenía la intención de contradecirle, lo demostraría empuñando las armas contra todo el que se permitiera poner en duda su palabra. Carlos, convencido por tales afirmaciones, le colmó de presentes y favores, le recibió como aliado y amigo, y le envió a que intentara, como había prometido, lograr la sumisión de Pipino y los suyos.

Y una vez dispuesto así esto, se dirigió a la ciudad de Le Mans para recibir la sumisión de Lamberto, Eric y todos los demás. Y recibiéndolos allí de humanísimo modo, envió luego embajadores al duque de los bretones, deseoso de saber si estaba dispuesto a sometérsele. Éste,

asintiendo a las opiniones de la mayoría, envió a Carlos presentes y juró que en adelante le guardaría fidelidad.

Hecho esto, como parecía aproximarse la época de la reunión que habían fijado en Attigny, Carlos se manifestaba ansioso por determinar qué era lo que a él y los suyos les convenía hacer, ateniéndose a la prudencia y la fidelidad. Así pues, convocó a sus secretarios, les volvió a plantear lo que todos conocían, y les preguntó de qué modo pensaban que él y los suyos podían escapar a tan gran peligro con coherencia, diciendo que deseaba obedecer en todo a la utilidad pública y agregando incluso que, de ser necesario arrostrar por ella la muerte, no vacilaría en hacerlo al instante.

Viendo que sus fuerzas crecían de todas partes y recordando las maquinaciones que Lotario en tiempos de su padre había intentado contra éste y contra Carlos, y que incluso después de la muerte de Luis el Piadoso meditaba contra sus hermanos sin que se les pudiera poner remedio (estaban además los juramentos, a los que recientemente había faltado), los consejeros afirmaban que de buena gana deseaban conseguir de él toda la justicia, pero que con esos indicios nada bueno podían esperar; por esto a todos les parecía razonable que no dejara de asistir, en la forma que fuese, al citado coloquio, y que si su hermano, como había prometido, daba muestras de querer buscar y establecer la utilidad común, tal cosa resultaría grata a todos y que sería apropiado recibirlo con gratitud; pero si sucedía de otra manera, confiando en la justicia y por ende en la ayuda divina y en la de sus fieles, que no dejara de procurar por todas sus fuerzas la posesión de la parte del reino que su padre le había otorgado, con el acuerdo de los súbditos de ambos.

[6] Ordenó, pues, que todos los aquitanos que estaban de su lado vinieran a reunírsele al mismo tiempo que su ma-

dre, e hizo además lo mismo con todos los que quisieran reconocer su derecho y se encontraban en Borgoña, entre el Sena y el Loira. Él mismo se puso en marcha al mencionado sitio, junto con los que en ese momento se encontraban presentes, pese a que parecía difícil. Al llegar al Sena se encontró con Guntbold, Warnar, Arnulfo, Gerardo y todos los condes, abades y obispos procedentes de la Charbonnière y más abajo, dejados allí por Lotario para que no pudiera pasar, si lo intentaba sin su consentimiento. Se agregaba además el hecho de que el río se había desbordado por todas partes, quedando intransitables los vados, y los guardianes del río habían destruido o hundido todas las embarcaciones: incluso Gerardo había destruido todos los puentes que había encontrado. Por tanto, la extraordinaria dificultad del paso producía no poca preocupación a los que deseaban cruzar.

Estando los ánimos divididos en diversos pareceres a causa de tantas dificultades, se anunció por último que naves mercantes, llevadas por una fuerte marea desde la desembocadura del Sena hasta la ciudad de Ruán, se encontraban esperando. Carlos, llegando allí, llenó veintiocho de ellas con hombres armados, y embarcándose él mismo, envió mensajeros que anunciaran su llegada y prometieran su perdón a todo el que quisiera sometérsele, y a los que no lo desearan así, que se marcharan y le dejaran el reino que Dios le había dado. Como estos últimos hubiesen despreciado el mensaje, al ver aproximarse la flota y reconocer la cruz por la que habían jurado y a Carlos en persona, abandonaron la orilla, dándose de inmediato a la fuga.

Como los caballos habían retardado el desembarco, Carlos no podía perseguirlos, y así se dirigió a Saint-Denis en acción de gracias. Al llegar allí, se enteró de que aquellos a quienes había dispersado se habían reunido con Arnulfo, Gerardo y los demás y pretendían caer sobre Teobaldo, Warino, Oberto y los otros que, como se

les había ordenado, iban al encuentro de Carlos. Por tal razón se dirigió a Saint-Germain para orar y, marchando toda la noche, al rayar el alba, en la confluencia del Loing y el Sena, se encontró, sano y salvo, con Warino y sus compañeros, y así se dirigieron haciendo juntos el mismo camino a la ciudad de Sens.

De allí salió de noche, atravesando Othe y esperando, como le habían anunciado, encontrar en dicho bosque a los enemigos que antes hemos mencionado. Había decidido, en efecto, caer sobre ellos, donde y como pudiera; y lo habría hecho, si, temerosos como estaban por su vida, no se les hubiera anunciado ante las puertas la muerte que les amenazaba. Así, despavoridos de modo inenarrable, casi todos se dieron a la fuga cada uno por donde pudo. Como Carlos no pudo perseguirlos debido al cansancio de sus compañeros y sus caballos, decidió descansar el jueves santo y al día siguiente se dirigió a la ciudad de Troyes.

[7] Por ese mismo tiempo, mientras Carlos llevaba a cabo lo que acabamos de explicar, Lotario, según se ha dicho antes, se dedicaba con todas sus fuerzas a someter, o, si se prefiere, a perder a Luis por la astucia o la violencia. Para esta empresa convocó muy adecuadamente como aliados a Ottokar, obispo de la sede de Maguncia, y a Adalberto, conde de Metz, pues ambos sentían un odio mortal por Luis.

En efecto, Adalberto ya se había repuesto de la enfermedad que le había retenido todo el año, casi como para llegar a tiempo de ayudar en el fratricidio; por aquella época era tan sabio en sus juicios, que nadie osaba apartarse del parecer que expresaba. A su instigación, Lotario atravesó el Rin con una enorme tropa reunida de todas partes, enviando por delante, según su costumbre, emisarios que intentaran seducir, por medio de halagos o

amenazas, a la plebe indecisa. Por su parte, la gente que estaba con Luis, temerosa de no poder soportar el empuje de tan gran ejército, en parte se dio a la fuga, en parte se pasó, desertando, a Lotario, dejando a Luis abandonado. Éste, como le faltaba todo tipo de apoyo, se retiró con muy pocos de los suyos y se refugió en Baviera.

Ante lo ocurrido a Luis, Lotario consideró que ya éste no podía tener éxito de ningún modo. Así pues, dejó allí como duque a Adalberto, a quien antes mencionamos como conde, para que recibiera el juramento de fidelidad del pueblo y para impedir a Luis, si es que lo pensaba, reunirse con Carlos. Él, como se había enterado de que Carlos había cruzado el Sena, se disponía a salir a su encuentro. Así, para celebrar la Pascua en Aquisgrán, envió rápidamente mensajeros, deseoso de saber con exactitud la verdadera situación de Carlos y quienes le acompañaban.

[8] A Carlos le ocurrió en ese mismo sábado santo un hecho maravilloso y digno de mención. Pues ni él ni nadie de los suyos tenían algo más que lo que llevaban puesto, salvo las armas y los caballos. Y al salir del baño y disponerse a vestir los mismos vestidos que se había quitado, de repente se presentaron ante las puertas enviados de Aquitania que llevaban la corona, todos los ornamentos reales y lo que correspondía al culto divino.

¿Quién no se admiraría de que unos pocos hombres, casi sin información, hubieran podido, ilesos, llevar tantos talentos de oro y una infinita cantidad de piedras preciosas por tan grandes espacios de territorio, en los que se producían robos indiscriminados? Y, lo que reconozco que es más sorprendente, ¿cómo habían podido venir a un lugar determinado e incluso en el día y la hora precisos, si ni el mismo Carlos sabía dónde iban a estar él y los suyos? Tal evento pareció no haber sido posible sin la

gracia y voluntad divinas, y por eso llenó de estupor a sus compañeros de armas e infundió a todos gran esperanza de éxito. Así, Carlos y todo su ejército se dedicaron, exultantes, a celebrar las fiestas.

Completado lo que había emprendido, recibiendo a los enviados de Lotario con benevolencia los sentó consigo a su mesa y les ordenó regresar el día siguiente, prometiendo que respondería por sus mensajeros a lo que su hermano le había mandado preguntar. La embajada de Lotario se quejaba de que sin consentimiento de éste hubiera rebasado los límites que le había establecido; y puesto que ya lo había hecho, le mandaba que, en cualquier lugar en que lo encontraran, se detuviese allí mismo hasta que se le mandara si debía acudir al lugar convenido o a otro que a Lotario le pareciera más adecuado.

Carlos, por su parte, respondió a través de los suyos que había atravesado los límites fijados porque no se le había permitido tener nada seguro de todos los bienes prometidos y asegurados por juramento por parte de Lotario. Pues, en contra de lo que se había pactado, de sus hombres a unos los había inducido, por medio de tentaciones, a pasarse de su lado y a otros los había privado de la vida; además, había causado problemas en los reinos que debía haberle asegurado, en todo lo que había podido, y, peor aún, había atacado como enemigo a su hermano e incluso le había obligado a buscar apoyo entre los paganos. Pero aunque esto era así, Carlos aseguraba que tenía la intención de asistir a la asamblea que habían fijado de común acuerdo; allí, si Lotario quería buscar y establecer el bien común, tal como había prometido, mucho le placía; pero de lo contrario, le informaba que, según la voluntad de Dios, pensaba obedecer en todo los consejos de sus fieles en lo tocante a lo que Dios y su padre le habían dado con su consentimiento.

Y así dispuesto esto, emprendió el viaje y llegó al mencionado lugar un día antes de lo convenido. Lotario

retrasó su llegada, como si lo hiciera premeditadamente, pero enviaba frecuentemente mensajeros cargados de diversas quejas y velaba por que Carlos no pudiera, por azar, caer sobre él de improviso.

[9] Entretanto habían llegado mensajeros de Luis anunciando que, si supiera de qué modo hacerlo, de buen grado iría a ayudarle. Carlos le respondió que estaba muy necesitado de socorro, le dio las gracias por su buena voluntad y envió inmediatamente de regreso a los mensajeros citados para que procuraran acelerar las cosas. Y después de esperar allí cuatro o más días la llegada de Lotario, como éste no se presentaba, convocó una asamblea para deliberar qué era lo más oportuno hacer a partir de ese momento.

Unos decían que, puesto que su madre venía junto con los aquitanos, debía ir a su encuentro; pero la mayoría le incitaban a salir al paso a Lotario, o, en todo caso, a que esperara su llegada donde quisiera, sobre todo porque, si de la manera que fuese empezaba a cambiar su trayecto, todos murmurarían que había emprendido la fuga, y en consecuencia Lotario y los suyos se volverían más audaces, y quienes hasta el momento se habían mantenido neutrales por temor se volcarían todos hacia ellos. Y esto fue lo que sucedió, pues, aunque con dificultad, prevaleció, sin embargo, el parecer de los primeros.

Así pues, Carlos se dirigió a la ciudad de Châlons y allí, después de recibir a su madre junto con los aquitanos, recibió el repentino anuncio de que Luis, entablando batalla contra Adalberto, duque de Austrasia, le había vencido, y tras atravesar el Rin venía en su ayuda lo más rápido posible. Al divulgarse la noticia velozmente por el campamento, todos, enfervorizados, le solicitaban salir al encuentro de Luis.

Lotario, por su parte, en cuanto supo el estado de las

cosas, anunció a la gente que le rodeaba que Carlos se había dado a la fuga y que tenía la intención de perseguirle con la mayor celeridad posible; con esa noticia infundió gran entusiasmo a sus seguidores, comunicó a los vacilantes la audacia necesaria para unírsele y los aseguró para su causa.

Informado de que Lotario le perseguía, y como había emplazado su campamento en un lugar de difícil acceso, rodeado de aguas y pantanos, Carlos, para poder pelear sin ningún impedimento si Lotario lo deseaba, se dirigió a su encuentro. Al recibir Lotario esta noticia, acampó con el pretexto de dar descanso durante dos días a sus caballos fatigados. Repitiendo así lo que antes habían hecho, los hermanos se enviaban frecuentes mensajes recíprocos, pero no conseguían decidir nada útil. Finalmente, logrando aproximarse, Luis y Carlos se unieron y en el curso de la misma entrevista se quejaron de todas las cosas que Lotario maquinaba sin tregua contra ellos y los suyos, y dejaron para el día siguiente la deliberación de las medidas aparentemente más oportunas para el futuro.

Así pues, al asomar la aurora, se reunieron y abrieron el debate quejándose muchísimo de tan gran calamidad; una vez que terminaron de referir, el uno y el otro, todo lo que habían sufrido de su hermano, a todos les pareció, por acuerdo unánime, tanto a los del sacrosanto orden de los obispos como a los laicos, que debían elegirse hombres nobles, prudentes y fieles, por cuyo intermedio le recordaran lo que su padre había establecido entre ellos y lo que, después de su muerte, Lotario les había hecho sufrir; y que además le conjuren a acordarse de Dios todopoderoso y conceder la paz a sus hermanos y a toda la Iglesia de Dios; que otorgara a cada uno lo que se le debía en justicia por consentimiento del padre y del hermano; por último, también, que asintiera a sus justos ruegos, y ellos le ofrecerían todo lo que parecían tener en todo el ejército, excepción hecha de caballos y armas. Si

estaba dispuesto a consentir a sus exhortaciones y ruegos, ellos estaban de acuerdo; de otro modo, afirmaban que podían esperar sin duda la ayuda de la voluntad divina, puesto que sólo querían lo que era justo y se preocupaban por ofrecerlo humildemente a su hermano. Esto se cumplió de inmediato, pues parecía, con razón, correcto.

[10] Pero Lotario lo despreció, como si nada significara, y mandó decir por sus emisarios que nada quería sin lucha. De inmediato se puso en camino para salir al encuentro de Pipino, que venía a unirse a él desde Aquitania. Como Luis y los suyos se enteraran rápidamente de esto, abrumados de modo indecible por la noticia —pues se encontraban gravemente afligidos en todos los sentidos, tanto por lo largo del viaje, como por las luchas y las varias dificultades que habían debido arrostrar, y sobre todo por la falta de caballos—, pero temiendo al mismo tiempo, aunque la situación fuera tal, si un hermano dejaba de auxiliar al otro, dejar un recuerdo indigno de sí a la posteridad, prefirieron con todo, para evitar esa deshonra, sufrir toda clase de penurias, e incluso, si era necesario, la muerte, antes que perder su renombre invencible. Por ello, reprimiendo con su grandeza de espíritu la aflicción, y exhortándose recíprocamente, se dirigieron gozosos y a toda velocidad para encontrar pronto a Lotario.

Encontrándose ambos ejércitos, inesperadamente, cerca de la ciudad de Auxerre, Lotario, temiendo que sus hermanos quisiesen caer sin dilación sobre él, salió armado, alejándose un tanto de su campamento. Cuando Luis y Carlos supieron que había hecho eso, dejaron allí algunos hombres para trazar el emplazamiento del campamento, se llevaron otros armados y sin dilación marcharon a su encuentro; se intercambiaron mensajeros y hacia la noche acordaron una tregua. Los campamentos estaban entre sí distantes más o menos tres leguas y había entre ellos un

pequeño pantano y un bosque, por lo que el acceso al contrario resultaba a ambos lados difícil.

Al despuntar la aurora, Luis y Carlos mandaron decir a Lotario que les resultaba muy desagradable que les hubiera negado la paz sin luchar; pero, puesto que así lo quería, si debía librarse un combate, que así se hiciera, pero sin ningún tipo de fraude. Y en primer lugar invocarían a Dios con ayunos y plegarias, luego, si él deseaba entrevistarse con ellos, le prometían que le permitirían pasar, de modo que, sin ningún obstáculo por parte de ellos y los suyos y sin riesgo alguno de emboscada, pudieran reunirse; si quería esto, estaban dispuestos también a prestar juramento; de lo contrario, solicitaban que les concediera lo mismo y en las mismas condiciones ofrecidas. Pero Lotario, con su manera acostumbrada, prometió que respondería por sus emisarios, y en cuanto los legados regresaron, se puso inmediatamente en marcha, dirigiéndose al lugar llamado Fontenoy para acampar. El mismo día, sus hermanos, acelerando la marcha detrás de él, le dejaron atrás y establecieron su campamento cerca de la villa de Thury. Al día siguiente, los ejércitos, preparados para el combate, se alejaron un poco de sus campamentos.

Luis y Carlos enviaron primero mensajeros a Lotario, pidiéndole que se acordara de su condición de hermanos, que permitiera que la Iglesia de Dios y todo el pueblo cristiano vivieran en paz, que les concediera los reinos que su padre, con el consentimiento del propio Lotario, les había asignado, y que se quedara con lo suyo, que le había sido dejado no por sus méritos sino sólo por la misericordia paterna. Y en don le ofrecían todo lo que parecieran tener en todo el ejército, excepción hecha de armas y caballos. Si no deseaba esto, uno y otro le cederían una porción de su reino, uno hasta Charbonnière, el otro hasta el Rin; si tampoco así aceptaba, entonces dividirían toda Francia en tres partes iguales y tendría

la posibilidad de tomar la que quisiera de entre ellas.

A esto Lotario, según su costumbre, respondió que haría conocer por sus emisarios lo que pensaba, y enviando a Drogón, Hugo y Hegiberto declaró entonces que jamás le habían enviado ninguna propuesta semejante antes de ese momento, por lo que afirmaba que necesitaba tiempo para considerarla. Pero, en realidad, Pipino no había llegado, y quería ganar tiempo con esta dilación para esperarle. Sin embargo, hizo jurar a Ricuino, Hirmenaldo y Federico que no buscaba esta demora por ninguna otra razón más que por el bien común, tanto de ellos cuanto de todo el pueblo, como era justo entre hermanos y en un pueblo cristiano.

Creyendo en este juramento, Luis y Carlos, concertada la tregua por ambas partes con un juramento, por ese día, el siguiente y hasta la segunda hora del tercer día,[1] que fue el séptimo de las calendas de julio, retornaron a su campamento para celebrar al día siguiente la fiesta de San Juan. Y Lotario, habiendo recibido ese mismo día la ayuda de Pipino, envió a decir a sus hermanos, puesto que sabían que se le había impuesto el título de emperador por una gran autoridad, que consideraran de qué forma podía cumplir con el magnífico deber de dicho título, y además declaraba que buscaría de buen grado el interés de ambos. Pero interrogados los emisarios sobre si tenía intención de aceptar algo de lo que se le había propuesto o si les enviaba a sus hermanos una respuesta definitiva, fuese cual fuese, repusieron que no se les había ordenado nada de esto.

Ante esto, como toda esperanza de justicia y paz parecía eliminada de su parte, Luis y Carlos le mandan decir que, si no encontraba nada mejor, o aceptara una de las propuestas que le habían hecho, o que supiera que al día siguiente, que era, como se ha dicho antes, el séptimo de

1. Las siete de la mañana del 25 de junio de 841 (N. del E.)

las calendas de julio, a la segunda hora del día, se encomendarían al juicio de Dios todopoderoso, cosa a la que él los había obligado contra la voluntad de ambos. Lotario, según su costumbre, despreció con insolencia estas palabras y respondió que ya verían lo que pensaba hacer.

(Mientras escribía esto en Saint-Cloud, junto al Sena, se produjo un eclipse de sol, a la primera hora del martes 15 de las calendas de noviembre, en Escorpión.)

Terminado así todo intento de arreglo, al amanecer Luis y Carlos se pusieron en marcha, y ocuparon la altura de una colina contigua al campamento de Lotario con aproximadamente una tercera parte del ejército, en espera de su llegada y de la hora segunda, según los suyos habían jurado. Al encontrarse ambos ejércitos en presencia uno del otro, entablaron una encarnizada lucha sobre el arroyo de los borgoñones. Luis y Lotario lucharon ardorosamente en el lugar que recibe el nombre de Briottes, vencido, Lotario huyó. La parte del ejército enemigo que Carlos tuvo que enfrentar en el lugar llamado comúnmente Fagit se dio inmediatamente a la fuga; por el contrario, la parte que, en Solmet, atacó a Adelardo y a los demás, a quienes, con la ayuda de Dios, pude ofrecer no pequeña ayuda, combatió con denuedo; así, unos y otros vencieron, pero por último todos los partidarios de Lotario huyeron.

Terminemos el segundo libro con el final de la primera batalla librada por Lotario.

LIBRO TERCERO

(La segunda campaña de Lotario y los juramentos de Estrasburgo) (841-842)

Como me avergüenza oír hablar mal de nuestra familia, más molesto me resulta aún tener que hacerlo yo mismo. Por eso, sin despreciar en modo alguno lo que se me había ordenado, cuando llegué, como lo deseaba, al final del libro segundo, decidí concluir esta obra de una vez por todas. Pero, para que nadie, engañado de un modo u otro, intente narrar los acontecimientos de nuestra época de forma inexacta, consentí en agregar este tercer libro sobre los hechos en que intervine.

[1] Así pues, acabado, según se ha dicho antes, el encarnizado combate, Luis y Carlos empezaron a deliberar en el mismo campo sobre lo que debían hacer con los desbandados. Algunos, llenos de ira, aconsejaban perseguir a los enemigos, pero otros, y sobre todo los reyes, que sentían piedad de su hermano y del pueblo y deseaban, como siempre, que, castigados por el juicio de Dios y este desastre, se arrepintieran de su injusta codicia y, con la gracia de Dios, buscaran unánimemente en el futuro la verdadera justicia, en este asunto aconsejaban confiar en la misericordia de Dios todopoderoso. El resto del ejército asintió, dejó el combate y el pillaje, y más o me-

nos a mediodía regresó al campamento, para deliberar qué parecía más oportuno hacer en adelante.

Fue enorme el botín y enorme la masacre, y mucho más admirable y con más razón meritoria la notable misericordia tanto de los reyes como la de todos. Pues, por diversas razones, decidieron que se quedarían allí el domingo; en él, acabada la misa, sepultaron por igual a amigos y enemigos, fieles e infieles, y socorrieron con dedicación, y en la medida de sus fuerzas, a los heridos y moribundos. Después, enviaron emisarios a los que habían escapado dándose a la fuga, ofreciendo perdonarles todas las culpas si deseaban volver y unirse a ellos de buena fe.

Después de esto, los reyes y sus pueblos, doliéndose por el hermano y el pueblo cristiano, empezaron a preguntar a los obispos qué debían hacer en esta situación. Ante esto todos los obispos se muestran de acuerdo en reunirse en asamblea pública, y en la misma se decide que sólo se había combatido por la justicia e igualdad, que tal cosa había sido puesta de manifiesto por juicio de Dios y que, por ello, todo ministro del Señor que hubiera participado activamente o como consejero en la cuestión debía ser tenido por inocente; pero quienquiera hubiera aconsejado o realizado en esta campaña algo conscientemente, por ira, odio, vanagloria o cualquier otro mal designio, debía confesarse secretamente de su culpa secreta y se le juzgaría según la gravedad de la misma. Y como prueba de veneración y alabanza de tan gran declaración de justicia, por la remisión de las culpas de sus hermanos muertos (pues se sabían todos imperfectos en razón de los pecados cometidos en muchas ocasiones, voluntariamente o no), para que, con su ayuda, se libraran de las mismas, y además para que Dios, ayuda y protección de ellos hasta entonces en su obra de justicia, lo siguiera siendo en el futuro y en todo momento,

por todo esto, se decidió y observó de muy buen grado y con solemnidad un ayuno de tres días.

[2] Terminado así este asunto, Luis decidió dirigirse al Rin; Carlos, por su parte, por diversas razones y especialmente a causa de Pipino, a quien quería someter, consideró conveniente partir hacia Aquitania. Pues Bernardo, duque de Septimania, aunque alejado del mencionado lugar de la batalla sólo unas tres leguas, no había actuado en la circunstancia en favor de ninguno de los partidos en lucha; pero en cuanto supo que la victoria era de Carlos, le envió a su hijo Guillermo, ordenando a éste que se encomendara al rey, si es que éste decidía hacerle don de los beneficios que poseía en Borgoña. Además, se jactaba de poder hacer que Pipino y los suyos firmaran con Carlos un pacto duradero y afirmaba estar dispuesto a hacerlo. El rey recibió con benevolencia la embajada y concedió todo lo que se le pedía, recomendándole que se preocupara, en cuanto pudiera, de cumplir lo prometido en lo tocante a Pipino y los suyos.

Como las dificultades parecían superadas en todos los aspectos y la esperanza de prosperidad anidaba por ello en sus corazones, Luis se dirigió con los suyos al Rin y Carlos con su madre se encaminó al Loira. Descuidando así el interés público con total imprudencia, cada uno se retiró ligeramente adonde le pareció bien. Y Pipino, oyendo esto, dio largas al pacto que poco antes había demostrado deseos de firmar. Bernardo fue, en verdad, a visitarle, pero sin conseguir que hiciera acto de sumisión. Sin embargo, algunos abandonaron la causa de Pipino, y la mencionada expedición de Carlos le fue de utilidad sólo en cuanto consiguió la alianza de éstos.

Entretanto, Adelardo y los demás a quienes Carlos había enviado a los francos para saber si querían volver a su servicio, al llegar a Quierzy, adonde le habían solicitado

que enviara emisarios, se encontraron con muy pocos hombres. Éstos decían que si Carlos se hubiese hallado presente, no habrían dudado en unirse a él; pero al no ser así, afirmaban no poder saber si estaba vivo o no. Efectivamente, los seguidores de Lotario habían hecho correr la voz de que Carlos había caído en el combate y que Luis, herido, había emprendido la fuga. Por esta razón consideraban imprudente, en esa incertidumbre, hacer un pacto con nadie. Y Guntbold y los demás, reunidos, amenazaban con caer sobre los dichos enviados de Carlos, y lo hubieran hecho de haberse atrevido. En razón de esto, Adelardo y los demás enviaron mensajeros a Carlos solicitándole que viniera en seguida no sólo para proporcionarles ayuda sino para saber si los francos, como afirmaban, querían unírsele. Ellos, por su parte, se dirigieron a la ciudad de París, para esperar la llegada de Carlos.

Al recibir éste el mensaje, emprendió inmediatamente la marcha hacia esa región. En cuanto llegó al Sena, se encontró en Epône con Adelardo y los demás, y aunque estaba preocupado por la reunión que había fijado con su hermano en la ciudad de Langres para las calendas de septiembre y ya inminente, consideró oportuno pasar al menos rápidamente por la ciudad de Beauvais, luego por Compiègne y Soissons, y de allí por Reims y Châlons dirigirse a Langres, para así observar lo que había decidido con su hermano y que, al mismo tiempo, si alguno de los francos deseaba unírsele, pudiera hacerlo. Pero los francos, despreciando ese escaso número de hombres, como lo habían hecho los aquitanos, eludieron por el momento, con diversos pretextos, hacer acto de sumisión.

Cuando Carlos supo esto, decidió acelerar la marcha.[1] Y al llegar a Soissons, se le presentaron los monjes de San

1. El pasaje que sigue, hasta el siguiente,[1] es casi seguramente una interpolación posterior, debida a intereses localistas concernientes a la posesión de las reliquias de los santos, aunque los críticos no acaban de ponerse de acuerdo sobre cuáles. (N. del E.)

Medardo, pidiéndole que hiciera transportar los cuerpos de los santos Medardo, Sebastián, Gregorio, Tiburcio, Pedro y Marcelino, Mario, Marta, Audifax y Abacuc, Onésimo, Meresma y Leocadia a la basílica donde ahora descansan[1] y ya entonces en gran parte edificada. Asintiendo a dichas súplicas, se detuvo allí y, tal como habían solicitado, trasladó con toda veneración sobre sus propios hombros los cuerpos de los bienaventurados; además, añadió por un edicto a los bienes de la misma iglesia el pueblo de nombre Berny.

Una vez hecho así esto, se dirigió a la ciudad de Reims. Al llegar a ella recibió el mensaje de que Luis no podía acudir a la reunión que habían fijado en Langres, porque Lotario tenía la intención de irrumpir en su reino con intenciones hostiles. Su tío Hugo y también Gilberto, conde de Maasgau, le habían mandado decir que se le unirían junto con los demás, si iba a verlos en sus regiones.

[3] Así pues, tanto para auxiliar a su hermano como para poder recibir la sumisión de éstos, si querían unirse a él, tomó el camino de San Quintín. Allí se encontró con Hugo, tal como le habían pedido, y de allí se encaminó a la región de Maestricht. Pero Lotario, en cuanto supo esto, dejando de lado a Luis, al que poco antes había decidido perseguir, se dirigió de Worms a la asamblea que había convocado en Thionville y se dedicó a meditar en la forma de atacar a Carlos.

Cuando éste, en Wasseiges, lo supo, envió a Hugo y Adelardo a Gilberto y a todos los demás para asegurarse un pacto sólido con ellos. Enviando a Luis un mensaje por Rabanón, le comunica que, mientras se dirigía hacia aquellas regiones en su ayuda, Lotario, enterado del hecho y dejando de lado a Luis, se prepara a marchar contra él con todas sus tropas; advirtiéndole de lo que suce-

de, le ruega que procure, de la manera habitual, enviarle ayuda lo más pronto posible. Además de esto, envió al venerable obispo Emmón a Lotario; con su acostumbrada humildad le ordena que le ruegue y suplique, recordándole que es su hermano y ahijado; que le recuerde lo que su padre había decidido entre ambos, que tanto él como los suyos habían jurado observar; que le recuerde que recientemente, por juicio de Dios, su voluntad en lo referente a ellos había quedado en evidencia; y, si no quiere acordarse de todo esto, que cese de perseguir a la santa Iglesia de Dios, que se apiade de los pobres, viudas y huérfanos, y se abstenga de penetrar en el reino que le fuera otorgado por su padre con su propio consentimiento, para no obligar quizás al pueblo cristiano a tener que enfrentarse en una segunda matanza entre hermanos. Y concluido así esto, se dirigió a la ciudad de París para esperar la llegada tanto de su hermano Luis como del resto de sus fieles, a los que había convocado de todas partes.

Habiéndose enterado de esto Lotario, emprendió la marcha en dirección de la misma ciudad; pues tenía consigo una no pequeña cantidad de sajones, austrasianos y también de alamanes, y confiando muchísimo en la ayuda de todos éstos llegó a Saint-Denis, donde encontró unas veinte naves. Además, el Sena, como de costumbre en el mes de septiembre, tenía un caudal de agua exiguo y se podía vadear con toda facilidad: por esto sus partidarios se jactaban de poder atravesarlo con comodidad y simulaban sentir grandes deseos de hacerlo.

Así, Carlos encargó a algunos de los suyos la custodia de París y Melun, y apostó a otros en todos los lugares donde sabía que existían vados o barcos; él mismo levantó su campamento en un punto central, en la margen opuesta a Saint-Denis, junto a Saint-Cloud, para, si así conviniera, impedir el paso a Lotario o socorrer a los suyos, si aquél intentaba en alguna parte caer sobre ellos. Y para

saber con más facilidad a qué lugar se debería llevar auxilio, colocó señales y centinelas en los lugares adecuados en la forma en que lo hacen los marinos. Y además, hecho singular, el Sena, mientras sabíamos en ese momento que no había llovido en ninguna parte desde hacía dos meses, repentinamente, bajo un cielo sereno, empezó a crecer y los vados se hicieron por todas partes, en esos sitios, impracticables.

Estando así las cosas, Lotario, viéndose impedir el paso de todas partes, envió decir a Carlos que quería hacer la paz con él, a condición de que rompiera el pacto que había cerrado bajo juramento con su hermano Luis, mientras él, por su parte, rompería el que de modo similar había concluido con su sobrino Pipino; que Carlos se quedara con los territorios a occidente del Sena, excepción hecha de la Provenza y Septimania, y quedarían como vinculados por una paz perpetua. Pero en realidad pensaba poder engañar así más fácilmente a sus dos hermanos, esperando poder apoderarse, por este artificio, de todo el imperio.

Sin embargo, Carlos respondió que no deseaba en absoluto violar el pacto que había concluido, llevado por la necesidad, con su hermano; además, no le parecía para nada coherente dejar en poder de Lotario el territorio comprendido entre el Mosa y el Sena, que su padre le había otorgado, sobre todo habiéndole seguido tan grande parte de la nobleza de esas regiones, a los que no era posible ni deseable decepcionar por la fidelidad demostrada. En consecuencia, ya que se aproximaba el invierno, que cada uno conservara lo que su padre les había dado, si le parecía bien, hasta que en la primavera, ya fuera con pocos, ya con todos sus acompañantes, se reunieran y, si no podían encontrar una fórmula de concordia para lo ya establecido o para una situación nueva, decidirían por las armas lo que correspondería a cada uno. Lotario, según su costumbre, despreció estas propuestas, y

desde Saint-Denis marchó a Sens, al encuentro de Pipino, que venía de Aquitania en su ayuda. Carlos, por su parte, se preocupó por la forma de poder recibir la ayuda de Luis.

[4] Entretanto, Carlos recibió la noticia de que su hermana Hildegarda tenía cautivo a Adelgario, uno de los suyos, y lo mantenía en custodia ante su vista, en la ciudad de Laon. Por esto Carlos eligió hombres preparados a tal fin y de inmediato, y cayendo ya el día, se dirigió a toda prisa a esos lugares; en efecto, dicha ciudad distaba más o menos treinta leguas. Haciendo el viaje durante toda la noche, pese a una violenta helada que se lo impedía, aproximadamente a la tercera hora del día[1] la hermana de Carlos y los ciudadanos recibieron la inesperada noticia de que Carlos, con una enorme multitud de hombres, se hallaba a las puertas de la ciudad y se disponía a sitiarla por todos lados con sus soldados. Aterrorizados por esta nueva, puesto que no tenían esperanzas ni de huir ni de defender las murallas, solicitaron la paz esa misma noche sin demora, entregaron de inmediato a Adelgario y prometieron con toda humildad entregarse ellos mismos y la ciudad al día siguiente sin ofrecer resistencia.

Mientras ocurrían estas cosas, los soldados, que apenas soportaban esta demora e impacientes además por el tedio de la tarea sufrida la noche anterior, empezaron a precipitarse de todos lados sobre la ciudad para dedicarse al asalto y al pillaje. Y fuera de toda duda la hubieran entregado a las llamas y al saqueo, de no ser porque Carlos en persona, conmovido por la piedad que le inspiraban las iglesias de Dios, su hermana y también el pueblo cristiano, por medio de amenazas y halagos con gran-

1. Las nueve de la mañana. (N. del T.)

dísimo trabajo se preocupó por aplacar sus ánimos. Una vez conseguido que se retiraran, se retiró de la ciudad, como su hermana le había pedido, y se dirigió a Samoussy. Al día siguiente, Hildegarda, tal como había prometido, vino a ponerse bajo su protección, y le restituyó la ciudad intacta sin conflicto. Carlos recibió a su hermana con benignidad y le perdonó todo lo que había obrado hasta entonces contra él, y le prometió humanísimamente, hablándole con mucha amabilidad, toda la benevolencia que un hermano debe a su hermana, si en adelante consentía en mostrársele fiel, y le permitió marcharse adonde quisiera. Dictó sus condiciones a la ciudad y, concluido esto, regresó a los suyos, a los que había dejado cerca de París.

Entretanto, Lotario, que había recibido en Sens a Pipino, se mostraba ansioso por el camino a seguir. Pues Carlos había hecho cruzar el Sena a parte del ejército y se dirigía al bosque vulgarmente conocido como Perche. Como Lotario temía que los molestara o a él o a los suyos, decidió primero perseguirlos. Con ello esperaba aniquilarlos con facilidad, reducir a los demás por el terror, y especialmente someter al duque de los bretones Nominoe a su dominio. Pero en vano se dirigió a cumplir estos proyectos: no logró llevar a cabo ninguno de ellos. Pues todo el ejército de Carlos escapó indemne de sus manos, y para colmo no recibió a ninguno de los suyos; y Nominoe despreció con insolencia todo lo que le había enviado decir. Estando, pues, así las cosas, de repente recibió la noticia de que Luis y Carlos, cada uno con un enorme ejército, buscaban reunirse; al verse rodeado por todas partes de circunstancias adversas, habiendo recorrido un enorme trayecto en vano, empezó a retirarse de Turena y con un ejército fatigado llegó por fin a Francia. Pipino, por su parte, arrepentido de haberse aliado con él, se retiró a Aquitania.

Entretanto, enterado Carlos de que Ottokar, obispo de

la sede de Maguncia, había impedido, junto con otros, que su hermano Luis atravesara el río para unírsele, acelerando la marcha por la ciudad de Toul, entró en Alsacia, por Saverna. Al saberlo Ottokar, abandonando la orilla junto con los demás, se marchó y cada uno se escondió lo más rápido que pudo.

[5] Así pues, el 16 de las calendas de marzo, Luis y Carlos se reunieron en la ciudad que entonces se llamaba Argentaria, y ahora comúnmente Estrasburgo, y prestaron los juramentos que se anotan a continuación, Luis en lengua romana y Carlos en tudesca. Y así, antes del juramento, hablaron al pueblo reunido, el uno en lengua tudesca, el otro en romana. Luis, como mayor de los hermanos, tomó primero la palabra diciendo lo siguiente:

«Sabéis cuántas veces Lotario, después de la muerte de nuestro padre, ha intentado destruirnos, a mi hermano y a mí, persiguiéndonos con la intención de aniquilarnos. Como ni el parentesco ni la religión cristiana ni ninguna otra razón, respetando la justicia, podía ayudar a que hubiera paz entre nosotros, finalmente obligados, sometimos el asunto al juicio de Dios todopoderoso, dispuestos a declararnos contentos con lo que a cada uno debiera tocarle según su voluntad. Como sabéis, en ese juicio resultamos vencedores por misericordia divina, mientras él, vencido, se retiró con los suyos adonde pudo. Pero luego, llevados por el amor fraterno y compadecidos además por el pueblo cristiano, no quisimos perseguirlos y aniquilarlos, sino que le solicitamos que, al menos en adelante, a cada uno se le concediera lo que era justo, como antes había ocurrido.

»Pero, luego de esto, él, no contento con el juicio divino, no deja de perseguirme a mano armada, como lo hace también de nuevo con mi hermano aquí presente, y además devasta con incendios, robos y matanzas a nuestro

pueblo. Por eso ahora, forzados por la necesidad, nos reunimos, y como creemos que vosotros dudáis de nuestra fidelidad y estable fraternidad, hemos decidido prestar juramento mutuo en vuestra presencia.

»No lo hacemos por un inicuo deseo, sino para poder estar más seguros, si Dios nos da la calma con vuestra ayuda, del provecho común. Si por el contrario —y ojalá que no ocurra así— llego a quebrantar el juramento que prestaré a mi hermano, os absuelvo a todos del juramento que me prestasteis y también de estar sometidos a mí.»

Y como Carlos hubiera repetido las mismas palabras en lengua romana, Luis, como el mayor de ambos, prestó primero juramento de que en el futuro observaría lo siguiente:

«Por amor de Dios y por el pueblo cristiano, y por nuestra salvación común, a partir de hoy, mientras Dios me dé saber y poder, socorreré a mi hermano Carlos por mi ayuda y en todo, como debe socorrerse a un hermano, según lo que es equitativo, a condición de que haga lo mismo por mí, y que nunca, por mi voluntad, haré un trato con Lotario que pueda resultar dañoso para mi hermano Carlos.»

Habiendo concluido Luis, Carlos juró lo mismo en lengua tudesca de la siguiente manera:

«Por amor de Dios y por la salvación del pueblo cristiano y nuestra propia salvación, a partir de hoy, mientras Dios me dé saber y poder, socorreré a mi hermano, como debe socorrerse a un hermano según lo que es equitativo, a condición de que haga lo mismo por mí, y que nunca, por mi voluntad, entraré en trato alguno con Lotario que le pueda resultar dañoso.»

Y el juramento que el pueblo de ambos, cada uno en su propia lengua, prestó dice así, en lengua romana:

«Si Luis observa el juramento que acaba de hacer a su hermano Carlos, y Carlos, mi señor, por su parte no lo mantiene, si yo no se lo puedo impedir, ni yo ni ninguno

de aquellos a quienes yo se lo pueda impedir, no le seremos de ninguna ayuda contra Luis.»

Y en lengua tudesca:

«Si Carlos observa el juramento que ha prestado a su hermano Luis, y Luis, mi señor, rompe el que ha prestado, si no se lo puedo impedir, ni yo ni ninguno de aquellos a quienes yo se lo pueda impedir, no le prestaremos ninguna ayuda contra Carlos.»

Terminado esto, Luis se dirigió a Worms, bordeando el Rin por Espira, y Carlos bordeó los Vosgos, por Wissembourg.

El verano en que se riñó la batalla antes citada fue muy frío y todas las cosechas se realizaron con gran retraso; pero el otoño y el invierno siguieron su curso normal. Y el mismo día en que dichos hermanos, como también los principales del pueblo, concluyeron el mencionado pacto, al producirse una helada, cayó nieve en abundancia. Un cometa apareció en diciembre, en enero y también en el mes de febrero hasta la reunión referida, se elevó por el centro del signo de Piscis y desapareció en la oscuridad más total, una vez terminado el encuentro, entre la constelación que algunos llaman Lira y otros Andrómeda, y la de Arturo. Después de relatar estas pocas cosas sobre el curso de las estaciones y de los astros, volvamos a nuestra historia.

Como Luis y Carlos llegaran a Worms, designan emisarios que envían de inmediato a Lotario y a Sajonia, y deciden esperar su llegada, así como la de Carlomán, entre Worms y Maguncia.

[6] También aquí no nos parece inoportuno, ya que resulta cosa agradable y digna de explicación, relatar unos pocos detalles de las cualidades de estos reyes y del acuerdo unánime en que vivieron.

Ambos eran, por cierto, de talla mediana, de gran be-

lleza y elegancia, y aptos para todos los ejercicios; los dos eran audaces, generosos e igualmente sabios y elocuentes; y la sagrada y venerada concordia entre estos hermanos sobrepasaba toda esa nobleza que acabamos de citar. Pues hacían casi continuamente juntos sus comidas, y todo lo que tenían de precioso se lo daban el uno al otro liberalmente. Comían y dormían en la misma casa; trataban con el mismo acuerdo tanto los temas de interés común como los privados; ninguno pedía al otro más que lo que consideraba que le sería útil y conveniente.

También celebraban con frecuencia juegos para ejercitarse de acuerdo al orden siguiente: se reunían en un lugar que pareciese apto para este tipo de espectáculo, y colocándose a cada lado toda la muchedumbre, primero los sajones, los gascones, los austrasianos, los bretones, todos en igual número, se precipitaban a la carrera los unos contra los otros desde ambas partes, como si lo hicieran contra adversarios; luego, una parte, volviendo las espaldas, protegidos con escudos, simulaban querer huir de sus compañeros que los perseguían; después se dedicaban a perseguir a los que, a su vez, huían, hasta que por último ambos reyes, a caballo, con toda la juventud, lanzándose entre grandes clamores y blandiendo sus lanzas, cargaban ora contra unos, ora contra otros de los que huían. Y era algo digno de verse a causa de la cantidad de nobles que tomaban parte en el espectáculo, como también de la moderación del mismo; en efecto, nadie, en tan grande multitud de razas diversas, se atrevía a hacer daño, de acción o de palabra, a nadie, como suele ocurrir a menudo entre personas conocidas y en número reducido.

[7] Estando así las cosas, Carlomán llegó al encuentro de su padre, en Maguncia, con un enorme ejército de bávaros y alamanes. Y Bardón, que había sido enviado a Sajo-

nia, hizo lo mismo, anunciando que los sajones habían despreciado las insinuaciones de Lotario, y que estaban dispuestos a hacer de buen grado todo lo que Luis y Carlos tuvieran a bien mandarles. También Lotario rehusó inconsideradamente oír a los mensajeros que se le habían enviado. Tanto Luis como Carlos, y asimismo todo el ejército, lo tomaron muy a mal y se decidieron a marchar contra él.

Así pues, el 16 de las calendas de abril se pusieron en marcha en esa región, Carlos a través de los Vosgos por un camino difícil, Luis por Bingen y el valle del Rin, Carlomán por el país de Einrich; y todos llegaron a Coblenza al día siguiente a la hora sexta aproximadamente.[1] De inmediato se dirigieron a San Cástor para rezar, oyeron misa y luego los reyes, armados, subieron a las naves y atravesaron rápidamente el Mosela. Cuando Ottokar, el arzobispo de Maguncia, el conde Hatton, Haroldo y los demás, a quienes Lotario había dejado allí para impedirles el paso, vieron esto, abandonando las márgenes del río, huyeron aterrorizados. También Lotario, cuando supo que sus hermanos habían atravesado el Mosela, estando en Sinzig, se retiró precipitadamente de la capital y del reino, para llegar a las orillas del Ródano con unos pocos que habían decidido seguirle, abandonando a todos los demás.

El libro tercero se terminará aquí, con el final del segundo combate librado por Lotario.

1. El 18 de marzo de 842, a la una del mediodía. (N. del E.)

LIBRO CUARTO

(La tercera campaña de Lotario
y las conversaciones de paz)
(842)

Como ya se ha dicho, no sólo me resultaría agradable dejar la tarea de esta narración, sino que también se da el caso de que mi espíritu, atormentado por las variadas disputas, busca inquieto, en sus frecuentes meditaciones, la forma de apartarme por completo de todo tipo de política. Pero como la fortuna ha unido mi suerte a todo lo que ocurre en ambos bandos y, sin desearlo, me encuentro en medio de tremendas tempestades, ignoro en realidad por completo a qué puerto iré a parar. Entretanto, si encuentro algún momento de ocio, ¿qué obstáculo hay para que, si como se me ha ordenado, me ocupe de poner por escrito para la posteridad los actos de nuestros príncipes y nobles? Así pues, redactaré la cuarta parte de esta obra; y si no puedo de esta manera ser útil para los hechos futuros, al menos lograré, con mi trabajo, disipar las tinieblas de errores para nuestros descendientes.

[1] Cuando Luis y Carlos supieron por indicios ciertos que Lotario se había marchado de su reino, dirigiéronse al palacio de Aquisgrán, que entonces era la primera sede de Francia, para deliberar al día siguiente qué parecía lo más apropiado hacer con el pueblo y el reino

abandonado por su hermano. Y en primer término les pareció consultar con los obispos y sacerdotes, que estaban presentes en su mayoría, para que el principio de este acuerdo y su autoridad surgiesen de su decisión, como si se tratara de la voluntad divina. Y como parecía en verdad que era algo razonable, se les confió tal asunto.

Considerando desde el principio la actuación de Lotario, de qué modo había expulsado del reino a su padre, cuántas veces había convertido en perjuro al pueblo cristiano por su ambición, cuántas veces él mismo había transgredido lo que había jurado a su padre y hermanos, cuántas veces después de la muerte de su padre había intentado destruir y desheredar a sus hermanos, cuántos homicidios, adulterios, incendios y crímenes de toda especie había sufrido por su nefastísima avidez la Iglesia universal, pensaban además que él no tenía ni la ciencia del gobierno del Estado, ni se podía encontrar en su gobierno vestigio alguno de buena voluntad. Por estas causas los ministros del Señor afirmaban que no inmerecidamente, sino por justo juicio de Dios todopoderoso, había emprendido la fuga primero del campo de batalla y luego de su propio reino.

Así pues, les pareció a todos, por unanimidad, que por sus delitos la venganza de Dios le había arrojado del reino y se lo había entregado a sus hermanos, mejores que él, para su gobierno. Pero, con todo, no les concedieron a éstos en modo alguno el derecho, hasta haberles preguntado públicamente si querían gobernar siguiendo los pasos de su hermano expulsado o según la voluntad de Dios. Al responder éstos que tanto ellos como los suyos querían gobernar y reinar según la voluntad de Dios, en la medida en que Dios les concediera saber y entender, los obispos agregaron: «Por autoridad divina, os exhortamos, amonestamos y ordenamos que toméis el reino y lo gobernéis según la voluntad de Dios.»

A continuación, cada uno de ellos eligió para esto a

doce de los suyos, uno de los cuales fui yo; y aceptaron las partes del reino que nos pareció adecuado que se repartieran entre ellos. En dicha división no se tuvo tanto en cuenta la fertilidad o la igual partición del reino cuanto la afinidad y conveniencia de cada uno.[1] Y tocó a Luis toda la Frisia, etcétera... y a Carlos....[2]

[2] Hecho esto, cada uno de ellos recibió al pueblo que le debía seguir y le obligó por juramento a que le fuera fiel en adelante. Carlos atravesó el Mosa para poner orden en su reino, mientras Luis se dirigió a Colonia a causa de los sajones.

Como creo que los hechos ocurridos entre estos últimos eran de gran importancia, considero que no se los puede pasar por alto. Según saben cuantos habitan en Europa, Carlos, llamado no sin razón por todos los pueblos gran emperador, con muchos y muy variados esfuerzos apartó a los sajones de su vano culto idolátrico y los convirtió a la verdadera religión cristiana de Dios. Desde un comienzo demostraron en muchísimas ocasiones ser tan nobles como dispuestos a la guerra. Este pueblo se divide, en su conjunto, en tres clases: en efecto, entre ellos están los llamados, en su lengua, *etheling* los unos, *friling* los otros, y por último los *laz*, que en lengua latina significan, respectivamente, *nobiles* (nobles), *ingenuiles* (hombres libres) y *serviles* (siervos). Pero la parte que ellos consideran noble se hallaba dividida en dos partidos en lo concerniente a la disensión entre Lotario y sus hermanos, y mientras una seguía a Lotario, la otra hacía lo propio con Luis.

1. Tres líneas en blanco, reconstruidas en el siglo XVI: «Dieron los reinos de Oriente a Luis, a saber, toda la Germania hasta el Rin y sus afluentes y algunas ciudades del otro lado del Rin con las villas adyacentes.» (N. del E.)

2. Esta doble laguna parece indicar que fue el propio Nitardo quien dejó en blanco este pasaje.

En esta situación, viendo Lotario que, después de la victoria de sus hermanos, el pueblo que había estado de su parte tenía la intención de abandonarle, constreñido por varias necesidades, buscaba auxilio donde y como podía. Así, en un sitio distribuía en su propio interés el patrimonio público, en otro concedía a unos la libertad, y a otros se la prometía para después de la victoria, por fin envió también a Sajonia emisarios a los *friling* y a los *laz*, cuyo número es inmenso, prometiéndoles, si se ponían de su parte, que les concedería en adelante la misma ley que sus antepasados habían tenido desde el tiempo en que eran idólatras. Sobremanera deseosos por esta razón, se impusieron un nuevo nombre, a saber «Stellinga», y, coligados, tras casi expulsar del reino a sus señores, vivían cada uno, a la manera antigua, según su voluntad. Además, Lotario había introducido, para que le socorrieran, a los normandos en el reino y les había hecho entrega de parte de los cristianos y dado licencia para despojar a los demás.[1]

Así pues, temiendo Luis que se unieran normandos y eslavos, a causa de su proximidad, con los sajones que se habían autodenominado «Stellinga», para invadir y reivindicar el reino, y abolieran la religión cristiana en estas regiones, tal como hemos dicho antes, se dirigió a...[2] y, en la medida de sus posibilidades, procuró evitar que además de los otros escándalos de su reino, no ocurriera esta nefastísima desgracia para la santa Iglesia de Dios. Cumplido esto, Luis se dirigió a la ciudad de Verdún por Thionville, mientras Carlos lo hacía por Reims, para deliberar sobre lo que debían hacer en el futuro.

1. El normando Harold había recibido de Lotario la isla de Walcheren. (N. del E.)

2. Restitución verosímil: «a Colonia». (N. del E.)

[3] Por el mismo tiempo, los normandos saquearon Quentawich, y desde allí, atravesando el mar, devastaron Harwich y Norwich.[1] Lotario, por su parte, una vez retirado sobre las riberas del Ródano, apoyado por la flotilla del río, se asentó en ese lugar, y hacia allí atrajo en su auxilio a todos los que pudo. Sin embargo, envió a sus hermanos un embajador para decirles que, de saber dónde poder hacerlo, les pensaba enviar a los primeros de los suyos para entablar conversaciones de paz.

Se le respondió que enviara a quienes quisiera, y que para cualquiera era fácil saber por qué camino llegar hasta ellos. Ambos hermanos se dirigieron juntos por el mismo camino, pasando por Troyes, a la ciudad de Chalon. Al llegar a Mellecey, José, Eberhardo, Egbert, junto con los demás del partido de Lotario, salieron a su encuentro, diciendo que Lotario reconocía haber pecado contra Dios y contra ellos y no deseaba ya más que hubiera disputas entre ellos y el pueblo cristiano. Si querían concederle algo más de la tercera parte del reino a causa de su título de emperador que su padre le había concedido y de la dignidad imperial que su abuelo había añadido al reino de los francos, que lo hicieran; de lo contrario, que le concedieran sólo la tercera parte de todo, sin tener en cuenta Lombardía, Baviera y Aquitania; y que cada uno de ellos gobernara la porción de su reino con la protección de Dios, como mejor pudiese, y que el uno gozara de la ayuda y benevolencia de los otros dos; que se acordaran recíprocamente la paz y las leyes para sus súbditos, y que hubiese entre ellos un pacto de paz perpetua por autoridad de Dios.

Habiendo oído Luis y Carlos esto, y habiéndoles parecido, a ellos y a todo el pueblo, muy razonable y concilia-

1. Probablemente Essex y Norfolk, en Inglaterra. Quentawich sería el antiguo puerto de Étaples (Pas-de-Calais). (N. del E.)

dor, se reunieron con los notables y discutieron con ánimo agradecido qué harían al respecto. Declaraban que eso era lo que ellos habían querido desde el principio de la disensión y que a menudo se lo habían recordado a Lotario, aunque por sus propios pecados no hubieran podido concluir nada provechoso. Sin embargo, daban gracias a Dios todopoderoso, con cuya ayuda finalmente habían conseguido que su hermano, que siempre había despreciado la paz y la concordia, ahora, por favor divino, la pidiera.

Con todo, de la manera acostumbrada, refieren la cuestión a los obispos y sacerdotes, para que, cualquiera que fuese la dirección que tomara el asunto por voluntad divina, los dos reyes pudiesen conformarse a ella inmediatamente y de buen ánimo. Y como a todos los consultados les pareciera lo mejor que se concluyera la paz entre los hermanos, consintieron, convocaron a los enviados y accedieron a sus peticiones. Habiéndose demorado cuatro o más días en la división del reino, finalmente les pareció que convendría ofrecer a Lotario, en calidad de tercera parte del reino, todos los obispados, abadías, condados y fiscos de este lado de los Alpes, entre el Rin y el Mosa, hasta el nacimiento de este río, y luego del Saona, desde su fuente hasta su confluencia con el Ródano, y finalmente desde el Ródano hasta el mar Tirreno, excepción hecha de..., y si se negaba a aceptarlo, proponían decidir por las armas lo que debería corresponder a cada uno.

Este ofrecimiento, aunque, según parecía a algunos, sobrepasaba lo que era justo y apropiado, fue transmitido por Conrado, Cobbon, Adelardo y otros; en cuanto a Luis y Carlos, decidieron que, hasta que regresaran los que habían sido enviados, esperarían la respuesta de Lotario en ese mismo lugar.

Cuando los emisarios llegaron ante Lotario, lo encontraron algo menos bien dispuesto, según su costumbre. Decía, en efecto, que no estaba contento con lo que sus

hermanos le proponían, porque las partes no eran iguales; se lamentaba, además, de que los que le habían seguido, en dicha partición que se le ofrecía, no podrían obtener de él una restitución que pudiera compensarlos de lo que perdían. En vista de esto, engañados no sé por qué fraude, los emisarios añaden la parte delimitada hasta la foresta Charbonnière; además, si aceptaba esto hasta el momento en que se reuniera de común acuerdo con sus hermanos, le juran que entonces ellos, por juramento, dividirían en tres partes, de la manera más justa posible, todo el reino, salvo Lombardía, Baviera y Aquitania, y que tendría entonces la posibilidad de hacer la elección de las partes que quisiese y que se las concederían para todos los días de su vida, siempre que él se comportara de igual modo con ellos; y que, si no creía mejor otra cosa, juraban que harían todo lo dicho de esa forma. Lotario jura también que así lo quiere y que por su parte así se haría, siempre que sus hermanos, como los emisarios que le habían enviado en ese momento le juraban, cumpliesen con lo que les correspondía.

[4] Así pues, a mediados de junio, un jueves, Lotario, Luis y Carlos se reunieron, con un número igual de notables respectivamente, cerca de la ciudad de Mâcon, en una isla denominada «Ansilla», y se juraron mutuamente que desde ese día en adelante conservarían la paz entre ellos y que dividirían en tres partes bajo juramento, de la manera más justa posible, todo el reino, exceptuadas Lombardía, Baviera y Aquitania, de acuerdo con lo que sus fieles habrían fijado;[1] la elección de las partes del reino pertenecería a Lotario, y cada uno de los tres hermanos debería garantizar a cada uno de los otros la parte que

1. Cuarenta enviados de cada rey debían reunirse en Metz el 1 de octubre para llevar a cabo la división. (N. del E.)

aceptaría durante todos los días de su vida, a condición de que los otros hicieran lo mismo por su parte.[1] Hecho esto y tras intercambiar palabras de paz, se separaron de acuerdo y regresaron a sus campamentos, dejando para el día siguiente la deliberación sobre los otros puntos.

Y aunque con gran dificultad, se logró, con todo, que cada uno permaneciera pacíficamente en su porción, donde quisiera, hasta el momento de la reunión que habían fijado para las calendas de octubre. Así, Luis se dirigió a Sajonia, y Carlos a Aquitania, ambos para restablecer el orden; Lotario, por su parte, seguro ya, como le parecía, de la elección de las partes del reino, se marchó a cazar a las Ardenas, y privó de beneficios y honores a todos los notables del pueblo de su porción, que, cuando huyera del reino, llevados por la necesidad, habían hecho defección de su partido.

En Sajonia, Luis aplastó a los sediciosos que, como se ha dicho antes, se habían dado el nombre de Stellinga, y aunque lo hizo noblemente, recurrió sin embargo a la ejecución legal. Por su parte, Carlos puso en fuga, en Aquitania, a Pipino; pero escondiéndose éste, no pudo hacer nada notable, más que dejar allí, en custodia de su patria, a un tal duque Warino y a otros que le parecían fieles. Además de esto, Egfrido, conde de Toulouse, hizo prisioneros en emboscados o mató a los aliados de Pipino que habían sido enviados para aniquilarlo. Y Carlos se encaminó a la reunión que había fijado con su hermano Luis en Worms.

Habiendo llegado a Metz el día anterior a las calendas de octubre, se enteró de que Lotario se encontraba en Thionville, adonde había venido antes de dicha reunión y donde residía contrariamente a lo que había decidido.

1. Este período, de confusa y atormentada redacción gramatical, hace suponer que Nitardo resume el acta de la asamblea, que debía tener ante sus ojos. (N. del E. y del T.)

Por esta razón, a los partidarios de Luis y Carlos que debían residir en Metz para proceder a la división del reino les parecía muy poco seguro llevar a cabo esta operación en Metz mientras sus señores se encontraban en Worms y Lotario en Thionville. Efectivamente, Worms dista de Metz más o menos setenta leguas, en tanto que Thionville sólo unas ocho. También tenían presente que Lotario se había mostrado a menudo muy inclinado y dispuesto a engañar a sus hermanos, y por eso no osaban confiarle sus vidas sin una seguridad de algún tipo.

Así pues, Carlos, preocupado por la salud de los suyos, envió un mensaje a Lotario, diciéndole que se encontraba en una situación distinta de lo que habían convenido; si quería que sus enviados y los de su hermano permanecieran allí junto con los suyos propios, que le entregara rehenes para que se pudiera sentir tranquilo respecto de la seguridad de aquéllos; en caso contrario, que enviara sus mensajeros a Worms a sus hermanos, y que ellos le darían los rehenes que solicitara; si tampoco accedía a esto, que se retiraran todos a igual distancia de Metz; de lo contrario, si no le parecía bien, que sus enviados se reuniesen en una zona intermedia, donde quisiese: pues, concluía, no debía descuidar la salud de tantos hombres nobles. Eran, en efecto, ochenta, elegidos entre todos por ser los más destacados en nobleza, cuya desaparición, afirmaba, podría causarles el más grave perjuicio a él y a su hermano, si no tomaba precauciones.

Entonces, por último, en provecho de todos, a ambas partes les pareció bien que los enviados, en número de ciento veinte, se reunieran en Coblenza sin intercambiar rehenes y allí dividieran el reino de la manera más justa posible.

[5] Reuniéndose allí el 14 de las calendas de noviembre, para que no se produjera, por una causa cualquiera, algu-

na disputa entre sus hombres, acamparon, la parte que había venido en representación de Luis y Carlos en la margen oriental del Rin, mientras que la que representaba a Lotario en la occidental; y cada día se dirigían a San Cástor. Y como los que habían sido enviados por Luis y Carlos para dividir el reino habían venido con diversas reclamaciones, se preguntó si uno de ellos tenía conocimiento claro y nítido de todo el imperio. Al no encontrarse ninguno, se preguntó por qué no se había encargado a emisarios que lo recorrieran en el tiempo transcurrido y con su ayuda no se había hecho una descripción de su estado. Cuando descubrieron que Lotario no había querido que se hiciera esto, declararon que era imposible poder dividir en partes iguales algo que no se conocía. Por último se preguntó, puesto que se debía proceder bajo juramento a esa división, como mejor y más justamente pudieran y supieran, si podían prestar con sinceridad este juramento, ya que de todos era conocido que nadie tenía capacidad para hacerlo en estado de ignorancia. Y también esto fue sometido a los obispos para su discusión.

Reunidos éstos en la basílica de San Cástor, de uno y otro bando, los del partido de Lotario decían que si alguien cometía pecado al prestar juramento, lo podía expiar y que por eso era mejor que lo hicieran antes que la Iglesia de Dios sufriera por más tiempo tantos robos, incendios, homicidios y adulterios. Pero, por el contrario, los que pertenecían al partido de Luis y Carlos preguntaban por qué debían pecar contra Dios, si no era en absoluto necesario. Afirmaban que era mejor que se confirmara la paz entre las partes y que ambas enviaran por igual a hacer una investigación por todo el imperio y que sólo entonces consideraban que se podría jurar lo que era exacto sin peligro y proceder a una división equitativa: así, aseguraban, se podían evitar también los perjurios y demás crímenes, a menos que lo impidiera la ciega ambición; y por ello daban testimonio de que ni querían faltar

al juramento ni permitir que nadie lo hiciera. Y como existía esta disensión, de una y otra parte, se retiraron todos, por donde habían venido, a sus campamentos.

Luego, todos los del partido de Lotario se reunieron en la misma casa, diciendo que estaban dispuestos a prestar juramento y a realizar la división, como se había jurado; por su parte, los del partido de Luis y Carlos afirmaban que ellos también lo querían, de ser posible; y por último, puesto que nadie osaba aceptar sin autorización de sus señores lo que la otra parte quería, decidieron que hubiera una tregua hasta que se pudiera saber qué era, de todo esto, lo que sus señores querían admitir; y les pareció que esto podría ser para las nonas de noviembre, de modo que marcharon, tras fijar esta fecha como término de la paz.

En ese día[1] un gran temblor de tierra se produjo en casi toda la Galia, y en el mismo, Angilberto, varón ilustre, fue trasladado a Saint-Riquier; 29 años después de su muerte fue hallado con su cuerpo intacto, sin que se le hubiera embalsamado. Era éste un hombre de familia no poco conocida en esa época. Madelgaudo, Ricardo y él mismo pertenecían a la misma estirpe y con razón eran tenidos en gran consideración por Carlomagno. De la hija de este gran rey, de nombre Berta, tuvo como hijos a mi hermano Hartnid, y a mí, Nitardo. Construyó en Centule una obra admirable en honor de Dios todopoderoso y de San Riquier, dirigió admirablemente la familia que se le había confiado, terminó su vida con toda felicidad y descansó luego en paz en Centule.

Después de decidir estas pocas cosas sobre mis orígenes, me apresuro a volver a tomar el hilo de mi relato.

1. La fecha del 5 de noviembre se aplica aquí, por la gramática, al día del traslado de los restos del padre de Nitardo, pero éste se ha equivocado de pocos días en la fecha del terremoto, que tuvo lugar el 24 de octubre, según documentos de época. (N. del E.)

[6] Cuando, según se ha dicho anteriormente, los enviados, tras haber vuelto cada uno a sus reyes, les anunciaron lo que habían tratado y propuesto, ya por la amenaza del hambre, ya por la del invierno, ya también porque los hombres principales, habiendo gustado una vez el sabor del peligro, no deseaban entrar por segunda vez en combate, consintieron en que se firmara la paz entre ellos hasta el vigésimo día después de la misa de San Juan. Para concluirla, los notables de ambos bandos se reunieron en Thionville: allí juraron que los reyes conservarían entretanto mutuamente la paz entre sí, que de ningún modo se dejaría, bajo ningún pretexto, en la misma asamblea, de proceder a la división de todo el reino del modo más justo posible, y que, como se había jurado, sería Lotario quien elegiría las partes de dicho reino. Luego cada uno se marchó adonde quiso: Lotario se dirigió a Aquisgrán para pasar allí el invierno, Luis a Baviera, y Carlos se encaminó a Quierzy para desposarse.

Por ese mismo tiempo, los moros, comprados por Sigenulfo, hermano de Sigehardo,[1] para que acudieran en su auxilio, invaden Benevento. Y también en esa misma época, en Sajonia, los integrantes de los *Stellinga* se sublevaron contra sus amos, pero una vez entablado el combate fueron exterminados en masa; y así pereció por obra de la legítima autoridad lo que había osado constituirse sin ella.

Como se ha dicho antes, Carlos recibió en matrimonio a Ermentruda, hija de Odón y de Engeltruda y nieta de Adelardo. Su padre había sentido, en su tiempo, tanto aprecio por el citado Adelardo, que hacía todo lo que

1. Sigenulfo o Siconulfo, príncipe lombardo de Salerno de 839 a 849, hermano del príncipe de Benevento Sigehardo o Sicardo. (N. del E.)

éste quería en la administración del imperio. Pero Adelardo, sin preocuparse del bien común, se había propuesto complacer a todos. Así le había persuadido de distribuir para fines particulares aquí las libertades, allí las rentas públicas, y de este modo, mientras hacía cumplir lo que cada uno deseaba, arruinó completamente al Estado. Con esta actitud sucedió que, en esta época, podía fácilmente llevar al pueblo por donde quería, y por esta causa Carlos se decidió sobre todo a contraer las mencionadas nupcias, puesto que consideraba que, con este hecho, podría atraerse a la mayor parte del pueblo.

Celebradas las bodas el 19 de las calendas de enero,[1] celebró la Natividad del Señor en San Quintín, y se dirigió a Valenciennes, en donde decidió también quiénes de entre sus fieles deberían permanecer en la zona comprendida entre el Mosa y el Sena para custodiar la región. Por último, juntamente con su esposa, se encaminó a la zona de Aquitania en el año 843 de la encarnación del Señor, durante el invierno. Y dicho invierno resultó especialmente frío y largo, además de abundante en enfermedades y muy poco propicio para la agricultura, la ganadería en todas sus especies, y la apicultura.

[7] Que también aprendan todos aquí que quien cometa la locura de desatender el interés público y se dedique insanamente a perseguir sus propios intereses particulares, ofende con ambas actitudes a tal punto a su Creador que convierte a todos los elementos sin excepción en contrarios a su delirio. Y de una cosa tal presentaré ahora muy fácilmente la prueba con la ayuda de ejemplos aún ahora conocidos de casi todos. Pues en los tiempos de Carlomagno, de feliz memoria, quien muriera hace casi ya

1. O sea, el 14 de diciembre de 842; con todo, dos diplomas de Carlos traen la fecha del 13 del mismo mes. (N. del E.)

30 años, como el pueblo marchaba por un mismo y recto camino, que por esto era el camino público del Señor, la paz y la concordia reinaban para todos en todas partes; pero en la actualidad, por el contrario, como cada uno sigue el sendero que más le place, en todos lados se manifiestan disputas y querellas. Entonces, por todas partes florecían la abundancia y la alegría; ahora, en todos lados, la penuria y la tristeza. Los elementos mismos se mostraban entonces favorables a cada cosa; ahora, en cambio, contrarios a todo en todos los sitios, como lo atestigua el don divino de la Escritura: «*Y el universo luchará contra los insensatos.*»[1]

Por el mismo tiempo se produjo un eclipse de luna, el día 13 de las calendas de abril;[2] además, mucha nieve cayó en esa misma noche y a todos, como se ha dicho antes, por justo juicio de Dios, infundió tristeza. Lo digo porque en todas partes se extendían cada vez más los robos y males de toda especie, al tiempo que las inclemencias del tiempo hacían perder a todos las esperanzas de cualquier bien futuro.

1. *Sap.*, V, 21.

2. El 19 de marzo de 843, a las 19,15, y no el 20 del mismo mes, como dice por error Nitardo. (N. del E.)

ÍNDICE

TÍTULOS PUBLICADOS

1	C. W. Ceram	*Dioses, tumbas y sabios*
2	Albert Soboul	*La Revolución Francesa*
3	Gabriel Jackson	*La República española y la guerra civil*
4	Sir Winston S. Churchill	*La Segunda Guerra Mundial* *I. Cómo se fraguó la tormenta* *1. De guerra a guerra*
5	Thomas Carlyle	*Los héroes*
6	Sir Winston S. Churchill	*La Segunda Guerra Mundial* *I. Cómo se fraguó la tormenta* *2. La guerra crepuscular*
7	Suetonio	*Los doce Césares*
8	John Reed	*Diez días que estremecieron al mundo*
9	Howard Carter	*La tumba de Tutankhamón*
10	Sir Winston S. Churchill	*La Segunda Guerra Mundial* *II. Su hora mejor* *1. La caída de Francia*
11	S. Noah Kramer	*La historia empieza en Sumer*
12	López de Gómara	*Historia General de las Indias* *I. Hispania Victrix*
13	López de Gómara	*Historia General de las Indias* *II. Conquista de Méjico*
14	Lucien Febvre	*Erasmo, la Contrarreforma y el espíritu moderno*
15	Sir Winston S. Churchill	*La Segunda Guerra Mundial* *II. Su hora mejor* *2. Solos*
16	H. D. Disselhoff	*El imperio de los incas*

17 Léon Poliakov — *Auschwitz (documentos y testimonios del genocidio nazi)*

18 Jacob Burckhardt — *La cultura del Renacimiento en Italia* (I)

19 Jacob Burckhardt — *La cultura del Renacimiento en Italia* (II)

20 Sir Winston S. Churchill — *La Segunda Guerra Mundial*
III. La gran alianza
1. Alemania ataca a Rusia

21 C. W. Ceram — *El misterio de los hititas*

22 Flavio Josefo — *Guerra de los judíos y destrucción del templo y ciudad de Jerusalén* (I)

23 Flavio Josefo — *Guerra de los judíos y destrucción del templo y ciudad de Jerusalén* (II)

24 Kenneth M. Setton — *Los catalanes en Grecia*

25 Sir Winston S. Churchill — *La Segunda Guerra Mundial*
III. La gran alianza
2. La guerra llega a América

26 Robert Cohen — *Atenas, una democracia*

27 Pierre Renouvin — *La Primera Guerra Mundial*

28 Donald Harden — *Los fenicios*

29 M. J. Thornton — *El nazismo (1918-1945)*

30 Sir Winston S. Churchill — *La Segunda Guerra Mundial*
IV. El gozne del destino
1. La embestida japonesa

31 Antonio Arribas — *Los iberos*

32 Jerome Ch'ên — *Mao y la Revolución china* (I)

33 Jerome Ch'ên — *Mao y la Revolución china* (II)

34 Yves Bottineau — *El Camino de Santiago*

35 Sir Winston S. Churchill — *La Segunda Guerra Mundial*
IV. El gozne del destino
2. África redimida

36 Jurgen Spanuth — *La Atlántida*

37 Ernest Renan — *Historia del pueblo de Israel* (I)

38 Ernest Renan — *Historia del pueblo de Israel* (II)

39 Michel Borwicz — *La insurrección del ghetto de Varsovia*

40 Sir Winston S. Churchill — *La Segunda Guerra Mundial*
V. El anillo se cierra
1. Italia, ganada

41 Simon Wiesenthal — *Operación Nuevo Mundo*

42 Harold Livermore — *Orígenes de España y Portugal* (I)

43 Harold Livermore — *Orígenes de España y Portugal* (II)
44 E. R. Chamberlin — *Los papas malos*
45 Sir Winston S. Churchill — *La Segunda Guerra Mundial*
V. El anillo se cierra
2. La suprema aventura
46 Albert Champdor — *Babilonia*
47 J.-P. Clébert — *Los gitanos*
48 Quinto Curcio Rufo — *Historia de Alejandro Magno*
49 Gwyn Jones — *El primer descubrimiento de América*
50 Sir Winston S. Churchill — *La Segunda Guerra Mundial*
VI. Triunfo y tragedia
1. La marea de la victoria
51 Roland Auguet — *Crueldad y civilización. los juegos romanos*
52 Jacques Delperrié de Bayac — *Carlomagno*
53 Geoffrey Trease — *Los condotieros, soldados de fortuna*
54 A. Leroi-Gourhan — *Los cazadores de la prehistoria*
55 Sir Winston S. Churchill — *La Segunda Guerra Mundial*
VI. Triunfo y tragedia
2. El telón de acero
56 Pausanias — *Descripción de Grecia* (I)
57 Pausanias — *Descripción de Grecia* (II)
58 Pausanias — *Descripción de Grecia* (III)
59 P. E. Cleator — *Los lenguajes perdidos*
60 Manuel Tuñón de Lara — *Estudios de historia contemporánea*
61 Julio César — *La guerra de las Galias*
62 Julio César — *La Guerra Civil*
63 Tom Kemp — *La Revolución Industrial en la Europa del siglo XIX*
64 Henri Bernard — *Historia de la resistencia europea*
65 Antonio Pigafetta — *Primer viaje alrededor del Globo*
66 Hyppolite Taine — *Los orígenes de la Francia contemporánea* (I)
67 Hyppolite Taine — *Los orígenes de la Francia contemporánea* (II)
68 Luce Boulnois — *La ruta de la seda*
69 Bartolomé de las Casas — *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
70 Amiano Marcelino — *Historia del Imperio Romano*
71 Voltaire — *El siglo de Luis XIV* (I)
72 Voltaire — *El siglo de Luis XIV* (II)
73 Cyril Aldred — *Los egipcios*
74 Annie Kriegel — *Las Internacionales Obreras*
75 H.D. Disselhoff — *Las grandes civilizaciones de la América antigua* (I)

76	H. D. Disselhoff	*Las grandes civilizaciones de la América antigua* (II)
77	Pieter Coll	*Esto ya existió en la Antigüedad*
78	José Amador de los Ríos	*Historia social, política y religiosa de los judíos en España* (I)
79	José Amador de los Ríos	*Historia social, política y religiosa de los judíos en España* (II)
80	Plutarco	*Vidas paralelas* (I)
81	Plutarco	*Vidas paralelas* (II)
82	Plutarco	*Vidas paralelas* (III)
83	Plutarco	*Vidas paralelas* (IV)
84	David Hume	*Historia de Inglaterra bajo la Casa de Tudor* (I)
85	David Hume	*Historia de Inglaterra bajo la Casa de Tudor* (II)
86	Jenofonte	*Ciropedia*
87	T'Serstevens	*Los precursores de Marco Polo*
88	René Sédillot	*Historia de las colonizaciones*
89	Polibio	*Historia universal bajo la República romana* (I)
90	Polibio	*Historia universal bajo la República romana* (II)
91	Polibio	*Historia universal bajo la República romana* (III)
92	Nelson Martínez Díaz	*América latina en el siglo xx*
93	Abbón de Saint-Germain y Guillermo de Poitiers	*Testimonios del mundo de los vikingos*
94	Tácito	*Anales del Imperio romano*

TÍTULOS EN PREPARACIÓN

A. N. Cabeza de Vaca	*Naufragios / Comentarios*
Guizot	*Historia de la Revolución de Inglaterra*
Tucídides	*Historia de la guerra del Peloponeso*
Sergio Vilar	*Franquismo y antifranquismo*

Este libro se terminó de
imprimir en los talleres
de Printer, industria gráfica, sa
de Sant Vicenç dels Horts,
el día 30 del mes de Octubre
de 1986